

El Gráfico

OCTUBRE DE 2001 / Nº 205

EDICIÓN HOMENAJE

DIEGO MARADONA

\$4,90



La vida
de un

genio

LA APASIONANTE
TRAYECTORIA DEL PRÓCER
DEL FÚTBOL ARGENTINO,
A 25 AÑOS DE SU DEBUT.

FOTOS ÚNICAS / TESTIMONIOS EXCLUSIVOS

CONTENIDO

Capítulo 1. LA APARICIÓN

Los Antepasados Cebollitas y las primeras sexualidades en Argentina: jóvenes

17 Capítulo 2. LA FANTASÍA

Campeón Mundial en Japón 79 con un
estadio que supo un fútbol de altísimo vuelo.

Capítulo 3. EL SUEÑO

Diego quería ser campeón con Boca. Y en el Metropolitano de 1995 se dio el gusto.

Capítulo 4. EL DESENCANTO

Capítulo 4. EL DESARROLLO
España B2, su primer Mundial de mayores,
no terminó como había empezado.

Capítulo 5. LA FRUSTRACIÓN

Una fractura y una hepatitis perjudicaron su rendimiento en el Barcelona.

52 Capítulo 8. SAN DIEGO

En Nápoles, fue tan desequilibrante que hizo perder al mismísimo San Gennaro.

Capítulo 7. LA GLORIA

Campeón del Mundo en México-88, donde compartió el mejor gol de la historia.

DE Capítulo 6. EL DESPOJO

Italia '92 y el histórico arbitraje de la final. Una historia escrita a fuego blanco.

07 Capítulo 9. LA PESADILLA

La traumática etapa de Sevilla. Empezó bien, pero terminó tras una pesada campaña.

102 Capítulo 10. EL ESPEJISMO

La ciudad de Miraflores en Newell ganó un supeo, pero fue muy buena.

111 Capítulo VI. LA TRACCIÓN

En UFA '94 todo pareció armado para sacar a la campeona, a Diego y a Argentina.

Capítulo 12. LA DESPEDIDA

El regreso a Boca, cuando el físico no le tenía ningún tipo de clemencia.

422 Capítulo 13. LAS GRAN REFLEXIONES

Un centenar de fozes rivadonias,
recorridas a través de todas las épocas.



EL PRÓCER DEL FÚTBOL

No cruzó los Andes para liberar países hermanos, ni creó la bandera color cielo, ni fue el padre de la educación, pero a Diego Armando Maradona nadie podrá negarle su estatura de prócer. Sanísima locura colectiva de los argentinos, el fútbol es la expresión popular más paional de un país al que se le fueron extinguendo todos los fuegos.

Argentina vive fútbol. Respira fútbol. Sueña fútbol. Y entonces no es casual que en su viente se haya gestado el jugador más fantástico de toda la historia, el duende del talento incomparable, el cerio que trascendió los tiempos con una junta capaz de dibujar obras de arte.

A 25 años de su debut en Primera División, a días de su merecidísimo partido de reconocimiento, El Gráfico, atendiendo innumerables pedidos de sus lectores, reedita la extraordinaria historia de Diego Armando Maradona, el príncipe del fútbol.

Fotos únicas y anécdotos entrañables permitirán revivir, a partir de la próxima página, momentos inolvidables que marcaron su propia historia y también la nuestra. Las hazañas de los Cebollitas, los asombros de Argentinos, la explosión de Boca, las sensaciones contradictorias de su tránsito por Barcelona, la epopeya napolitana y los regresos fugaces en Sevilla, Newell's y Boca desfilarán con tanta intensidad como los días dorados con la camiseta de la Selección, esa camiseta que lleva pintada en el alma.

Maradona, el príncipe del fútbol, festeja sus bodas de plata. Y es una ocasión inmejorable para reencontrarnos con sus hazañas sin tiempo...

日本

Secretaría General
de Hacienda
Carlos Puga

Secretaría de Hacienda
Juan Manuel Barral, Claudia
Marshall y Elia Pargano

Coordinador General
Wojtek Szustakowski

Presupuestarios de Hacienda
Dora Benavise, Carlos Iván
García Alvarado
y Eduardo Viorito

Junta de Hacienda
David Garmendia,
Alberto Corbelli,
Gilberto y Pablo Lasso

Delegates
 Paula Ann Cleveland, Nevada
 Anthony Latta Spivey, Nevada
 Joseph, William S. Stevenson,
 California
 Margaret Macintosh, North
 Dakota
 Chester Charles Wilson,
 Massachusetts
 William Carlisle
 California
 Martin De Jong, Texas
 Joseph W. Edgar, Minnesota
 Victor Callaghan,
 Canada
 George Wilson, Portugal
 Alberto Tomasco,
 Mexico
 Howard H. Brown, United States

Corresponsal:
Manuel Camacho
y Carlos Rodríguez
Jefe de Prensa:
Gustavo Portillo
Membresía: Grifoneo
Carlos Escobar, Roberto Martínez
David De la Hija
y Eduardo Pizarro
Colaboradores de Prensa:
Rodrigo Carrasco, Roberto
Salazar, Marcelo Pérez,
Hugo Fariña, Roberto
y Lucía Soto
Editor de Periódico:
Edgardo Torres

Jefes de Delegación:
Alejandro del Real
y Alejandro Puga
Delegados:
Rafael Ángel Gillet,
Dionicio Novillo,
José Meléndez,
Nora Rivas,
Eduardo Díaz,
Gonzalo Rojas,
Fernando Arce García.
Jefe de Sección:
Juan Carlos Rodríguez.
Auxiliares:
Walter Vega Palencia,
Alicia Díaz Vique.

GRUPPO EDITORIALE
 Michele Santoro
 Diego E. Jotta
 Giovanni Silvestri
 Fabio Arfelli
 Rosanna Silvestri
 Rolf Bernini
 Felicità
 Oscar Maria Reggini
 Presidente
 Jorge Santoro e Paolo Cal
 Marketing & Services
 Emilio Oliviero
 Responsabile Amministrativo
 Miguel Toranzo
 Coordinatore
 Susana E. Castella

[illegible]

El Gráfico

Rico

El Gráfico

LA APARICIÓN



Momento histórico.
Diego debuta en Primera
y toca su primera
pelota, un caño a
Cabrera. Fue el 20 de
octubre de 1976, en
Argentinos 9-Talleres
de Córdoba 1.



El tiempo era un tremecimiento mágico, el ensayo de la vida, una voz silenciosa...

—La felicitó, señora. Está siendo el niño, fuerte como un toro...

Amanecer del domingo 30 de octubre de 1960. Justo un domingo. Las aguas clavadas en las 705, las tabernas revueltas en el camastro sí-pa del Policarpo de Larul, un rubor volado en las mejillas de doña Tota, la santría del noble Chilaro y una guerra reserpiada que azaraban los brazos de la enfermera para entrever la caricia, para el primer beso.

—Felusa... le sale a la madre, la vida clavada en el pecho acabado, el brazo izquierdo andando al fudo, la mano derecha apretada a la de Chilaro, el casaca labadgada con la emisión del primer verbo, el que corta la noche de cuatro "chandelitas", el que les abre los ventanillos de la vida soñada.

Ya era el Felusa. Y parecía mentira. Porque un par de horas antes, apenas un par, los padres habían levantado una polvareda dentro bailando en la pista del cha, con la vida labada. Típica y jazz, media vida y media hora para maquillar de alguna aquella ratina de sacrificios obesos e ingresos diabólicos. Había bebido con papá y mamá, el Felusa. Y al día al regreso, casi respetuosamente, "no dar mucho trabajo", como reconocía la Tota, se le ocurrió salir a la cancha...

Al día siguiente lo anotaron en el Registro Nacional de las Personas: Diego Armando Maradona, hijo de don Diego Maradona y doña Dalma Salvadora Franco, motores de la familia que aborrecía la casita trillada de Azamor y Mario Bravo, ahí en Villa Fiorito, donde el límite entre

la riqueza y la pobreza lo marcaba un poco de canchita. Solo uno.

Chilaro y la Tota se imaginaban que habían engendrado un milo. Que ese mundo de ternura, molerido y fermentado, era un predestinado. Una biografía de la historia.

En aquel florido sin asfalta ni cloacas, sin luces de mercurio ni agua corriente, donde el único bien común era la canchita, le dieron NÚ a un sueño de barrieta. A una parcela de esperanza que venía de lejos, en el tiempo y en la distancia.

Una historia de amor

La historia de Chilaro y de la Tota arrancó en Euzkua, un pequeño puntito castellano anidado a la orilla del río Paraná, a unos 700 kilómetros de Buenos Aires. Villa Tranquila, diez de provincia.

Vivían a docientos metros de distancia y se conocían de chiquitos porque Lucía, la mamá de don Diego, era la madrina de Dalma. Y se enamoraron rápido, a los 13 años.

Se casaron siete años después y fueron a vivir a una vivienda modesta. Don Diego era ranchero. Cargaba frutas y maderas en pequeñas embarcaciones que después descendían río abajo, hacia el monstruoso puerto de Buenos Aires. Un trabajo honesto, digno y sacrificado, pero mal pagado. Demasiado esfuerzo, demasiados dolores de espalda para que en el final de la recompensa quedaran apenas unas migajas. El padre pagaba lo que quería y cuando quería. Y con eso no alcanzaba...

Pronto lo bautizaron Chilaro. Un día se rompió tres costillas cargando una caja pesada. Y fue tan rápida y asombrosa la recuperación que sus compañeros de trabajo no dudaron en bendecirlo con el apodo. Chilaro.

una mezcla de "amigo" y "toro".

El tiempo libre no abundaba. Había que deslomarse para llevar el plato de comida a la casita que se fue poblando con la gracia de dos "chancles": Ana y Rita. Pero los domingos había una heridura de liberación para los placeres sencillos: la pesca, un asadito y el fútbol.

Pateaba fuerte don Diego, el siete de El Porvenir de Esquina. "Como una mula", según el tío Cirilo Vallejo, arquero y celebridad futbolera de la familia, al que apodaban Tapón, por lo petiso. Toda una celebridad porque en 1952, jugando para San Martín, había ganado el campeonato de la Liga local con actuaciones memorables, como la tarde que le atajó dos penales a Central Goya. Todo un personaje, también, porque después de los partidos solía levantarse el buzo para mostrarle al público el pecho amoratado por los pelotazos.

Pero don Diego también tenía lo suyo: todavía se recuerda aquel golazo de media cancha que tomó al arquero manso y desprevenido, como un presagio de la génesis.

Desembarco en Fiorito

Chitro llegó a Villa Fiorito en 1955. Solita su alma. A ver qué onda. Allí, en Esquina, quedaron las nenas y la Tota, rezándole cada noche a la Virgen María, con esa devoción que le había inculcado su madre, Salvadora Carliolochi, una inmigrante del Sur italiano que también había probado el sabor de las privaciones.

Don Diego cambió las aguas turbias del Paraná por la ribera pestilente del Riachuelo. Y consiguió trabajo en la molinera Titumol. Otro empleo opresor, en condiciones hi-



Va pateaba para crock. Maradona jugaba en los Caballitos y se ganaba monedas a cada peso. Nadie podía creer la magia que repetía desde su cuerda incomparable.

glénicas desoladoras, pero con una virtud insoslayable: aseguraba el peso, permitía enviar un mensaje esperanzado. El mensaje esperado: "Vengan, ya tengo trabajo".

Tota y las nenas se sumaron a la casa a oscuras del invierno. Muebles sin material, techo de chapa, alguna que otra silla para recibir a los amigos. Vinieron Elsa y María. Y tiempo después se sumaron amargas noticias de la casita de Esquina, que había quedado huérfana, a su suerte. Una colilla encendida lanzada por un

agresor anónimo, el fuego incontrollable, las cenizas definitivas. Perdieron todo: pertenencias, recuerdos, fotografías irrepetibles.

Pero Diego, el Petusa, fue la expresión divina de ese amor reencuentrado. Un regalo de Dios para la segunda fundación de la familia. Que después sumaría a dos varones más: Raúl y Hugo, y a Claudia, la más chica. Todo un reto para Chitro. Nueve bocas para alimentar, nueve corazones para quererlos.

Dieguito fue bautizado el 5 de

enero de 1961. Mientras el agua bendita bañaba la pelusa del apodo, doña Tota musitó un deseo: "Que crezca sano y que sea buena persona". Y a los diez meses, el primer paso, el primer toque de zurda con esa gastada pelota número cinco que don Diego atesoraba en la pieza, acaso de sus tardes de wing derecho.

-¿Qué raro, no? Los chicos siempre agarran la pelota con la mano, pero el Petusa la patea. Se nota que es hijo de un futbolista...-decía la Tota, sin saber lo que ya sabía.

Diego fue un chico feliz. Criado al cielo desnudo. Gulado por la humildad de su padre y por la rutina silenciosa de su madre, que pasaba noches en vela lavando guardapolvos, secándolos al calor del brasero para que sus chicos lucieran austeros pero impecables. Dignos.

Hubo una primera pelota, clara. Propia. Suya. Aquella número uno de cuero que le regaló su primo Gerardo Zárate. Redonda, linda, con aroma a nuevo. Pero suya. Fundamentalmente suya. ¡Si se le había acelerado el corazón cuando la vio! No quería dormir esa noche, no quería... Pero al fin se durmió. Tardísimo. Y muy abrazado a ella, como se abraza a un amor para toda la vida.

A Diego le encantaba estar con el Negro, su amiguito. Le prestaba el bañero y también el trompo. Se contaban secretos. Volaban con la imaginación. Y se pasaban horas enteras construyendo barriletes. Al principio, para robarle el imperio al cielo. Después, para venderlos.

Pero la pasión era el fútbol. La locura era el fútbol. El llanto era el fútbol. Porque Diego quería jugar todo el día y había que ponerle un fre-

Cuando Maradona era chico no jugaba: la rompía. Y tenía muy desarrollado un sentido profesional aplicado al potrero: jugaba para el primero que lo viniera a buscar.

a pen-
do, do-
e crez-
na". Y
so, e
a gas-
e don-
acaso
ricos
a ma-
e nota
decin-
la.

ado a
umili-
sien-
a no-
blivos,
para
is per-

clero.
e uno
p Be-
tro-
men-
abró
e viol
que-
clino.
o se
ida.

con
ba el
con-
ima-
nte-
Al
lo al
La
a el
r to-
fre-

Por los deberes inconclusos, por
las rodillas con cascarnes eternos,
por las zapatillas que cedían ante la
explosión de los dedos...

Aclaración necesaria. A esa
edad, a los siete. Dieguito no jugaba
a compía. Y tenía un natural sentido
profesional: jugaba para el primero
que lo venía a buscar. Si había que
llorar, lloraba. Porque a mamá y pa-
pá ya los tenía calados: cinco minu-
tos de lágrimas y aflojaban.

El sacudón

Pocas cosas estremecieron más
a Diego que debutar para Estrella
Roja, el equipo que había armado
Chiforo para que jugaran los pibes
del barrio, ésos que lo descolaban
hasta el crepúsculo en Las Siete
Canchitas, los potreros de Florito.

Ahí jugaba con Gregorio Carri-
zo, el Goyo. Su compañero de grado
en la escuela Remedios de Escalada
de San Martín. Aquel pibe que me-
deaba tímidamente por las inferiores
de Argentinos. El chico que una
tarde, después de las gambetas y las
rabonas, le tiró una propuesta que le
hizo temblar las piernas...

-Che, Pelusa, ¿no te animás a probar-
te en Argentinos?

La pregunta lo descolocó. Diego
y el Goyo estaban amarrados a la
charra sin punta y sin ovillo. Y se lo
descerrajó de una, para medirla...

-¿Quién? ¿Yo? Eh... ¿A vos te parece?

A Goyo le parecía y a Diego tam-
bién, sólo que soltaba la duda para
disimular la excitación. ¿Cómo no le
iba a gustar? Goyo la hizo corta. Co-
mo buen delantero, fue directo al
grano. Y en la siguiente práctica en-
caró a Francis, el delegado.

Francis era Francisco Gervasio
Cornejo, un empleado del Banco Hi-
potecario Nacional que, paralela-
mente, recorría los potreros reco-
lectando talentos para Argentinos.

Junto a Yayo Trotta, su colabo-



Francis Cornejo fue el descubridor
de Maradona. El hombre que lo
metió en las inferiores de
Argentinos y que lo acompañó
hasta que llegó a Primera.

El bautismo. Fue el 5 de enero
de 1960. Mientras sale el agua
bendita sobre su cabeza,
Julia Tota pidió un deseo:
"Que crezca sano y que sea
una buena persona".



Azumar de siempre. La casa de Maradona en Villa Fiorito. Dos platos, un baño y una
cocina. Paredes de material y techo de chapa, todo un lujo para esa familia humilde.



El pequeño Maradona y su amigo a
Sábado Circulares, el programa de
Pipo Mancera. Diego hacía juguito en
las canchitas y ya se había ganado una
intervención porción de fama.



Diego, siempre primero. Ahí está, en la
primera fila, cruzado de brazos, junto
a sus compañeros de 3º C de la
escuela Remedios de Escalada de San
Martín, en Villa Fiorito.

Entre 1972 y 1974, los Cebollitas practicaron un fútbol fantástico por las canchas de todo el país. Conducidos por Maradona, tuvieron una racha de 140 partidos invictos.

rador, Cornejo había armado los Cebollitas, un equipo infantil de clase 1960 que aglutinaba a los pibes que por aquel entonces -mediados de 1969- no podían fichar para Argentinos por no contar con la edad mínima establecida por AFA: 14 años.

Al nombre no lo alumbró la casualidad. Los habían invitado para intervenir en una edición de los campeonatos Evita y, obviamente, no podían figurar como Argentinos.

Al final, la decisión fue del propio Francis: "Son todos chiquititos, así que les voy a decir Cebollitas". Y así se llamaron: Cebollitas. El partido bautismal fue contra los alumnos de un colegio que arrastraban la fama de invencibles. Cuando escucharon el nombre del rival ocasional, los chicos, pero sobre todo el técnico, se desamaron de la risa. Creían que se trataba de un "equipucho" de barrio. Pero los Cebollitas dieron una exhibición y ganaron 14-0.

En ese equipo emblemático jugaba el Goyo. A ese delecto futbolero se iba a arrimar Diego.

Ese amigo del alma

-Tengo un amigo que es mejor que yo.

-¿Seguro? Mirá que me vienen como cien tipos por día con ese cuento.

-No, en serio. Es un fenómeno.

-Bueno, decile que venga. Pero no le prometas nada. ¿eh?

Descreía Cornejo. No de Goyo, sino de todos los que se le acercaban con "la posta" de un nuevo genio. Pero jamás decía que no a una prueba, impulsado por el instinto.

Aquel impreciso día de hace treinta y pico de años, Maradona caminó tímidamente al encuentro de Cornejo, con Goyo a su lado como un

escudero. Llevaba "las zapatillas de jugar" debajo del brazo y el pelo revuelto por el ventolín que cruzaba un potrero peñado como sus rodillas. "Cambiate, pibe, que enseguida jugamos", le susurró el entrenador. Y dos minutos después estaba listo.

A la primera pelota que le llegó, le durmió de aire. Ahí nomás, aprovechando el almorzón del empuje, tiró un sombrero. Y cuando bajo la volvió a domesticar de zurda.

Cornejo se atragantó con su saliva. Tres pelotas después, ya no tenía dudas: ese chico era especial. Emanaba una química insólita con la pelota, que le obedecía hasta en las circunstancias más complejas.

-¿Tendrá 9 años ese pibe? Marnejo le peloteó como si fuera más

grande... -le comentó a Trotta.

Y no bien terminó el picado, lo felicitó y le disparó el interrogante.

-Decime, Diego, ¿en qué año naciste?

-En el 60.

-¿Estás seguro?

-Sí, en el 60.

Descreía otra vez, Cornejo. Y más cuando Diego le dijo que no tenía los documentos. Se los había olvidado. Entonces Francis tomó por el atajo. Acompañó a los chicos a Fiorito, se presentó ante doña Tota y sólo después de cotejar los datos con la partida de nacimiento se convenció de sus próximos pasos: de allí en más, viviría para Diego. Haría lo imposible para que ese diamante en bruto se puliera en Argentinos.

Cornejo era más que un técni-

co. Casi un padre. Compraba gaseosas y alfajores, metía la mano en el bolsillo para pagar el pasaje de los que venían "secos", organizaba los cumpleaños, conseguía botines, se preocupaba... Y Diego era su delirio, su obsesión. Aquel hijo que no había podido tener. Es más: no era extraño que una vez a la semana se acercara hasta la casita de Fiorito para charlar con los padres, para saber si necesitaban algo. Francis sabía que, tarde o temprano, los delegados de los clubes grandes tratarían de apropiárselo. Y él quería que los Maradona tuvieran la certeza de que en ningún otro lado su hijo estaría tan contenido como en La Paternal.

El fútbol fiesta

Con la savia vitamínica de Maradona a los Cebollitas les empezaron a crecer las ramas de la leyenda. Entre 1972 y 1974 practicaron el fútbol más fantástico de la historia infantil: eslabonaron un rosario de 140 partidos invictos.

Empezaron a recorrer la Capital, la provincia y el país en la caja deastrejero de Yayo Trotta, seriaditos en el piso de chapa ondulada, bailando con los saltos que proponía una suspensión haragana.

Kilómetro a kilómetro, gol a gol, se fue edificando un mito individual y colectivo salpicado de anécdotas pueblerinas y hazañas inmortales.

Una vez, ante Racing, Cornejo mandó a Diego al banco porque era menor de 12 años, edad mínima permitida por el torneo. Pero la cosa pintaba fulera. Cero a cero el primer tiempo. Cero a cero a los diez minutos del segundo. Y entonces lo hizo entrar. La camiseta le llegaba a las



Lino Alberto Pocheta, en chita curventina que estaba de perder la final de un nacional infantil con los enterrados. Diego, su amigo, trata de consolarlo.



dos momentos de un mismo partido, aquel que los Caballitos le ganaron a Barracán 10-0 en el prelio Los Melvins, Arica, una definición de derecho ante la impotencia del saio del Challa, que es Abrianda Corbelli, el mismo que un año después sería su compelerio en Argentina. El mismo que, se 1979, integraría el Juvenil que se consagró campeón mundial en Jujuin. Ahí, otra postal de aquella mañana, jugada de jugadores argentinos de esa época que ya empezaba a hacer ruido grande.



rodillas, parecía disfrazado de Fofó o Miliki. Diego metió dos goles, descorchó mil matabares. Y al final, forzando el respeto, el luso técnico de Racing se le acercó a Cornejo para indagarlo: "¿Cómo es posible que tengas a ese pibe en el banco?".

Otra tarde, en La Candela, repitieron la estrategia. Cornejo y los Cebollitas acordaron que Maradona se sentaría en el banco y firmaría con un apellido falso: Montanya. Pero la mano vino mal barajada: 3-0 abajo al final del primer tiempo. Se hizo el cambio, claro. A los diez minutos, "Montanya" metió un gol increíble, desparramando rivales y definiendo con esa categoría extraterrestre. Fue tan grande la excitación de los chicos por el golazo, que no se pudieron contener: "¡Grande, Diego!", "¡Buena, Diego!". Lógicamente, la historia se dio vuelta. Y el entrenador de Boca también caminó a paso firme hacia Cornejo: "Si ése es Montanya, yo soy chino...". Francia balbuceó, pero no pudo excarcelar ninguna palabra. "Nos persiste a Maradona. Pero tranquilo -le dijo-, no hay drama. Por esta vez no te vamos a protestar el partido."

Era un guiño premonitorio de Boca. El primer flechazo de un romance que fortificaría el tiempo. La cara de una moneda que también había adivinado la ceca River, claro. Que se lo quiso llevar y no pudo porque don Diego se negó a que lo separaran de Francis. Que lo tuvo enfrente y lo sufrió como pocos...

En la final del Campeonato Evita de 1973, por ejemplo, los Cebollitas le ganaron a River 5-4 con dos goles de Diego, uno tremendo, con siete rivales en el camino. En otra fi-



La noche está por dormirse en su pecho. Otro tema del fútbol en Primera, producción diez días antes de que cumpliera los 16 años. Todo un récord.

nal, la de un cuadrangular que también jugaron Huracán y All Boys, fue 3-2 con otro gol sobrenatural de Maradona. Y hasta hubo un 7-1 con un catálogo de cafés, tacos y sombreros. "Me gusta jugar contra River, me trae suerte", decía Diego.

El camino de los sueños

Don Diego se solazaba abrevando en la ilusión de Pelusa. Exhausto, salía disparado de la molenda de huesos para llegar lo más rápido posible al hogar de Fiorito. Dieguito calculaba el tiempo y solía **manejarse en la oscuridad**.

Comían a las apuradas y allá iban, padre e hijo de la mano, hasta la parada del 2B, "el verde", que los dejaba en Puente Alsina. Ahí tenían **una habitación en la oscuridad**.

en la vieja canchita de La Paternal, o el 44, cuando el partido era en Tronador y Bauness, en el campo de deportes Las Malvinas.

A veces el regreso era tarde. Victorioso, pero tarde. Entonces el viaje de vuelta, que atravesaba la ciudad de lado a lado en dos horas, era un calvario para don Diego, que dormitaba de a ratos, bamboleando la cabeza, síntoma de rendición que **él mismo se lo advertía**.

Amigo era una palabra que Diego sabía valorar y que acabaría de comprender al conocer al Rusito del apellido difícil, a Jorge Cyterszplet.

Historia peculiar y sensible la del Rusito. Andaba siempre por el club, incluso antes de la llegada de Diego. Juan Eduardo, su hermano, jugaba en las inferiores y estaba a

un suspiro de la Primera. Pero una enfermedad incurable le clausuró la vida a los 22 años. Jorge no lo soportó. Jugador frustrado por culpa de la renquera que le asestó una poliomielitis, había depositado la ilusión en el hermano, a quien seguía detrás del alambre, mirándolo como si se viera a sí mismo. Una parte de él se había ido con Juan Eduardo. Y ese ánimo desbordante, capaz de gambetear la discapacidad y arrimarlo a la Comisión de Prensa con apenas diez años, se desplomó sin preámbulos.

El chico de los rulos dorados se recluyó varias semanas en su habitación. Golpeado. Vencido. Y se venía desbarrancando, hasta que alguien le susurró la frase que destrabó el conflicto: "¿Por qué no te das una vuelta por el club, Jorge? Apareció un pibe que te rompe".

Fue un clic. Una persiana que se abrió levemente, lo suficiente para filtrar un haz de luz. Y al hijo del plomero, el renquito simpático de la calle San Blas, se le restauró el alma. Como si ese Diego fuera otro Juan Eduardo. Otro hermano.

Jorge pertenecía a una clase más acomodada. Siempre tenía un puñado de monedas y le gustaba compartirlas con los Cebollitas. Para una coca, para el paty, para un chorl. Pelusa y el Rusito sintonizaron enseguida. Fue un Nash mutuo, se volvieron inseparables.

Un viernes hubo una invitación: "Vení a dormir a casa, así te queda más cerca para ir al partido de mañana". Luego hubo muchos viernes.

Compartir, ése era el verbo: la plaza, un secreto, mil travesuras, la merienda, un partido de Scrabble. Y

"Mi sueño, mi sueño es jugar un Mundial... salir campeón del mundo con Argentina", dijo Maradona en la primera entrevista para televisión. Tenía menos de diez años.

...Rusito, ya recuperado, se animó a jugar: a creer, a sonreír, a atajar en los picaditos de los Cebollitas. Todo gracias a la magia de Diego.

La conmoción

La onda expansiva de los Cebollitas ya era incontenible. El ambiente del fútbol hablaba de ellos. Se asombraba de ellos. Y Diego era la bandera, el símbolo indisoluble.

Una tarde de julio de 1970, en la cancha de Atlanta, jugaban Argentinos y Boca. Un primer tiempo malo. "Anodino", según dijeron las crónicas. Diego estaba allí con un objetivo circense: hacer "jueguito" en el entretiempo. Tictac, con el empuje. Tictac, con la cabeza. Tictac, con el hombro. Así los 15 minutos, sin que la pelota tocara el césped.

Cuando los jugadores volvieron para el segundo tiempo, Diego seguía con su tictac hipnótico. Y al público le brotó el veredicto: "¡Qué se queeéede, qué se queeéede...!".

Fue la primera ovación, aquella que le barrió el camino para una invitación a Sábados Circulares, el programa de Pipo Mancera. El trampolín para los reportajes, para que se le acercara una vieja cámara Super 8, inquieta y premonitrice. Allí mismo, en el potrero de Fiorito, donde el Pelusa hacía jueguito y soñaba despierto: "Mi sueño, mi sueño es jugar un Mundial... salir campeón del mundo con Argentina".

Ésa era la meta, el norte. Pero había que empezar por algo. Y los Cebollitas, después de ganar decenas de torneos y cuadrangulares, se quedaron con el Campeonato Argentino Infantil de 1971, en Córdoba, y se zambulleron de lleno en otra dimensión: la Novena.

Pasó lo que tenía que pasar: se hicieron campeones, apabullaron. Y Diego fue imparable, ya fortificado con las vitaminas que le suministra-

El primer gol. Se lo metió a San Lorenzo de Mar del Plata, el 14 de noviembre de 1970, por el Torneo Nacional. Ganaron 3-2 y esa tarde convirtió dos.



El gol 100. Paradojicamente, también a San Lorenzo de Mar del Plata. Fue el 14 de septiembre de 1980, por el Nacional.



Se le pegaba Diego: usaba a imparable. Los fines libres tienen una especialidad, cultivada después de horas en las prácticas.

Cinco semanas antes del debut Diego se dirigió rínicamente a un arbitro de Tercera y lo suspendieron por cinco partidos hecho que postergo su aparicion en Primera.

ba Cachó Paladino, el mismo tordo de los bovadores, que era un amigo consuetudinario de Francis.

La aguja del velocímetro se elevaba vertiginosamente. El año siguiente destumbró en Octava. Saltó a la Quinta después del verano, pero por cuatro partidos. Jugó tres más en Tercera y el embrujo irresistible de la fragancia esperada. El sol del gran día venía asomando.

Allá por mediados de 1976 a Diego le recorrió el cuerpo un hormigueo constante. La zuda de

de las dificultades y la Primera estaba ahí, al alcance de ese pie enquantado que dibujaba gambetas irresistibles. Detrás del almuerzo, los directivos admiraban sus proezas anónimas e imaginaban una proyección inmediata. Juan Carlos Montes, el técnico de la Primera, también le había echado el ojo. Ya lo había convocado para algunas prácticas y estaba dispuesto a pedir su promoción. Sólo un hombre parecía oponerse: Francis Cornejo.

-Hay que llevarlo de a poco. Todavía no está para la Primera, debería quedarse un año más conmejo.

-Francis, tal vez usted tenga razón, pero el pibe lo necesitamos. Es un fenómeno, no se va a marchar.

-Presidente, ya...

Próspero Consoli lo cortó abruptamente. Estaba demasiado apremiado y no dudó en hacer valer sus galones.

-El presidente del club soy yo y acá se hace lo que yo digo. Maradona va a la Primera y se acabó.

Era cosa juzgada. Pero el destino atravesó un episodio anecdótico que adormeció la proyección de ese fenómeno de apenas 15 años.

En un partido de Tercera contra Vélez, el arbitro de turno fue un desastre. No había dado pie con bola y el más perjudicado, por lejos, había sido Argentinos. Diego era talentoso, pero también tenía sangre en las venas y no le gustaba perder. Los infortunios injustos le activaban la ironía. Y esa, precisamente, fue la supleza que obligó para que

-Juez, usted es un fenómeno. Tendría que dirigir partidos internacionales.

¡Para qué! La envidia fue a parar al informe y le dieron cinco par-

Argentinos recibió a Talleres de interior. Aquel Talleres lujoso y señorial de Ludueña, Valencia, Olivero, Garzán, Bocanelli.

Dos días antes, después de la práctica, Montes se acercó a Diego y lo alertó: "Vas a ir al banco". La noche anterior no pegó un ojo. Dio una y mil vueltas, imaginó jugadas.

En el vestuario se cambió con timidez. Casi padeciendo permiso. Era verde la camiseta 16. Roja con una banda blanca. Como la de River, pero al revés. A su alrededor se cam-

vió el vistazo, "¿Se anima?" le preguntó Montes. Y la respuesta fue un salto al césped para empezar el calentamiento.

No hubo demasiadas indicaciones previas para el 16, el reemplazante de Giacobetti: "Vaya, Diego, juegue como usted sabe. Y si puede, tire un caño."

Como si las palabras de Montes hubieran adquirido la fortaleza de un mandato divino, la primera vez que se juntó con la esfera blanca le metió un caño a Juan Domingo Cabrera, el ocho de ellos. ¡Un caño en la primera que tocó!

E "oleee..." fue la melodía que acompañó ese movimiento virginal, esa adhesión de genio que ensalababa sin complejos en el primer arbesco.

Diego Armando Maradona, el Pelusa de Florito, ya era el jugador más joven que disputaba un encuentro de Primera División en la Argentina. Tenía 15 años, en diez días más cumpliría los 16.

El pibe cambió el partido. Tocó, gambeteó, mostró conejos y Argentinos pasó de dominado a dominador. Pero el equipo le falló una pizca de paciencia para rubricar las fantásticas que le flum a Diego.

Sus compañeros de aquella tarde mitológica fueron Carlos Munutic, Roma, Pellerano, Gelfe, Humberto Minutti, Fren, Giacobetti, O'Donnato, Jorge López, Carlos Álvarez y Ovear.

Después del partido, Diego estaba sentado en el banco de madera más lejano, en el rincón oscuro del vestuario. Achicharrado y lívido, con una toalla cubriéndole las zonas pudendas, parecía un pollito mojado.



Diego Totá, en su día, lo cubría con un cortito inconmemorable. El desmayo en la cama era un clásico de las primeras épocas. "Cebó todo, que te hace bien..."

tidos de suspensión. Corría septiembre de 1976 y, sin saberlo, ese deslíz postergaba el debut estelar. Cinco fechas, cinco semanas, un poco de tiempo para que las suplicas de Cornejo ganaran la pulseada. Pero Francis tenía un solo brazo y había que torcer varios.

El gran debut

Llegó el día mágico: miércoles 23 de octubre de 1976. En la cancha de Juan Agustín García y Boyacá,

habían los más grandes. Minutti, Gelfe, Fren, Ovear.

La pasaron mal en el primer tiempo. El loque cordobés marcó los aridos del desarrollo y un gol de Ludueña, a los 27, clavó la diferencia parcial.

En el minuto final, cuando el arbitro Mamá marcaba el edicto final, Montes giró la cabeza hacia los suplentes para que se le refrescara una solución. De!uvo la mirada en Diego y el pibe le devol-

Siete u ocho cronistas se le acercaron para rescatar el testimonio imprescindible. Se lamentó por la derrota, habló con naturalidad de los nervios del debut y hasta pidió disculpas por atender así, en toalla. Empezaba otra historia...

Primera Selección

En aquel Nacional 76, que ganó Boca de Lorenzo, Maradona jugó 11 partidos, metió dos goles -ambos a San Lorenzo de Mar del Plata- y sacó un pasaporte de ida hacia la patria popular. El hincha de fútbol, el hincha de cualquier equipo, hablaba de Maradona, se proclamaba hincha de Maradona. Y ya lo querían en la Selección.

Se acercaba un amistoso con Hungría y los juveniles, que se preparaban para el Sudamericano de Venezuela, jugaron contra los mayores. Al final de la práctica, Menotti cedió ante el impulso: "Diego, cámbiese y vaya para nuestra concentración. Pero no se lo diga a nadie, ¿eh? No quiero que los periodistas lo empujen a presionar".

A. Pelusa le explotaba el corazón. Se lo contó al Ruso Cyterszpiler, a sus padres, a sus hermanos. Y se durmió al lado de los monstruos que creía indomables: Houssem, Bertoni, Luque.

A la mañana siguiente Menotti volvió a hablarle: "Diego, mire que si vamos ganando sus problemas, usted va a jugar un rato".

El domingo 27 de febrero de 1977 se levantó lo más tarde que pudo, a las once. En realidad, la ansiedad lo había despertado mucho antes, pero se quedó quieto, boca arriba, para que las piernas se relajaran al máximo.

Nunca había visto tanta gente como esa tarde en la Bombonera. Gente contenta, exultante, bramando apellidos, clamando glorias esa-



Con Claudia, su mujer, se puso de novio antes de la notoriedad. La conquistó en un baile del Club Parque, mientras sonaba "Yo te propongo" el tema de Roberto Carlos

tistechas. Entró al vestuario sin emitir palabra. Los titulares se cambiaron primero. Después, los suplentes, incluido él, con el 19. Y cuando se asomó a la cancha creyó que el tembladeral de la multitud resquebrajaría el piso.

¿Quiénes arrancaron para Argentina? Una banda de cracks: Gatti; Tarantini, Olguín, Daniel Kiler, Carrascosa, Ardiles, Gallego, Villa; Houseman, Luque, Bertoni.

El trámite se encasó como lo imaginaba el Fleco: uno, dos, tres goles, superioridad sin riendas. "Cada gol que hacían era como que me entraba una hormiga más en el cuerpo", confesaría luego.

Y a los 20 del segundo tiempo, Marotti lo llamó dos veces: "¡Maradonal! ¡Maradonal!" Se acercó rápido, eléctrico. "Ve a entrar por Luque. Muévase por toda la cancha, pero tranquilo, ¿eh? Tranquilo..." Esa última frase le dio coraje.

Le tocó enseguida. Gatti sacó para Gallego y el Tolo se le dio rápido para que tomara confianza. Le puso un gran pase a Houseman y se serenó del todo. La chapa definitiva fue 5-1. Con fieste, olé y todo.

El primer abrazo, ese que le dio Gallego, no se lo olvidó nunca: "Buena, Diego. Así te quiero ver siempre, así".

En el desgranar de los años siguientes, esa camiseta blanca y celeste le tefiría la piel para siempre. Le ganaría el corazón como sólo lo hacen los amores incondicionales, a prueba de temporales. Porque pocas cosas más duras como el cachetazo que le estampó el propio Marotti, el 19 de mayo de 1978, cuando lo dejó afuera de la lista que jugaría

el Mundial 78. Sin embargo, su amor por la Selección permaneció impermeable a la herida infectada.

Y entonces rompieron, casi por decantación, los capítulos dorados. Aquella gira por Europa, a mediados de 1979, cuando bordó una apilada memorabilia en Wembley, ante Inglaterra, y falló después de gambetear al arquero hacia la izquierda, en un jugador que años más adelante, ante el mismo rival y en circunstancias más importantes, tendría una rubrica diferente.



El Maradona de Argentina ya muestra la tilacha de los grandes. Desequilibraba por estilo, técnica, garra, potencia, velocidad, picardía. Era incontrolable.

Aquella gira, también, que le ~~abrió la puerta a su primer gol~~ su primer gol en la Selección. Fue en Glasgow, ante Escocia, después de otra joya futbolera que engrandeció el 3-1 definitivo. Era, claro, la antecámara para su estelar presentación en el Campeonato Mundial de Japón, digno de un capítulo aparte.

La vida te da sorpresas

Esta cuarta su vida cambió. Giró 180 grados. De Fiorito a la vivienda alquilada por el club en Villa del

Parque. Del anonimato a la exposición pública. De las apostillas a los titulares a seis columnas. De las páginas interiores a la tapa.

Al chico lo bañó una catarata de elogios, también los primeros tentáculos de la envidia. "Es un genio" "Diego es el dios del fútbol" "Se va a agrandar porque saltó de la nada" "Peé será un poroto al lado suyo", "Todo muy lindo, pero se compró el auto antes que la casa" "Maradona es el Peé blanco".

En esencia, Diego seguía sien-

Roxana Villafañe ya vivía en Villa del Parque. A Diego lo encandiló de entrada. Tanto, que averiguó qué hacía, si iba a bailar.

Iba, claro que iba. Al Club Social y Deportivo Parque, en Cuenca y Marcos Sastré. Y allí fue una noche excitada y ganadora, en un Fiat 2500, su primer auto. La vio al ratón nomás. Claudia estaba sentada y en Pelusa le hizo una seña justo cuando la voz de Roberto Carlos inauguraba los lentos con "Yo te propongo". Como siempre, había elegido una táctica perfecta.

El otro Diego

Allí, en la casa confortable de Lascano al 2200, creció de golpe el otro Diego. Era un Diego que se portaba para el éxito, aunque el Sudamericano Juvenil de Venezuela lo abrochó a un fracaso colectivo que le saadraría el alma. Un Diego que pilló a potrero y a Peco Reboredo.

Cualquier acto suyo conlevaba la onda expansiva de una bomba. Edificaba las columnas del endiosamiento o de desandado. Como aquella vez que lo expulsaron en Mendoza (primera raja de su carrera profesional) por un supuesto insulto al árbitro Rafael Bogdanowich, en el partido con el Gimnasia local, polémica nacional, suspensión, voces de un lado y del otro, auroras maradonianas en estado puro...

Obvio, tampoco zafaban las aristas privadas. Y en su carácter de nuevo hombre del jet set, se le posaba la lupa indomestiva del chismenterío, pasando revista a todo. Por ejemplo, a su nueva quinta de Moreno, con los detalles incluidos: tranquera blanca, chalet de tejas,

no hogar para aseros, cancha de vóley y de fútbol, aros de basket, bocón, hamacas, una parrilla argentina. 9.800 metros cuadrados para disfrutar con los amigos.

Adentro de la cancha, era una fiesta. Pero afuera se fastidiaba el juego. Y por ahí decía que hasta que lo vendieran, que en cualquier momento largaba el fútbol que le daba todo y no le correspondían en nada, que tal técnico sabía, que tal técnico no pero igual lo bancaba que a Argentinos lo llevaba en el alma que también sería lindo ir a Boca, y por qué no afuera...

Un cuadro de situación diferente difícil de manejar, el que se adaptaban los negocios que el Ruxo, ahora el señor Jorge Cyterszpiler, administraba con astucia admirable desde la flamante Maradona Productions, donde demostraba que no en vano había enjuicado intragables libros de ciencias económicas.

En la cancha, Argentinos remontó su barrilete colorado. Quinto en el Metro 78. Segundo en la Sección 4 del Metro 79, con los mismos 23 puntos que había cosechado la vez en los 18 partidos. ¿Entonces? Un desempate pese que Argentinos tenía mejor diferencia de gol que Boca no lo llega por una suspensión y chao Bichos. 0-0.

El Metropolitano de 1980 declaró al mejor subcampeón con 42 puntos, nueve menos que River y en el Nacional ganó la Zona B, clasificó para los cuartos y ahí lo eliminó el memorable Racing cordobés de Basile que terminó subcampeón.

Pero Diego letal, imparable, goleador de un torneo por quintuplicado: Metro 78 (22 goles), Metro 79 (otros 22 junto a Fortunato), Nacional 79 (12), Metro 80 (25) y Nacional 80 (18), incluyendo el gol 100 a San Lorenzo de Mar del Plata.

Fantástico, verdaderamente.





166
FUTBOL

115
FUTBOL

0
FUTBOL

La boca boca de gol. Cuando Maradona jugaba en Argentina, los tribunas se colaban de hinchas de diferentes equipos. Todos querían ver de cerca el talento de un jugador desconocido, que parecía para escribir una historia dorada en el fútbol.

Aunque a mediados de 1980, antes de que el Barcelona ensayara algunos enfoques efervescentes, Diego no se sentía seguro con la pelota. Como si se le enredara en los pies. Una sensación que solo percibía él, porque los demás... Y se fue a Luján. A pedirle a la Virgen. Con la Claudia y con Locura, que no era otro que el hoy popular Garínz, el villero de aquel Argentino, de allí en adelante un personaje muy vinculado a los afectos. Cosas de un chico que ya era un grande.

La propuesta era de Diego.
"Acordate, Jorge, le meto cuatro..."

Domingo al mediodía en el Torre Hotel. La frase de Diego, dolida y desafiante, detonó la carcajada de Cytarszpiler. Aquel 9 de noviembre de 1980 no era un domingo más. Argentinos debía jugar con Boca en la cancha de Vélez por una instancia clave del Nacional, un choque con el sabor chispeante de lo especial.

El martes 22 de octubre en el hotel Río Grande, de Santa Fe el periodista Oscar Bergessio había reportado al arquero de Boca, Hugo Gatti para el diario El Litoral. La nota se publicó el viernes 31 y el viernes 31 de octubre La Razón la reprodujo en

duda. Diego y Argentinos habían disputado un partido durísimo el miércoles. Perdieron 2-1 con un gol suyo expuesto a un desgaste fenomenal después de padecer dos expulsiones. Y al día siguiente el jueves se presentaron en San Jus-

Cuando Gatti le dijo "gordito", prometió hacerle cuatro goles. ¡Y se los hizo!

sus ediciones del sábado 8.

Allí, palabras más, palabras menos, el loco decía que Maradona era el mejor jugador del momento, pero que lo estaban "inflando un poquito. Me preocupa su físico. Tengo la sensación de que en pocos años será un gordito".

Diego estaba revuelto en ira. Muchos sabían que Maradona jugaba mejor con el combustible de un enojo, con la usina del orgullo.

Pero ese domingo daba para

to, Santa Fe, por uno de esos benditos partidos amistosos que se jugaban para generar los recursos que permitían retenerlo en La Paternal. Ese jueves, antes de conocer las declaraciones del loco, Diego corrió como si nada y metió 13 goles. Así, exhausto con el motor hipereigido, después de dos partidos en dos días, encaraba ese domingo.

Le voy a dar gordito a ese...

«Entonces hoy le haces dos?»

«Acordate, Jorge, hoy le meto cuatro...

Y se fue a la cancha. Antes de arrancar el loco se le acercó. "Mirá que yo no dije nada de eso que..." Indiferencia. Batazo inicial, arranque furibundo y...

Uno. Hizo una rabona y la pelota rebota en el brazo de Hugo Alves. El penal lo ejecuto suave a la derecha de un Gatti que se compró el buzón del otro sector.

Dos. Escaló por la derecha. Rugger lo toco de atrás, los defensores y el arquero de Boca durmieron una siesta. Diego le pegó rápido y la pelota se coló arriba.

Tres. La llevó Pasculli como puntero izquierdo. Maradona le pasó por el centro y "PPP" se la tiró justa al borde del área. Lo bajó con el pecho y a cobrar.

Cuatro. Otro pared con Pasculli y Abel Alves lo bajó. Tiro libre. Diego le pegó al palo del arquero. Disco, vendetta consumada.

Argentinos lograba un 5-3 histórico. Y Maradona festejaba a diez puntos. Catapultaba al equipo y catrizaraba al arquero. Lo buscó, claro, que lo buscó a Cytarszpiler.

«Te lo dije, Jorge. ¡Cuatro! ¡Cuatro!
Cuando yo digo algo, lo cumplo, viejo. Soy un hombre de palabra.

Pero hubo más flechazos directos al corazón ese tarde cálida. Al final, Diego recibió el trofeo que había puesto en juego la Municipalidad. Lo levantó con defente. Y escuchó la ovación cotidiana. "Maradooooo..." Sólo que esta vez sonaba más fuerte que de costumbre.

Eran los hinchas de Boca, apilados en una cabecera. Eran los hinchas de Boca, sin rencor por los cuatro goles.

Se estremeció. Petusa. Quedó marcado. Otra historia de amor estaba por comenzar. ■

LA FANTASÍA



Vestuario del estadio Nacional de Tokio. Diego delra sobre el lomo de Seria. Argentina es campeón mundial juvenil.

se día era el día. Todos lo sabían. ¿Para qué engañarse? A más tardar antes de que las sombras aprisionaran al campo deportivo de la Fundación Natalio Salvador, en José C. Paz. César Luis Menotti daría los nombres de los tres jugadores que se quedarían afuera de la lista definitiva para el Mundial '78, el primero que se realizaría en la Argentina.

Para entonces, la práctica de la tarde nublada del 19 de mayo de 1978. Rara y tensa. Sin risotadas, vacía de euforia, respetuosa de dolor latente.

"Vengan" dijo el Flaco. Así, seco. Tajante. Convocaba desde la mitad de la cancha. Con firmeza, claro. Pero también con la pesadez mortificante que ya le provocaba la situación.

No tardó mucho en desenfundar la decisión: "Van a quedar desafectados Bravo, Bottanelli y Maradona".

Diego no lo soportó. Sintió que una daga oculta le partía el alma. Se fue rápido, mascullando la bronca intransferible, imbuendo por un regazo contenedor.

En el viaje lloró de impotencia. Lloró mucho. "Como cuando éramos chicos" gratificaría tiempo después Cyterszpiller acompañándole de aquel regreso sepulcral.

Pero cuando abrió la puerta de su casa se inventó una coraza. Porque el panorama era desolador, casi un velorio.

La Tota lloraba desconsoladamente. Don Diego, el noble Chuto, quería disimular la congoja y no podía. Los hermanitos y los sobrinos lo abrazaron fuerte sin ani-

marse a decirle nada.

Claudia le dio un beso tan sonado como sus lágrimas que le resbaban por las mejillas ruborizadas de ira. Pero la Tota no tenía consuelo.

"Hijo, hijo, cómo te pueden haber hecho esto? ¿Por qué, hijo? Decime, ¿por qué?"

"Tranquila, mamá, no llores más, te lo pido por favor... Tranquila que yo estoy bien... Mala suerte ya está. Pero esto no va a quedar así. Ahora voy a jugar mejor que nunca, voy a meter muchos goles, voy a pesarle al tiempo a todos, voy a salir campeón... Lo voy a hacer por mí, por ustedes, por Florito... Tranquila, mamá, tranquila."

Lo besó tiernamente, fingiendo la cicatrización de un alma ametrallada por la pena. Pero después, en la cama, se ahogó en li-

ros de llanto. Entre lágrimas, exhausto de amargura, volvió a jurar su revancha. Esta vez a solas, a solas con Dios. Y si algo tenía el bibe, era palabra.

Vanque en el 10

Aguiloneado por un impulso visceral, Maradona generó actuaciones impresionantes durante el resto de la temporada. Entre mayo y diciembre de 1978 convirtió 22 goles en partidos oficiales de Argentinos, potenciando el copyright de un sentimiento popular. Menotti había cometido una injusticia con Diego. Un amor crecía y una bola de nieve que ni siquiera se atenuó con la conquista del Mundial.

"Maradona va a ser más grande que Pelé, pero Menotti le quitó la posibilidad de ganar su primer



Zurda y a cultrir. El primer gol de Maradona a Indonesia, el tanto inaugural en los Copas del Mundo de cualquier categoría, fue el amanecer de una campaña genial, de la mano de César Luis Menotti, pero con el trabajo inicial del maestro Burchiel.

mundial" decía la gente. Muchacho incondicional de Diego, fuera o no simpatizante de Argentina.

El bálsamo de los días incluyó un acercamiento con el Flaco. Una charla distendida, enmarcada en cordialidades mutuas, que se desarrolló en la casa del entrenador. En cierto modo, las relaciones emergieron recompuestas de aquella cita. Pero a Diego -llevar los códigos del Pelusa de Florito- siempre le quedó un poco de sarfate en el ojo. Como si en la piel le hubieran aplicado el indeleble tatuaje de la traición.

En el último semestre del año, más precisamente en septiembre, fue el propio Menotti quien se puso al frente de una Selección juvenil integrada por talentos precoces

se afectados por la sabiduría de
sine de un viejo y entrañable
gesto del fútbol: el maestro Er-
esto Duchini.

El gran objetivo estaba a un
añ y a miles de kilómetros de dis-
tancia: el Campeonato Mundial Ju-
venil de Japón '79.

El feeling de Diego y Menotti
se rubricó cuando la pelota volvió a
salir de por medio. Maradona no
podaba, pero miraba para adelan-
te. Encaraba los desafíos con la
misma seguridad que marfil zaba
a sus rivales.

Para ese 1978 le tenía reserva-
do un puñal adicional: pese a ser el
creador del Metropolitano, no le
daban el Botín de Oro que atesoran
en las manos de Beto Alonso por-
que se estableció un promedio en-
tre los goles convertidos y los per-
didos jugados.

Diego llegó con ganas al último
día del año. Con ganas de arran-
car la hoja de la manaque des-
menuzándola en mil pedazos y arro-
jándola a la basura.

Y una vez que lo hizo, le rele-
jó el juramento a donde Tata: "El
año que viene voy a hacer lo imposi-
ble para quedarme con todo. Me
lo prometi, mamá. Quiero obligar-
los a que me den todo. Si hay de
premio una pelota de plástico, me
la van a tener que dar."

Los que nunca pararon de ju-
gar con una pelota de plástico fue-
ron sus hermanitos en las playas
orientales de Atlántida, mientras
Diego y sus compañeros disputa-
ban el Campeonato Sudamericano
Juvenil, en Montevideo.

Ver a la familia en el pleno dis-
frute de sus primeras vacaciones
en el mar, luego de tantos años de
privaciones, puso a Maradona de
un inmejorable humor.

Tal vez por eso -y no por otra
cosa- se conformó con el subcam-



peonito que, de todas maneras, aseguraba la clasificación para el certamen de Japón.

En realidad, durante aquellos días montevideanos sólo lo había perturbado la actitud arrogante de dos periodistas uruguayos muy reputados.

Viendo televisión en la concentración del hotel Cottage casi parte la mesa del puñetazo que dio al escucharlos decir, muy puestos de cuerpo, que apostaban "el coche y la casa a que Uruguay le gana a Argentina". Recordaría perfectamente esa frase y también la fecha, 22 de enero, el día del cumpleaños de Claudia.

¿Qué pasó en la cancha? En la ronda inicial, Menotti dispuso una alineación light porque Argentina ya se había clasificado para la fase siguiente. Entonces nadie tomó muy en serio la victoria de Uruguay. Después, en el choque de la fase final -el que motivó la apuesta de los dos colegas- no se sacaron ventajas, igualaron en un trámite de vuelo bajo, sin demasiados brotes de emoción. Y hasta hubo festejo por la clasificación, después de la victoria vital y motivante frente a Brasil, al grito de "borón bon bon, borón bon bon/ somos campeones, allá en Japón".

Pero a Diego igual le quedó clavada la espora en aquella jornada de Centenario repleta, píetórico e intimidante. Ya se sacaría la espina, el Pelusa. Ya se la sacaría...

Unos días de gloria

Antes de desembarco en Japón, el corazón de Diego se estrechó con dos escalas muy emoti-



Terminó la divertida semifinal con los uruguayos. Diego Maradona y Ramón Díaz, los dos figuras indiscutibles del torneo, celebran en el estadio Nacional de Tokio.

vas. Con dos experiencias que le ratificaron el pedigrí en la azotea del fútbol mundial.

El primer viaje a Tokio ocurrió en Río de Janeiro, por una iniciativa de El Gráfico. Fue el día en que Maradona conoció a Pelé.

Un encuentro cálido, etimologizado por la admiración mutua, murmurado por sonrisas permanentes. Un diálogo fluido y chisporroteante desprovisto de timideces, con algunas palabras del Rey que la conciencia de Diego supo valorar y tamizar: "Nunca te creas el mejor, aunque lo seas. El día que te sientas el mejor, dejarás de serlo".

Ese mensaje, propagado desde la transparencia de la sinceridad, erizó la piel de un pibe que sonreía feliz, que abrió los ojos para captar la policromía del encuentro que

soltó carcajadas a borbotones cuando alguien ejerció una gulería para la producción fotográfica. Y hasta hubo un abrazo final con estelutera de postal histórica de traspaso divino. De un rey a otro. Del monarca saliente al heredero que se encargaría de zelar a tope las banderas del fútbol.

El otro mojón se edificó el 23 de junio. Justo un año después de la conquista del primer título del mundo para el fútbol argentino. Sobre el mismo césped del Monumental y a manera de festejo, la Selección enfrentó al combinado del Resto del Mundo.

Fue derrota 1-2, pero Diego -ahora titular para Menotti, ahora dueño legítimo de la camiseta diez- le convirtió al brasileño Leão uno de los goles más fantásticos

de su carrera, ingresando en el área por la derecha y soltando un remate combado, al ángulo más lejano, después de un sensacional enganche para dejar pagando a italiano Cabrini, un lateral con cara de galán de cine.

Diego celebró a su manera, un salto acrobático, batigazo de la mano derecha con el puño cerrado. La boca abierta de goz, el gesto sanguijoso.

Y la instantánea de ese festejo se transformó en una postal emblemática de todo lo que Diego podía ser. De lo que sería...

Las imágenes de ese gol recorrieron el planeta. Y derivaron en una nueva explosión mediática.

A esa altura, la vida de Maradona era un caudal sin pausa. Fútbol todos los días, hoy mañana y pasado. Concentraciones, viajes de ida, viajes de vuelta, Hotel, Hoteluchos. Llamadas telefónicas en idiomas incomprensibles. Con promesas comerciales. Más fútbol, más concentraciones, más viajes. Parecía la apoteosis, era un amanecer...

El imperio de fútbol naciente

Estaban mundos. Rendidos. Habían andado un día entero por el aire. Un día entero. Nadie se quería por el sacudón de las gomas al tomar contacto con la pista. Al contrario. Fue como una bendición. Una liberación.

El paisaje que se recortaba por las ventanillas ya era la pintura de otro mundo: un aeropuerto tan gigantesco como ordenado, aviones res de pista desplazándose en ve-

'Nunca te creas el mejor, aunque lo seas

...o un consejo

...d'aras de serlo

en v-
do el
as le-
gnai
do a
cata
bra
ma-
do. re
san-
tepo
am
a po-
eco-
n en
t.
ara-
usa
sane
mas
ries
ices
om-
hos.
les
ma-
as
rei
ejó
to-
m-
ón
cor
de
gl-
la-
re-



hículos modernos, limpieza infinita, las primeras brisas cibernéticas... Los pibes llegaban a Tokio, sonaba la diana del desafío.

Diego era el capitán y se asumía como tal. Como algo más que un jugador con una cinta ajustada al brazo. Y ese status de figura referencial, de espejo para el resto del grupo, lo habilitaba para sugerir, para convocar a los duendes de la premonición.

«Muchachos, bajemos todos con el pie derecho, que de acá nos vamos campeones del mundo...

Así lo hicieron. Uno a uno. Paso a paso. Le zurda afirmada en la escalera y la derecha apoyándose por primera vez en el piso nipón, por el las moscas...

Y Rogelio Ponciná, el ayudante de Menotti. También sportó una cuota de fa. En su valije, mezclada con las ropas, había una Virgen de Luján. La misma que les habían regalado antes del Mundial 78, aquélla de la vuelta olímpica en River, la que alumbró a los pibes en el Su damericano, la destinataria de los retos en Japón...

¡MUCHOS MEJORES!

Entre Menotti y los pibes había simfonía fina, un ida y vuelta magnífico, especial. Ellos lo adoraban. Le admiraban la sencillez para manejarse con jugadores sin trascendencia a tan poco tiempo de haberse consagrado como el entrenador número uno del mundo.

Y a César le reconfortaba la naturalidad con que jugaban al fútbol que a él más lo seducía. El fútbol del toque y la gambeta como reliquión irrenunciable. Había encontrado los mejores músicos para

su partitura. Ni más, ni menos...

Diego era el eje del grupo. El umán. El ojo de un huracán de frescura que brotaba en la vida interior y florecía después, en la cancha, ante cualquier rival.

El cuartel general era la habitación que compartía con Barbas, una pieza chiquita, entaralada por y para japoneses, que tenía el look de una zapatera: estaba inundada

del resto de la pandilla.

Pero los chicos no se olvidaban de las raíces. Bachino y Priagüo «guitarra en mano» solían imitar a Los Visconti y al Chango Nieto en las sobremesas de la cena. Y Diego y el propio Bachino arremolaban con el tango, única melodía que se escuchaba en el micro. Por cabala, desde ya.

Maradona tenía la contención



Maradona hace la Copa junto al hermano Moza, que entró en la final y fue un pieza importante para cambiar el rumbo. Juntos formaron una sociedad total.

por las cajas de zapatillas que Puma le regalaba a Diego.

A Barbitas, justamente, el diez lo había bautizado «El Abuelo» por sus hábiles «sobornabiles» se acostaba tempranísimo y se levantaba tempranísimo.

Los temas de Abba, Donna Summer y Rod Stewart musicalizaban la concentración, con el Pichi Escudero bailándolos en el centro de la ronda, al ritmo de las palmas y de los «mueva, mueva, mueva»

adentro, pero también afuera. Don Diego, Cyferozpáyer y sus amigos Fernando y Juan Miguel habían viajado para estar con él. Y la línea telefónica era un haz indestructible con la Tota, con los hermanos, con Claudia, con todos...

Estaban listos. Preparados.

¡MUCHOS MEJORES!

Los tres partidos de la ronda inicial fueron en Omiya. Toque, dinámica, circulación veloz y preci-

sa, toneles de fantasía y un momento tándem Maradona-Raimundo Díaz matizaron el menú exquisito que conformó a todos los paladares. Indonesia (5-0), Yugoslavia (3-0) y Polonia (4-1) fueron víctimas sin defensa, paréntesis inoportunos para una primera fase rociada con el perfume ideal. Goles, tujas, asombros crecientes...

El país madrugaba para verlos. A Diego y a todos. Porque había sed de fútbol, avidez por prenderse a una química deliciosa y subyugante. Entonces el despertador sonaba a la hora señalada, cuatro media, cinco, seis, siete y cuando de la mañana...

La cadena de victorias le adicionó varias cuentas al rosario de las bajas. Simón y Ross rezaban los padrenuestros antes de deambular a la habitación. Claudia calculaba la hora en la que Diego se iría a partir hacia la cancha y lo llamaba para desearle suerte. Se respetaban «a morir» de una ex parte cambiarse dentro del vestuario. Y por asomo se alteraba el orden para los masajes, con Diego en el antepenúltimo. Menotti golpeaba las redes del vestuario a ritmo de patucada antes de dar a charla técnica...

Y el respeto de los rivales también iba en crescendo.

«Che, Diego, ¿viste lo que están mirando todos éstos?

«Sí, ¿qué raro, no? ¿Por qué será?

«Todos éstos», como decía Barbitas, eran los pibes de las demás delegaciones. Estaban asombrados por el fútbol que practicaban Diego y su pandilla. En el hotel funcionaba una videoteca donde se podía elegir y ver cualquiera de

partidos ya disputados. Y todos en los de Argentina. Para admirar para aprender, para estudiar.

Subía la apuesta general, también la del grupo.

«Si salimos campeones de profesión Sergio García a Hugo Arvelo, parto la boca de un beso...»

Y yo le parto la cara de una risa.

Subía la apuesta general, pero lo decala el ánimo del frente interno, inmune a las presiones.

La guerra de toallazos, un día que nació en la concentración de José C. Paz y viajó hasta Oriente, no sabía de freugas. Diego Sábido y Carabelli iban a frente como locos, el Pichi Escudero y el Peinado Díaz huían descorradamente, los demás cobraban de lo lindo y el Fipco se reía de todo. Hasta del traductor asignado para la delegación. Un japonés simpático y servicial, a disposición las 24 horas, pero con algunas materias de caste lleno por rendir.

«Hace falta alguien?» preguntó la primera vez que subió al micro, en lugar de «¿hace falta alguien?» Lo volverá en la segunda. «Hace falta alguien?» Y también en la tercera.

A Diego no se le iba a escapar semejante pelota picando. «Cuando suba al pony, nos quedamos todos callados hasta que haga la pregunta» Y el japonés subía, miraba para el fondo, veía un puñado de chicos con cara de nada y se lanzaba: «Hace falta alguien?» El último día, recién el último, se dignaron a explicarle por qué se le reían tanto en la cara...

La mañana del 13 de octubre

Diego miró a cosado y se quedó petrificado. Muerto en vida. Tenía que salir. Justo él. Nada menos que él. Es cierto: el partido con



Como y cómo. Los
Maradona, todos
fijos, y el último
Maradona en la
bandera del equipo.
El momento más

que Diego festejó de cara al
público uruguayo. Y que se cerró
con una jugada excepcional de Ra-
úl Betan, definida por Maradona co-
mo "un cabezazo por el se-
ñalado palo".

Gracias, mamá, gritó el Re-
y en el festejo, y después, de re-
pente a la mitad de la cancha, ele-
vó su mirada al cielo y empezó a
cantar un padrenuestro porque sa-
bía que Claudia, allá en Buenos Ar-
gentina, también lo estaba haciendo. Y
cuando un periodista de Radio Ri-
o de la Plata le dio micrófono para liber-
tar su alegría no dudó en dedicar-
se "a todos los argentinos y a
aquellos que en Montevideo se lu-
aban el auto y la casa a favor de
Uruguay".

¿Se acuerda de los dos perio-
distas? Bueno, Diego también se
acordaba.

No bien llegó al hotel preguntó
alquien había visto a Raúl Betan
o al técnico del equipo uruguayo.
Estaba cenando en una mesa
del comedor y Diego pidió permiso
para sentarse.

Mira, te quiero aclarar que no me
quise burlar de ustedes en el feste-
jo. Estaba tan contento que salí co-
miendo y gritando para cualquier lar-
do; no tomé conciencia de que uste-
des estaban ahí. Les pido disculpas
si mi gesto cayó mal, no fue la in-
tención...

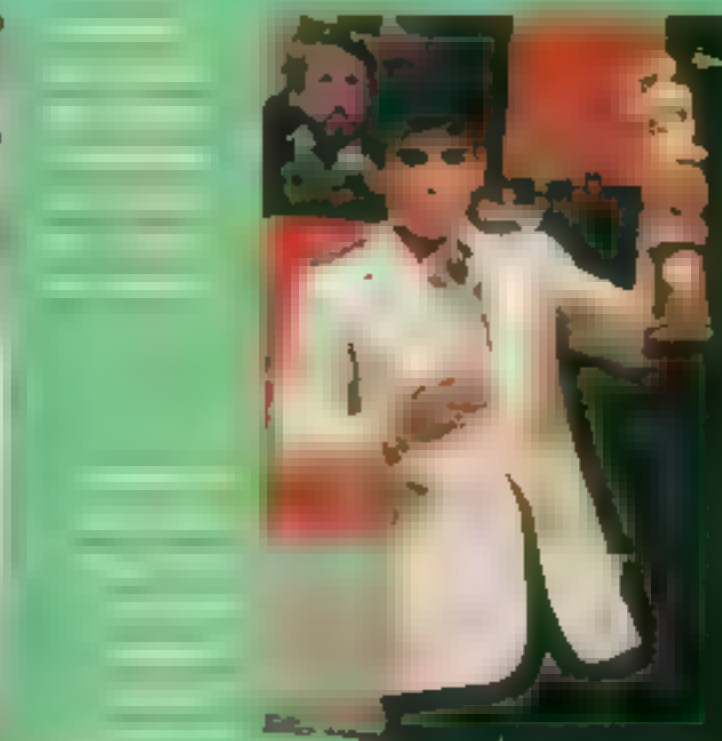
No se haga problema. Diego, lo
entendemos perfectamente. Esta
aclaración no hacía falta. Quedese
tranquilo y mucha suerte para la
final.

Ya estaba en paz. Podía dormir
el sueño de campeón.

EL DÍA DE LA FINAL

¿Y, Cesar...? ¿Hoy no toca, hoy no
hay recital?

Diego andaba algo preocupa-
do. Menotti estaba a segundos de



arrancar la charla técnica para la final y todavía no había hecho su lig de batucada en la pared de vestuario.

Si, cómo que no todo le respondió el Flaco. Y entonces Diego se fue a la última ducta del vestuario a cumplir con su parte del ritual: hacer, pedirle ayuda a Dios y a Tata.

Cuando volvió, el técnico se le escaparon un puñado de palabras.

-Llegar hasta acá ya es muy importante. Pasa lo que pase, la gente se va a acordar mucho tiempo de este equipo; así que jueguen tranquilos, respeten lo que sienten, sientansen lo más libre posibles.

Ese 7 de septiembre de 1979 en el Estadio Nacional de Tokio y

cina y volvió a encenderla. Todavía había esperanza...

El ingreso de Meza fue clave. El lucubrino se afirmó desde la posesión de la pelota, restauró las rutinas futboleras de los diálogos y el crecimiento fue total individual y colectivo.

A 14 minutos del final, la presión argentina provocó un penal: Hugo Aíves, que ya había marcado en el primer tiempo, fue sancionado, incluyendo uno decisivo ante Brasil. Tomó la pelota y fue hacia el punto. En el camino, Diego le salió al cruce.

-Déjamele patear a mí...

-¡Motoco! Le doy yo

Parecía extraño, pero era así. El penal crucial lo ejecutaba el lateral izquierdo, que no era de los

normales, desenchajado como pocas veces. "Fue uno de los pocos goles que quité en toda mi carrera", confesaría años después, ya envuelto por los frondosos velos de la nostalgia.

Y después, la pincelada del genio. Un tiro libre acariciado por la zurda atenciopelada de Diego. Una sutileza hecha misil, viajando hasta el hueco que se adivinaba por el raballo del oyo. El cielo estaba en las manos. Argentina 3-Unión Soviética 1. Argentina, campeón mundial.

El mundo entero se paró.

Después del último pitazo, Maradona salió disparado hacia ninguna parte, hacia todas partes. Se cruzó con Calderón y se abrazaron fuerte, arrodillados sobre el césped húmedo. Después se le apare-

No pudo esperar... Motoco-o. Cuando Maradona se distrajo Diego manoteó la copa y se fue a festejar con los compañeros

ante la Unión Soviética. Diego y su pandilla querían acomodarse en la historia.

Pero a rancó duro a cosa zen? Muy complicada. La mecanización soviética enturbiaba los circuitos ofensivos. El equipo lucía partido, inconexo, desconocido. Para calmar, Ponomarev puso el F.O a los 12 minutos del segundo tiempo y el problema se amollicó. Argentina debía rendir a pleno y contrarreloj, como nunca antes en el campeonato.

En Buenos Aires, lágrimas desesperadas rodaban mejilla abajo por el rostro de Claudia. De repente, le asaltó una duda: "¿La vela?" Subió a la habitación de Diego y los ojos le gratificaron la ilusión. Una corriente de aire había apagado la vela de la cábala. Bajó como un rayo, tomó los fósforos de la co-

mas dotados técnicamente, en lugar de ese chiquilín que se recortaba en el horizonte futbolero como el mejor jugador del mundo.

Parecía extraño, sobre todo porque pocos sabían que le pegaba Aíves porque habitualmente ganaba los torneos de penales que se hacían en la concentración. Por encima de todos, incluso por encima de Diego. Y con esa convicción estampó el empuje que necesitaba para la ilusión.

-Así, chicos, váyanse así. Tocando y

Eso dijo el Flaco Menotti después de la igualdad. Sólo eso. Ni una palabra más, ni una palabra menos. Y el desenfance sobrevino sin preámbulos.

Primero, un golazo de Ramón Díaz. Una apatición electrificante que provocó el grito desahogado de Me-

clo con Diego. Afuera vino Cyterspiller y todos los muchachos.

Se acordó de doña Tata y miró al cielo. "¡Es para vos, mamá!" gritaba el Pelusa, mientras trataba de adivinar por dónde debía pasar para encontrarse con la copa.

En medio del tumulto se tocó con Jolo Maravango. El presidente de la FIFA lo felicitó y le extendió la mano, pero Diego tenía la vista hipnotizada por el brillo plateado de la Copa.

-¿Ya la puedo agarrar?

Maravango no le entendió o no lo escuchó. El asunto es que respondió con puntos suspensivos. Entonces Maradona, ya superado por la euforia, se desentendió del protocolo y manoteó la Copa. Dio un paso atrás, saludó con una reverencia que pretendió ser raponesa y retrocedió hasta fundirse

Detrás del arco, el Flaco del Mundo. Después de la celebración del primer gol, el Flaco del Mundo se fue a la habitación de Diego y le encendió la vela de la cábala.







El grito y el salto de su gol al Bordo del Mundo, en 1979, quedaron inmortalizados como un símbolo. Aquella pivota sobre el césped del estadio Monumental fue una marca registrada, un símbolo de gloria. Eso pudo valerle muchos recorridos más...

con sus compañeros, que lo esperaban a gritos peados de "¡Dale campeón! ¡Dale campeón!".

El grupo entró hacia Menotti y lo levantó en andas. Y cuando empezaban con la vuelta olímpica, las luces del estadio se apagaron por completo.

Un haz de luz que nació desde lo alto, como un resplandor divino, los siguió durante todo el recorrido por la pista. Lloraron. Lloraron todos. Los chicos y los grandes. Los argentinos y los japoneses. Los que estaban en el estadio y los millones que lo seguían por las pantallas de televisión.

La fiesta duró toda la noche. Hubo carnaval en el vestuario, donde García aprovechó un des-

cuido de Alves y le metió el "pequilito" prometido. Y en el hotel los aguardaba un baño caliente y los trajes oficiales para asistir a la ga-



la final. Diego hizo todo rápido. La alegría le explotaba los poros y quería vivir cada instante a mil, intensamente.

Buena camisa, mejores zapatos y una corbata con un nudo irregular que no sabía cómo arreglar. En realidad nunca había hecho uno. Menotti le abrió la puerta de la habitación en

medio de ese bardo:

"¡Vamos, Diego, que se nos hace tarde... ¿Qué le pasa?"

"¡Voy, César, voy. Estoy lu-

chando con la corbata. ¿No me haría el nudo?"

"¡A ver, venga..."

Para el Facón del nudo era un trámite. Se calzó el pucho en un costado de la boca y con la comisura oculta le batía a novedad la otra gran noticia.

"¿Sabe una cosa, Diego? Recién me dijeron que le eligieron como el me-

jor jugador del campeonato...

Era la noche soñada. Campeón del mundo, Balón de Oro y Botín de Plata, porque fue el segundo goleador, detrás de Ramón.

No le alcanzaban las manos para sostener los trofeos. Apenas comenzaba septiembre y el Peluso estaba hecho. Había cumplido su fin, con la promesa del 31 de diciembre, aquella tarde del almanaque despedazado y a molienda encendida.

LA VUELTA DE JAPÓN

A la vuelta de Japón, los jugadores del Juvenil que estaban haciendo el servicio militar obligatorio tuvieron un encuentro con el general Roberto Viola, ya que el Ejército quería entregarles un reconocimiento.

Juan Simón, Gabriel Calderín, Osvaldo Escudero, Sergio Gervasio, Juan Barba y Diego Maradona vestidos impecablemente para la ocasión, se aprendieron de memoria el verbatim con el que debían saludar al general y marcharon hacia el agasajo con un solo objetivo: pedirle la baja.

El tema era cómo hacerlo, qué decirle para que no lo tomara mal. En eso estaban, cuando Diego, como buen capitán del equipo, tomó la responsabilidad que le correspondía. "Déjenme el asunto a mí".

Viola los fue saludando uno a uno. Y cuando llegó a Diego, escuchó la sutil diferencia. "No se olvide de nosotros, mi general".

"Su" general no dijo ni mu. Pero quince días después, cuando los festejos desenfrenados se habían apagado, los famosos conscriptos de la clase 60 recibieron la baja.

La baja para quienes habían llegado tan alto... ■

EL SUEÑO



Maradona y la revuelta africana en la Bombonera, en 1981. El deseo de la infancia se había hecho realidad.

lequita, ¿sabés qué estoy pensando anoche?

-No, pa... ¿qué pensabas?

-Que algún día sería muy lindo verte jugar con la camiseta de Boca. ¿Te imaginás? Yo soy de Boca, tu madre también... Sería lindo...

Manda el viento en esa tarde otoñal de 1980, Diego y Chitro caminan por una vereda angosta de La Paternal. Hablan de sus cosas. De la vida que están descubriendo, de las comodidades del dinero fluido. Y a don Diego, como al pesar, se le escapa el deseo en voz alta. Por primera vez, aunque lo llevaba adentro desde tiempo atrás.

-Qué lindo sería... La Bombonera, vos, nosotros gritando los goles, vos parientes de Esquina también...

Ai, Peluso le picó el bichito de esa frase. Le dejó una roncha.

A esa altura, la explosión de su talento había trascendido la frontera de Juan Agustín García y Boyaca. Asombrosas y picantes, las hazafías del caballito de Floridó ya reclamaban un packaging masivo, un envase

marcan de acción se le desinflaba mesurablemente. Diego lo tenía claro: sus días en Argentinos estaban contados.

El domingo 4 de mayo de 1980, el Pelusa dio un recital en el Monumental. Un recital de fútbol. Con dos goles suyos. Argentinos le ganó a River 2-0 después de redondear una expresión colectiva sensacional.

Antes de que se retiraran a sus hogares, el presidente de River, Rafael Aragón Cabrera, convocó a los miembros del bloque oficialista a

-Ese chico Maradona tiene que jugar en River, es un talento. Quiero comprarlo ya. ¿Ustedes que opinan?

Al día siguiente, Aragón pactó un encuentro con su par de Argentinos, Próspero Consoli. Esa misma noche estaban cenando en el restaurante Martín Fierro. A los postres, el pope de River tomó prenda.

Mire Consoli, nosotros queremos

a Maradona. ¿Cuanto vale?

-Vale mucho, pero nosotros no estamos interesados en venderlo. Por ahora, no.

Consoli le mintió la respuesta. Él sabía -mejor que nadie- que tenía la soga al cuello. Un par de días antes se había quitado la máscara frente a sus compañeros de comuñión. "Me rindo. No tengo manera de retener a Diego. Las cuentas no cierran por ningún lado". Pero el approach de Aragón era providencial. Necesitaba tiempo para armar la así-atleta que le permitiera agenciarse de la mejor rajada. Entonces le hizo mordor el artículo al ingeniero de Aragón...

-Por ahora no lo vendemos, pero podemos conversar más adelante. Por ahí, quién le dice...

La próxima cita fue el 13 de enero de 1981, mientras Diego disfrutaba sus vacaciones en Esquina, después de jugar para la Selección el Mundialito de Uruguay. La iniciativa era de un Aragón más confiado y fermentante, vertido del largo financiero que salpicaba a Argentinos.

-¿Cuanto quiere, Consoli?

-Trece millones de dólares.

-Me parece que se le va la mano,

-Trece limpios, Aragón. Si quiere, en una semana volvemos a charlar. Pero le aclaro una cosa: lo único que me sobran son las ofertas.

Una semana. Ése era el plazo. Pero había un problema, contados hasta las chitolas, en la tesorería de River había menos de dos millones. Con suerte, uno ochocientos.

La contraoferta fue buena: sesenta millones y el pase definitivo de los jugadores a elección de un grupo integrado por Pedro González, Héctor López, Pablo Cornelios, Leopoldo Luque, Luis Landaburu y Alfredo de los Santos. Y también incluía la propuesta para el jugador, aunque a Cylerszpiller no se le movió ni un pelo. "Maradona podría ganar lo mismo que Filid, que es el jugador más pagado de nuestro plantel".

Los días se escurren como agua entre los dedos. River promete lo que no tiene. Busca recursos y no los encuentra.

ir con la camiseta

popular que legitimara el mito.

Era un secreto a voces que el Barcelona y el Sheffield habían efectuado sondeos serios y persistentes. De Italia crecía el rumor que lo vinculaba con la Juventus. En las majestuosas oficinas de Maradona Producciones se recibían los llamados de cientos de representantes y managers europeos. De Japón, ni hablar. Y a Argentinos ya no le daba el cuero para cumplir con los acuerdos económicos preexistentes. Arrimaba sponsors, exprimía las piedras en busca de recursos, pero el



El primer gol oficial de Diego Maradona en Boca. Fue el 22 de febrero de 1981, en la Bombonera, ante Talleres de Córdoba, de penal. Al arco, el Negro Balay.

Aragón trata de ser discreto, pero de silencios que casi nadie respeta. Y en Boca se enteran. Bah, picaron. ¿Cuándo? Después de que Maradona, pícaro, les mintiera a los periodistas de Crónica diciendo que no habían llamado de Boca. Ni ahí: lo llamo para ver si picaban. Y picaron. A Diego se le aceleró el corazón cuando Cylerszpiller le comentó que también lo habían llamado de Boca, aunque todavía no hubiera formalizado la oferta. Era lo que estaba esperando. El deseo que atesoraba desde aquella charla con Chitro, por las vereditas de La Paternal...

Medio en bronca, medio en sereno, dieron a entender que el mejor camino para abortar el intento de ir a ver al mismo. Y Diego dejó escapar ante la prensa, con cierto aire de desparpajo, que le gustaría jugar en Boca. "Mi familia es de Boca y los chicos me llegaron al corazón el primer día que me ovacionaron, pese a que yo les había metido cuatro goles". Con ese aval, en Boca empezaron a forzar la máquina, y en River se desmoronó. El sábado 30 de enero, mientras en el Monumental juegan Boca y Academia Tahuichi y Real Madrid y una de las semifinales del Campeonato Internacional Infantil, se celebró otra reunión entre Consorcio y la plana millonaria. En River se acordó que el partido era chivo. Que jugarían en Contreras. Y sobre la mesa de negociaciones llegaron a desdoblarse un cronograma de amistosos a razón de 200 mil dólares cada uno, que engordaban los números de la propuesta. Sólo faltaba la uniformidad de Diego. Sólo eso. Nada menos que eso.

—Claudia, ¿vamos a ver el partido al Monumental? Dale, vamos todos...

La novia se sorprendió. Ella, que conocía tanto, que sabía de sus deseos más inconfesables, que compartía los sueños y también los temores, se quedó balbuceando.

—Bueno... Bueno, Diego, vamos.

Maradona quería ir al Monumental. En medio de las negociaciones y los rumores quería darse una vuelta por esa cancha que pronto podría ser su casa.

¿Qué pasaba? Inter y Academia Tahuichi jugaban la final del Infantil, y a Diego se le entibiaba el alma cada vez que veía jugar a los chicos. Se veía a sí mismo, se retrotrama a la felicidad del potrero, a las hazañas doradas de los Cebollitas.



María 3 de febrero. Un día que, a priori, no decía nada. Un día que, después, sería la explicación de todo. O de casi todo.

Problemas de entrada. Diego llega con un grupo importante de familiares y amigos, pero no los dejan pasar a todos al palco presidencial. Sólo pueden entrar él y su novia. El resto, a la platea. A Maradona le cayó como una trompada en el hombro, pero se aquetó. "Somos demasiados" pensó. Pero después...

Dos allegados a la conducción, indignados por las conjeturas incógnitas y rumores de Maradona, lo increpan duramente. Le gritan de atrás. Arrojan la piedra y esconden la mano. Hay un tumulto leve, ciertos forcejeos, amagues de trompadas que jamás llegarán a destino. O mejor que jamás despegarán.

Diego y Claudia marchan hacia la platea, a reunirse con los suyos. Y él le descortaja una frase letal...

«A este club no vuelvo nunca más! Te lo juro: nunca más!»

A otro día. Aragón llama por teléfono a Cysterapier. Quiera apurar la jugada, aunque se había enterado del incidente...

«Escúcheme, Aragón. Vamos a esperar unos días. Diego me dijo que no quiere ir a River».

Era la ráfaga. Y encima, en un cruce ocasional, Carlos Bello, dirigente de Boca, le clavó el puñal a un dirigente de River...

«Me parece que les voy a chocar a...

Boca abrió el fuego con un escueto telegrama colacionado.

«Solicitamos condiciones por



Silvio Marzillo fue el entrenador de aquel Boca del 81. Maradona se compartió demasiados cóctiles con él, pero supo adaptarse para tirar juntos del mismo carro.

transferencia jugador Diego Armando Maradona. Saludos. Club Atlético Boca Juniors.

Pero en el país estaba el empresario José María Minquella defendiendo los intereses del Barcelona. Minquella tenía un precontrato firmado en mayo por Argentinos. Diego y don Diego, por el cual Maradona no podía pasar a otro club que no fuera el catalán. El recamo vino acompañado por una propuesta global de seis millones de dólares, más dos para el jugador.

Tenía sus derechos, el Barcelona. Pero la pasión de Boca había engendrado una bola de nieve. Hervía la gente. Hervían los dirigentes. Bra-

maban los medios. Maradona a Boca. El Diego y Boca...

Entre el jueves 12 y el viernes 20 de febrero se sucedieron treinta horas de reuniones. A las más variadas horas, en distintas escenografías, avanzando y retrocediendo. Todas dignas de un thriller de acción y suspense.

Las discusiones extenuantes se sucedían hasta por puntos insignificantes. Por ejemplo si el vencimiento de uno de los documentos sería a cinco o a diez días de la firma del contrato. No avanzaban. Se resistían a conciliar. Y a las dos de la mañana del jueves 19 lo decidió una moneda de 100 pesos. Saló cara,

Boca ganó el sorteo y el plazo de juego se estiró a diez días...

No fue el único nudo de la madeja, por supuesto. Que la cantidad de jugadores cedidos, que la opción que un amistoso previo entre Boca y Argentina, que...

A la 1.21 de la madrugada, el teléfono sonó en la habitación 72 del hotel Hermitage, en Mar del Plata. Minutos antes, el Club de Peleñistas Deportivos le había entregado la Pelota de Oro a Maradona, consagrado como el goleador de la temporada. Diego miró el tubo, pero no le hizo caso. Cysterapier llegó primero. Exaltado, pero el Ruso le dio un gusto de pocas anticipaciones. Maradona. Del otro lado de la línea, la voz de Cónsoli decía lo que querían escuchar...

«Listo, Jorge, nos pasamos de acuerdo. Randszsz aceptó venir a Argentina, así que no hay más problemas. Los esperamos mañana, mandale un saludo a Diego».

Mientras Cónsoli hablaba, Jorge levantó el puñal. Diego explotó. «¡Vamos, carajal!»

Antes de dormirse como un angel, llamó a casa para avisar. Invadido por las lágrimas de la Tota, también le sonrió sin palabras a Chicho.

Sueño cumplido. Ese que se hacía la cabeza en la almohada era el nuevo jugador de Boca.

Maradona llegó a la Bombonera el viernes 20, a las 13.19, en un Ford Taunus. Había salido de su casa a las 12.29, en un Mercedes-Benz 450, pero una cuadra antes hizo un trasbordo. No quería que a los hinchas les chocara el exhibicionismo.

de pa-
a ma-
stiden
ocion-
oca y
ette-
2 del
Plata
erio
aga
dona
de la
a, pe-
llego
o se
pó a
inea.
que
cuer-
enti-
mas-
de un
orque
n an-
nagli-
blón
ro
ado-
ra el
nbra
Ford
sa a
lang
to el
hin-
mo.

acompañaban Cyterszpiler y
due Tebelé, un empleado de Ma-
rionna Producciones.

En la playa de estacionamiento
aguardaban los integrantes del
departamento físico: el doctor
Jesús Quintino, Rubén Dodero,
Mar Plantanide y un miembro de
la Asamblea de Representantes,
Oswaldo Marchese. Por un acceso
no válido arribaría a la sala de pres-
tencia, en el primer piso, un condu-
cion por un acceso a la tribuna del
sector H-K, pero después de trepar
las escaleras se dieron cuenta de
que no era el camino correcto. Pa-
recía una conspiración.

Rectificaron la marcha y acer-
caron con la austera sala de la pre-
sidencia, donde Maradona firmo
tres veces para Boca. Si tres veces.
Las 4.24, a puertas cerradas, fun-
cionó el contrato real. Pero antes
firmó uno simulado para las cá-
maras de Canal 3 con el que tenía
exclusividad, y otro simbólico para
el resto del periodismo. En el escri-
to que campestre a máquina el direc-
tivo Juan Carlos Rinaldi se estable-
cían las siguientes cláusulas.

Boca abonaba 4.000.000 de
dólares por el préstamo, que se in-
tendería entre el 20 de febrero de
1981 y el 31 de junio de 1982.

La opción de compra definitiva,
con carácter de "irrevocable"
quedaba establecida en otros
4.000.000 de dólares.

Boca se comprometía a no
utilizar a Maradona en los partidos
que disputara contra Argentinos.

Tornaba a su cargo los porcen-
tajes de Diego y de las demás partes
intervinientes en la operación.

Boca cedía en forma definitiva
los pases de Carlos Randazzo,
Oswaldo Santos, Eduardo Rotondi y
Carlos Salinas, más los préstamos
por un año de Mario Nicasio Zana-
bria y Miguel Ángel Bordón.



Equipo debut. Arriba: Mazza, R. Álvarez, Acosta, Gatti, Rotondi, Cárdena. Abajo: Escudero, Diego, Ferretti, Quiroz, Trobbiani.



Debut en la historia. El momento en que Diego se une a la
Boca por primera vez: el viernes 20 de febrero de 1981.



En el amistoso de esa noche jugó un tiempo para Argentinos
Juniors y otra para Boca convirtiendo esta gol de penal.



Diego y la gente. Indefinidos. Una situación que no sólo podría aplicarse a un pase por Boca, sino a toda su trayectoria.

Todos contentos, todos felices. La próxima cita sería por la noche para el amistoso de presentación en el que jugaría un tiempo con cada camiseta.

No hubo palabras, sólo emoción. No hubo abrazos, sólo miradas. No hubo una multitud, sólo un puñado de testigos...

En las entrañas de la Bombonera, sobre la escalera fuertana de pintura del vestuario visitante, Diego se cambió la historia. Se quitó la piel de Argentinos y se envasó en la de Boca. Una película muda le deslizó por la mente: Florito, la prueba en los Cobolitas, las inferiores del Bicho, los tablonos de la canchuta de Boyacá, las bromas en la concentración del hotel Torre...

Todo eso se le iba con la camiseta blanca que, hecha un bello, le entregó en mano al hombre que estaba a su lado, Norberto. Era Francis Cornejo, su descubridor, aquel cuando protector de las tardes de gambetas gordas y meriendas baracas. Era un reconocimiento. Ese "gracias" que tantas veces le había pronunciado, pero que ahora no le sabía porque la garganta era un purdo de nostalgias.

Cruzó el pasillo húmedo, respiró frío y a las 22.49, barnizado de flashes, persignándose y con el pie derecho, pisó la Bombonera para jugar el segundo tiempo como jugador de Boca. La secuencia fue rápida: un par de toques sin presión, un gol de penal... Muy light, claro. Tanto, que nadie advirtió lo que pocos sabían: Maradona estaba lesionado.

El prólogo del pase fue un catálogo de tensiones. Amenazas de

muerte para los dirigentes de Argentinos, pitadas en el barrio, idas y vueltas en la negociación... La presión se le estacionó en las piernas y unos días antes, durante una práctica en el Club Teléfonos, sintió un tirón en el muslo derecho. Nada importante, todavía. Pero suficiente para mermarle la respuesta física. La noche de la presentación zafó con dignidad. ¿Podría hacerlo en el debut oficial? Ésa era la cuestión...

El sábado, en La Caneña, le midió la temperatura a la gente de Boca. Con gritos y cánticos, un centenar de hinchas le inyectó el optimismo que le faltaba. Porque Diego se estaba mordiendo los labios. No podía correr, la pierna no le daba. Para colmo, la primera charla con Silvio Marzolini se cayó como un misil.

«Se la quiero aclarar de entrada, Diego. Boca no es Argentinos. Ya sé que está usted tanto algunos beneficios, pero acá es distinto. Está en igualdad de condiciones con el resto. Usted es figura, pero los demás también.

No era la bienvenida que soñaba del entrenador. El malestar se lo sacudió Yayo Carnaglia, el manager: «Usted va a ser ídolo de Boca, pibe. Juegue como usted sabe y no se cargue de responsabilidades. No se sienta el salvador de nadie, haga lo suyo...

Era la primera noche, pero el domingo 22 de febrero la Bombonera lució como si se definiera el campeonato. Sol vertical, cuarenta grados de sensación térmica, gente apañada en el cemento desde las diez de la mañana, lonetadas de papeños, disfraces, augurios de vuelta olímpica y un hin nacido, un himno...

«Lo quería al Barcelona/ lo quería River Plate/ Maradona es de Boca/ porque gallina no es.

Taneres de Córdoba era el rival. La, el mismo adversario del 20 de octubre de 1976, cuando el fútbol lo paró en Primera. Ansioso como pocas veces, escuchó los apellidos de Boca en la voz del estadio, del uno al once: Gatti, Acevedo, Córdoba, Hugo Alves, Quirós, Mouzo, Escudero, Trob...

biani, Brindisi, Maradoooooona y Perotti. El sueño hecho realidad.

El cambio era brusco. Oltre di' mención mediática, presiones de campeonato, tribunas de cemento, el empuje de la historia y un rol que de movida, no le garantizaba el protagonismo. Para muestra basta la primera jugada. La tocaron hacia atrás, para la posición de Mouzo, y Diego se mostró libre. En Argentinos le habrían dado la pelota enseguida, para que se arreglara como pudiera. Pero Mouzo miró el panorama y gatilló un pelotazo que pegó... en la espalda de Diego!

La noche del debut se le quitó a los 19 minutos. El Negro Balev le hizo penal y después le compró un engaño. Fue para allá y la pelota vino para acá. Gol bautismal. Uno a cero. Abrecadañera para una producción colectiva de alto vuelo, con Miquelito Brindisi como socio y defensor de dos goles. Tres a cero en el primer tiempo. Fiesta. Locura. Delirio. Y una frutilla más a cargo de Maradona: segundo penal, segundo engaño, segundo gol. Un debut ideal, a pesar del tirón...



El Flaco Corralles se llega del a San Lorenzo, de tiro libre. Fue el que clausuró una goleada espectacular en la Bombonera: 4-0. El gol le puso en la redonda.

Con Miquelito tuvo onda desde el yamok. Compartían la pieza y en la cancha se entendían con una mirada, como en el truco. Y también se enganchó con los más pibes, por una cuestión generacional. Al Picho, Escudero y a Huguito Alves los tenía del juvenil. Ruggeri, Ramoa y Abbe, el hermano de Hugo, se sumaron a la banda. Y entre todos le hicieron más verdadero el dolor de la pierna hasta que fueron a Mar del Plata para jugar uno de los banditos amistosos «recaudaban para pagar el pa-

na y
ed
s di-
a de
ento,
que.
per-
to in
hacia
zo y
gativ
ense
como
hora
egó.

a qui
Baley
mpro
pieta

uno a
pes
a con

y de
pero
cura.
carpo
l. se
n de

desde
y en
a mi-
én se
por
Pichi
enia
Abel.
ron a
veron
erna,
e pe-
histo-
el pa-



Arriba, el golazo de Maradona a Independiente, en Avellaneda. Fue el primero, a los 45 minutos. Después llegaría una penalti de Riquelme para el 2-0 definitivo. Abajo, una pincelada magistral que fue clave en aquel Metropolitano 81. El pase sutil, perfecto, filtrado en un espacio ínfimo, pero que el Néstor Perotti quedó a mano a mano con el arquero de Ferro y sellara el gol de la victoria, el gol del 1-0 que dejó a Boca con mucho compromiso en el boliche. Ese día, la Bombonera explotaba de gente.



se con el San Lorenzo local, después de igualarle 2-2 a Instituto, con dos impactos del Diez por la seguridad de la fecha del Metro.

Cuando terminó el partido en Mardel se desplomó sobre la cama del vestuario y se tocó el muslo. El pinchazo era agudo, intenso. Y el médico se lo había anticipado: era un tirón, pero en cualquier momento derivaba en desgarró.

«Esto no va más. Ma pero. Contra Huracán no juego. Ma duela un poco».

Diego parecía dispuesto a bajar le la persiana al fastidio. Pensaba en él por primera vez desde que estaba en Boca. Pero se venía Huracán. Y Miquelito Brindisi se jugaba un bote particular. Su adiós de Parque Patricios no había sido muy cordial que digamos. Y lo que menos deseaba era "hacer sepo" en el regreso con otra camiseta.

«¿En serio que no jugás? El debut de visitantes. Por ahí te conviene jugarlo y después si parás...»

Accedió. Como casi siempre, accedía. Pero después del 2-0, con gol de Brindisi incluido, apagó la máquina. El equipo estaba en la cancha de formación. Rendía con atibayos, le costaba acomodarse. Y Diego no quería ciertos manejos del técnico y del preparador físico, Gustavo Harberger. Con el profe, justamente, discutió apriamente en la puerta del Hotel Dos Reves, en Mar del Plata. Más que nada, Maradona y sus compañeros le censuraban algunas metodologías de trabajo, el escaso tiempo libre, las concentraciones exageradas. Ambas partes depusieron el orgullo. Modelaron nuevos caminos de convivencia.

Los lentáculos del miniconflicto



La desesperación de Diego le dice todo. Acaba de tirar a los nobes el penal contra Central, el que le podía haber dado el título a Boca esa misma tarde, un Arroyito.

también miraban el funcionamiento "Los compañeros son egoístas, se la pasan poco, no quiere que se huya, se lamentaban en la tribuna de socios. Y el temblor no era de rotación, porque a varios compañeros les surgió la necesidad de salir al cruce. Por ejemplo, el Tano Pernia.

«A Diego le da met la pelota cuando nos parece que le conviene a él y al equipo. Históricamente, Boca jamás jugó en función de un jugador. Y por eso le da la pelota a un compañero que está muy marcado. Es algo que nos viene de siempre».

Diego no se lo tomaba a pecho. Entendía que todos estaban en una etapa de aprendizaje. Y no le tenía miedo a las charlas abiertas, a cara firmeza que se hacían después de los partidos. Es más, tuvieron que hablar mucho después del arranque

demoledor hasta que se acomodaron las piezas del ajedrez. ¿De qué? Del funcionamiento, de los relevos, de la manera de explotar a Diego, del exceso de voracidad que se había apoderado de Miquelito después de la segunda de goles.

«Tenemos que juntarnos más y tocar Miguel. No te abrotes con el gol. Metete muchos, pero no es tu obligación. No te gimes esa carga».

Hacía Maradona. Y, en cierto modo, era un acto reflejo de aquella charla inicial con el bueno de Carniglia. Había aprendido una lección.

Quedó dicho: Diego paró. Se sucedieron algunos partidos compicados, cerrados, de resolución trabajosa. Pero el grupo creció. Ahíera y adentro. Gracias a muchas cosas, sobre todo a la convivencia, al fee-

ling que germinó en La Candela.

Gestos, chistes, anécdotas... En fin, las pequeñas grandes cosas que agigantan a los grupos. Se fueron sortando los muchachos. Crecieron las pequeñas sociedades "para jugar y para divertirse", las manías, los tics, las complicidades...

Y ahí andaban, entonces.

El doctor Luis Pintos y su millón de cábalas, empezando por la del dentífico. En el arranque, cuando creían que el rival a vencer sería River, él y Malizotti se lavaban los dientes con Signal, una pasta blanca con líneas rojas. Y después, cuando se perdió Ferro, se cambiaron por Muy Cerca, que era verde.

El Colorado Suárez y su esnobismo incurable, que lo llevó a rodar escaleras abajo una noche que confundió la escalera, justamente con la puerta del baño.

Diego y su romance con las sábanas, contrastando con el insomnio del Tano Pernia, compañero de la cuádruple que compartían con Sá y Miquelito...

El ritmo moroso de las sobremesas, con las quitarradas de Panchito Sá y las anécdotas interminables de don Vivo.

El respeto que inspiraba Mouzo, siempre calzado con un zapato de hierro para que un músculo crónicamente contraído se le distendiera durante los ratos libres.

La virginidad profesional de Krasovski, que abrió los ojos como un plato cuando vio que a los jugadores les suministraban suero glucosado para recuperarse, algo impensado para el medio oriental...

El Chino Benítez y su manía de las canilleras rellenas de algodón.

...a el utilero Cachó González le pre-
...aba con deglución medicinal.

En fin. Cada cual atendía su jue-
... se regodeaba con el de los
... y la andez inicial devino en un
... canse ideal para encarar las
... duras mayores. Por ejemplo, los
... dos cruciales...

Sabe una cosa? Hasta ahora vi un
...o clásico, cuando el Diego era che-
... Ni sé como hizo para llegar al Mo-
... mental. Me acuerdo de que estaba
...pieto, que lo vi apretado. Ganó Ri-
... ¿Sabe? Y me fui muy triste...

En la plaza del Sector E, junto a
... periodista de El Gráfico, don Die-
... oncesaba su escremento.
... ba muy lluviosa la del 3 de abril
... allí, en la Bombonera, todo un
... ontecimiento, su hijo debutando
... un clásico, dispuesto a abortar la
... alada de aquel equipo de Filloi
... la Patsarella, de Tarantini, de Aion
... de Jota Jota, de Kampes, del
... yagüe Angellín, la bruna
... tanq una le ciega, les vamos a ga-
... ner. No sé, últimamente noto al equi-
... no enchutado. Nos dijimos algunas
... cosas y nos vamos entendiendo.

El vaticinio de Diego no se plas-
... no durante el primer tiempo. Frami-
... brado, imprecisiones, negadas
... timas nervios aquí, allá.

Pero en el segundo irrumpió el
... maestro Maradona. Un director de
... questa fenomenal, dueño de un
... aliento angelizado, inventa para de-
... arlo sólo a Miquel para el primero de
... os cinco. Brindisi, marcha el sejour,
... do antes de los diez y después bajo
... a lluvia que ya era bendición, la
... bra cumbre, la obra divina. E que
... inmortal. Una corrida llamada de
...acho Córdoba, limpiando el camino
... de rivales desde su quintita del
... tras' hasta la del 'siete' el centro
... rusto, la aparición de Diego, el botín
... que amortigua el movimiento subi-

La resignación de Filloi y el
...o estéril de Tarantini.
...oi de Maradona en su primer
... clásico, el 12 de abril de 1981,
... en la Bombonera. Aquel día,
... Boca ganó 3-0.



En la revancha volvió a
...ortar un gol a Filloi, esta
... vez de derecha, con la de palo.
...sa vez empataron 1-1.



Por el Nacional 81, River y Boca empataron 2-2 en el Monumental.
...l primera fue esta opaca de tiro libre, al ángulo más lejano del Palo.



El segundo, en el minuto final, para igualar y que la
...La Doce estroqueciera de felicidad, fue de penal.

para desparramar a Filol, el "que sea, que sea" de Víctor Hugo, el lo-que-preciso, la volada inútil de Tarantini, la red, el gol, el trunfo, el certificado firmado por los siglos de los siglos. Diego Armando Maradona, ídolo a perpetuidad del Club Atlético Boca Juniors.

A Chitara se le inflamó el pecho en el Sector E. Después, en un restaurante de la Costanera, Diego le dio uno de los besos más tiernos. Regaló diez veces cada rugada de aquellos a cero, firmó una perra de servilletas, con ritmo y quón automático. "Con afecto, Maradona filol". Le regaló la camiseta del primer tiempo a Indio, su cuñado, e imploró para que la otra se la guardaran bajo siete llaves. La tenía prometida. Era para Kempes.

Un bajón. Eso soportó el equipo en la mitad del río, después del sereno matador. Subidas y caídas de tensión. Hitos amarillos que le exhalaban una reflexión. Derrotas con moraleja, como la de Vélez: "Que esto nos sirva de lección, vieja, no podemos dormirnos. Todos nos salen a jugar a muerte. Tenemos que estar despiertos". Empates para no despreciar, como el de Ferro: "Ojo, están bien trabajados, por algo pelean arriba". Derrotas incuestionables, como la de Unión: "Paremos la mano. Cambiamos o estamos listos". Aramanté, Completa, Impensado. Un jeroglífico para resolver con carácter de urgencia, para determinar, al fin, si el equipo tenía o no tenía pasta de campeón. Pero...

Empate, empate, empate y empate. Cuatro al hilo. Contra inde-

pendiente, con gol de Diego, aprovechando un error de Goyén. Contra River, con otra aparición magistral de Maradona, incluido el desarme para la misma dupla de la primera rueda: Filol y Tarantini. Contra Vélez, con un nuevo grito del Océ. Y contra Argentinos, con goles de Córdoba y Miguel.

Empate, empate, empate y empate. Cuatro al hilo. Ferro pegado, nuevas dudas, chau Pentere Rodríguez, hola Galt. Estudiantes en la próxima. Ferro pegado...

Sábado 16 de julio. Dos minutos para las 20. El plantel acaba de ter-



Siete días después de estar el papel con Central, a Maradona se le presentó otro, contra Estudiantes, en la fecha decisiva. Tapaté a Vivado y fue el gol del campeonato.

minar una práctica recreativa, Enarika. Por el portón principal ingresan diez autos. Rauda, intempestivamente. Bajen unos sujetos voladores, "los muchachos de la barra". Y ejecutan su mensaje.

Muchachos, no lo támen a mal, pero la hinchada está calquera y nosotros venimos a avisarles. Si no ganan el campeonato, lo bronca no se para con nada. Les vinimos a avisar hasta más.

Claro y conciso. Una apretada. Pero había más. Jo comentar

no para Maradona.

Mira, Diego, en los diarios leíes que algunos de éstos no te quieren pasar la pelota, así que marcá a los que te

...

El Pelusa tragó saliva, puso cara de indiferente, algo así como "de qué me están hablando?". Y le brocaron las palabras justas.

Acá no pesa nada, muchachos. Vayan tranquilos que mañana ganamos. Boca va a salir campeón, seguro. El equien va a aparecer.

Y apareció todo. El equipo, la garra, el temple, los duendes de Diego, la pasta de campeón.

porque los jugadores de Colón, al quedar 0-2, se retiraron de la cancha en desacuerdo con el arbitraje de Juan Carlos Demuro.

A repiqueles del agua contra el suelo sólo se le oponía un sonido al de la radio. Y la voz del relator, allá en Caballito, batía la lusia. Bravo se paró con el pecho y sacó un derechazo que no sólo aniquilaba el récord de imbatibilidad de Bianilo, sino que le guilaba a Ferro un punto de diamante. Ningun hincha de Talleres gritó el gol más fuerte que los jugadores de Boca, otra vez líder solitario.

El regreso a Buenos Aires fue en el vuelo 23 de Austral, un avión que salió a full, poblado por Maradona y Cia., pasajeros comunes y un grupo de fanáticos muy entonados. Las azafatas temieron lo peor, pero el viaje fue manso y tranquilo hasta que el comandante avisó que iniciaba el descenso. Ahí sí, empezó el coro.

"Me parece que Ferro, no sale campeón/ Me parece que Ferro, no sale campeón/ sale Boca, sale Boca, si señores."

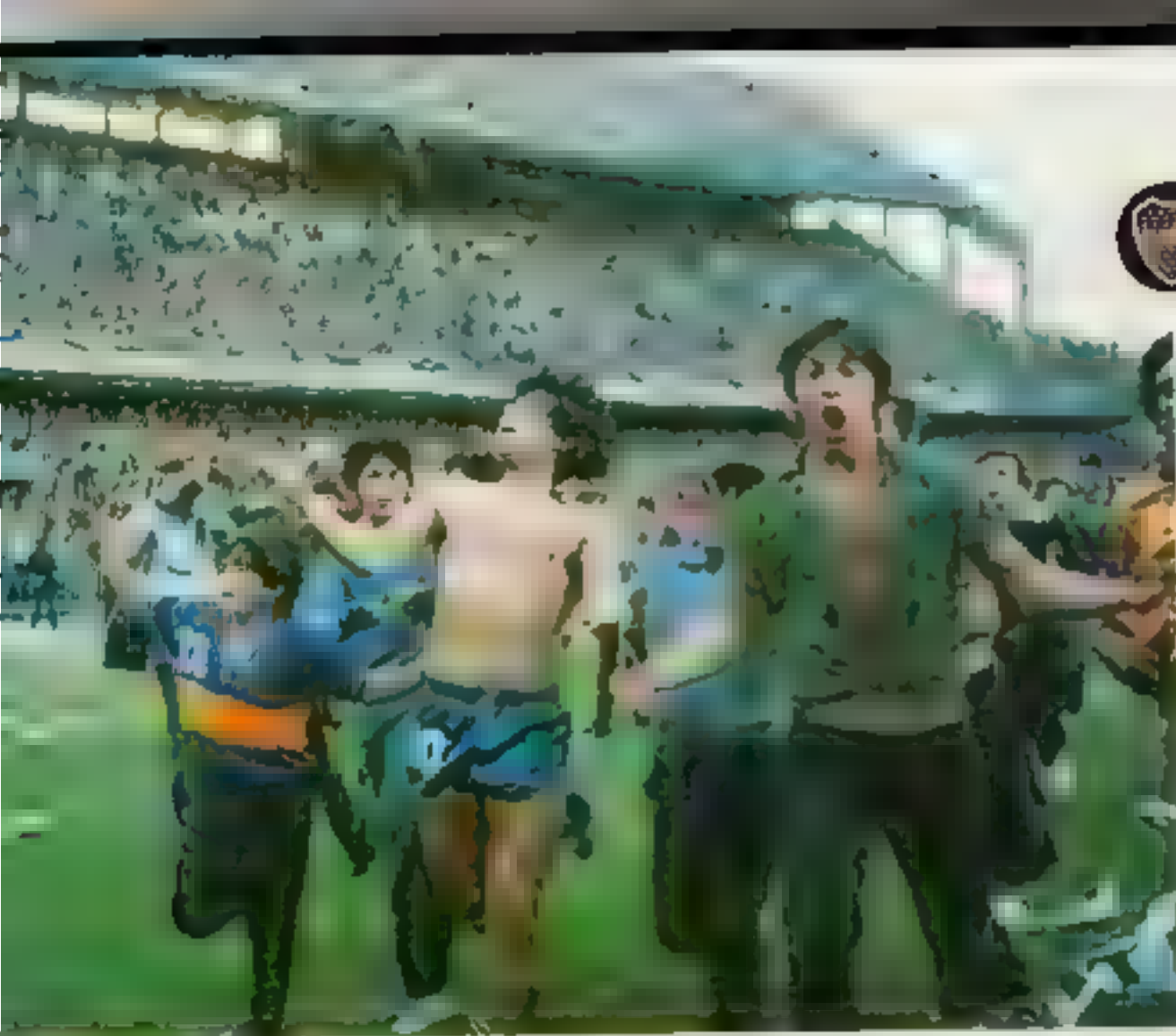
Una de las azafatas quería dar las indicaciones de rigot, pero el coro de niños cantores se lo impedía. Debía hacer algo y lo hizo a su manera. Elevó el tono de los parlantes y despachó la estocada: "No sean mal educados y escúchen. Si no atienden un momentito va a salir campeón, Ferro."

Mamut! Lo primero que se escuchó fue un abucheo, el que también se sumó Maradona. Y después, arrancó un hit que no se detuvo hasta que las ruedas estuvieron en tierra firme: "¡Aerolíneas! Aerolíneas! Aerolíneas!"

Olvertido, pero vendió Ferro.

Brindisi, Maradona, Gatti y el
jard. Fue una producción
especial de El Gráfico tras la
visita a River en la
dominera.





40	28	1
PARTIDOS	GOLES	TÍTULO

Diego y la locura de la vuelta olímpica en la Bombonera. El empate con Racing alcanzó para la consagración. Fue el primer y único título de Maradona a nivel local, ya que los restantes de su trayectoria los consiguió jugando en el exterior.

inédito. Marzolini decidió concentrar desde el miércoles. «Vamos a entrenarnos en doble turno, así que no vale la pena que vayan a sus casas. Nos quedemos acá, que estamos perdiendo. Dormimos bien, nos alimentamos bien y listo».

Obvio: el partido era crucial. Determinante. La victoria era medio campeonato. La derrota...

«Mejor ni pensar en perder, muchachos. Nosotros tenemos que ganar si o si. Hay que acordarse de todo lo que sufrimos, de lo que nos costó armar el equipo, de las lesiones, de las enfermedades, de la hepatitis de Trobbiani. De todo. Porque a nosotros nadie nos regaló nada. Todo nos costó un ¢... ¿Y qué vamos a hacer, lo vamos a regalar? Nos vamos a matar en la cancha. Si dejamos la vida, ganamos seguro».

Flor de mondongo el del pibe. Como si tuviera la experiencia de Gatti, el temple de Perin, el rodaje

del Chino Bertré, la sabiduría de Miguel, el equilibrio de Máuza... Pero lo dijo. En La Candelaria, adelante de todos, en medio de los partidos de bitter-fútbol en el baño del chalet principal. Sin histeria, sin falso caradulismo. Y el sábado sortó la última recomendación.

«No se olviden de las cápsulas».

Se cumplieron todas, por supuesto. Hasta las de Marzolini, que parecía apomado, pero tenía sus buenos sostenes esotéricos. Al principio usaba un pizarrón magnético, pero antes de jugar con Platense se le dio por usar la tiza arriba de la mesa de pingpong. Y como golpearon, adios pizarrón.

O la otra cabala, bien de Rambo.

El rival de turno era San Lorenzo y Sano quería significar que debían presionarlos. «Los tenemos que pasar por arriba» dijo y abrió un vaso de plástico que circunstancialmente estaba ahí. Tuvo la sensación de que los muchachos se habían impresionado. Hubo goleada con baile, así que no lo dudó antes de cada

charla ponía cerca un vaso de plástico. ¿Antes de Ferro? Puso cuatro...

Terrible. Durísimo el partido. ¿En? Pintaba para el cero, pero Diego dibujó un uno. Un pase-puffalada para el Mono Perotti, a diez del final que murió en la red de Barilo. Gol. Golaza. Locura. Boca campeón.

Pero no. No lo gritaron. Porque en Arroyito, con toda la expectativa

de la vuelta olímpica a cuestas, con la popular hecha un mar de pasión, se dio vuelta la tibia. Ganó Central y para colmo, ocurrió lo que nunca Diego erró un penal. Revertió el travesaño a calor de minutos del final. Toda la alegría de la semana previa se derrumbó con el zurdazo traicionero. Toda. ¿Si Moró? Claro, como un chico. Como aquel día en que Marotti lo dejó afuera del Mundial, como cuando les birlaron el invicto de 140 partidos a los Cebollitas. Lloró a sales. Durante una hora, encerrado en un baño del vestuario. Recién se animó a abrir la puerta cuando golpeó su amigo Carlos Roldán. Tenía ojeras, mejillas enrojecidas y una maldición a flir de febras.

Claudia lo contuvo. El grupo también. Y una semana después, en la Bombonera, volvió a palear. Primero «inventó» la falla de Vivecha y después, como rezaba Víctor Hugo, «la soltó como una lágrima. Mansa, tranquila, sedada. Esa bocha blanca, la que se hunde en el arco de Racing, era el calorín colorado de la historia. Su primer título de clubes. El inicio de un romance eterno con Bola».

Ahora sí, la locura. El estremecimiento de Chilton, el placer maternal de la Totá, un beso de Claudia, la vuelta en los hombros anónimos, la dulzura de la efanía, el torso desnudo para la bendición, el mito entrelazado en el pueblo, la noche descorchada de magia... Y el grito, la canción, el himno que cantaron todos que cantó él.

«Lo quería Barcelona/ lo quería River Plat/ Maradona es de Boca porque gallina no es.»

Estaba en paz con su sangre. Lo aguardaba el Olimpo de los dioses.



EL DESENCANTO

El adiós de Diego a España B2. Le pegó una patada a Batista y el árbitro mexicano Mario Rábalo no lo duda: roja y a otra casa.

Les prometo una sola cosa: durante estos cuatro meses, le voy a pegar únicamente de derecha. Todos los días de derecha: pin, pin, pin. No le voy a dar ventajas a nadie. A nadie. Tengo que ser tan derecho como zurdo. Todo el mundo me va a mirar y yo quiero romperla.

Fue el juramento de la despedida. El reto íntimo y personal. Antes del beso almibarado del solés, Maradona se sentó a la mesa de la cocina y, malte amargo por medio, les habló a la Tota y a la Claudia a media voz, casi en tono de confidencia, resquebrajado por la emoción inédita. La madre y la novia lo

de la concentración de José C. Paz. Cuatro años en los que el futbol argentino había usufructado la chapa de capo mundial luego de la consagración indiscutible en el 78 y del tremendo suceso del Juvenil 79 en Tokio.

Una mixtura de ambos planteles, precisamente, viajaba a España para intentar el bicampeonato: el coraje de Passarella, la increíble elasticidad del Pato Filippi, la inteligencia táctica de Ardiles, la categoría de Olguín, los pulmones del Tolo Gallego, la personalidad de Tarantini, la magia asombrosa de Diego, la eficiencia de Barberis, el gol hecho resaca en las cor-

das de Ramón Díaz.

Potencialmente, era un equipo. Y esa sensación térmica, lejos de beneficiar fue una condena inconsciente.

Igual que en Tokio, Diego compartió la habitación con su amigo Barberis. Tipo sencillo como el Tolo humilde como el

Después de entrenarse durante varias semanas en el país, viajaron hacia España y el primer gran asombro fue el propio destino. Estaban en Villajoyosa, Alicante. Un paradisíaco rincón del Mediterráneo, donde cada pincelada del paisaje era una delicia para la vista y el espíritu.

Todo irreproachable: el mar, el cielo, la temperatura veraniega, el bronceado de las lindísimas señoritas que tomaban sol en las arenas de la vecindad.

Pero en la intimidad de la habitación, el miedo como era. Barberis escuchó las dos grandes preocupaciones de Diego. Dos espinas que le quitaban el sueño.

Una tenía que ver con la preparación física.

«Para mí que el profesor Pizzarotti se está equivocando fiero, Beto. ¿Cómo nos va a matar a piques de cien, ciento cincuenta metros? ¿Vamos al mundial de fútbol o al mundial de atletismo? Qué sé yo, viejo... Ma me

"Vamos a ver si puede hacer sus malabares en el Mundial, ya que este chaval es tan bueno como daban los comentarios los españoles. Le tiraron toneladas de presión."

entendieron muy rápido. Decodificaron el mensaje y compartieron el mismo hudo en la garganta. La misma ambición.

Diego partía para concentrarse durante cuatro meses. Por dentro tenía una zanáhorra que lo empapaba de excitación. España 82, su primer Mundial de mayores. El torneo que podría secuestrar la amargura intransferible de cuatro años atrás, cuando el Flaco Menotti lo mandó a casa en la depuración definitiva del plantel. Como un eco maldito todavía retumbaba en sus oídos aquella frase amarga y cruel que le partió el alma.

«No le pongas mal, Diego. Vos todavía sos chico, tenés tiempo para jugar mundiales».

«Pero yo quiero jugar ahora, César».

«Todavía sos chico, no te pongas mal».

Cuatro años habían pasado. Cuatro años desde que Menó el-borracho de desilusión y se fue llorando



La pelota descontrolada, el trueno chaparral. España 1-Argentina 0. El debut de Maradona en los mundiales. Fue el 13 de junio de 1982. Llévalo en día 131

la doy de sabiduría, pero para mí que la está pifiando.

La otra era un dedo clavado en pleno corazón del orgullo.

«Estamos todos muy confiados. No me gusta nada, Juancito. No me gusta nada! Parece que diéramos por descontado que le pasamos el trapo a todos y todavía no jugamos ni un minuto. ¡Ni un minuto!»

Mientras se acercaba la hora del partido inaugural, el acuerdo de su ansiedad al Barcelona era un rumor fuerte que los medios españoles manejaban como una tereza. Con esa confirmación, Diego aseguraba el futuro, pero empantanaba el presente.

En la radio y la televisión, en los bares y en las oficinas, en las mansiones y en las casas humildes, no se hablaba de otra cosa que no fuera Maradona. Le ponían una y mil fichas de plomo a ese pibe que ahora no sólo debía afrontar el Mundial con la carga de su

propio desafío personal, sino también para satisfacer el canibalismo dialéctico de los españoles: vamos a ver si puede hacer sus maravillas en el Mundial ya que este chava es tan bueno como dicen. Presión, presión y más presión.

Para colmo, desde el propio núcleo del campamento argentino Menotti y sus colaboradores se edificó una suerte de endiosamiento futbolero de las cualidades de Bélgica, el primer rival.

Se habló de su dinámica colectiva y de sus destellos individuales como si enfrente estuviera la reencarnación de Holanda del '74.

Consecuencia, se fermentó un cóctel tóxico entre el exceso de confianza de algunos —aquellos que creían que todos los rivales serían pan comido— y el desproporcionado respeto a los belgas de parte de otros. Un agrio cóctel de aburrimiento y temor.

A Diego ya no le gustaba ni medio que el partido se jugara un 13 de junio.

«Justo tiene que ser un 13? Es ya ta.

Y no bien se puso a rodar la pelota entendió que la cuestión sería muy difícil de remontar. Argentina lucía ridículo. Se enchufaba a ratos. Levantaba vuelo con alguna rareza de Diego, a quien le cometieron un penal evidente que el árbitro checo Vojtech Christov pasó por alto. Pero nada más.

Prácticos, los belgas mostraron un bloque compacto y solidario, monolítico para el ida y vuelta, para la progresión y el retroceso. Sin ser los cucos de los presagios, fueron superiores y clavaron la diferencia con el gol de Erwin Vandenberg. Promediaba el complemento y no había reacción. Ni anímica, ni futbolística.

El cachetazo sirvió. Devolvió a la realidad a quienes se habían de-



El árbitro Rainea fue un cómplice despreciable de atropello de Gentile a Maradona. Una amarilla fue todo su castigo para la cacería de un jugador a que Diego soportó estóicamente

jado entrecar por la telaraña duizoda del existismo.

Hubo una descarnada reunión de autocrítica en la concentración. Habló largo y energético el flaco Meholtz. Dijeron lo suyo los más experimentados. Tuvieron voz y voto los más gibos. Y se generó un compromiso global y solidario luego de la arenga imprescindible del entrenador.

«Muchachos, es hora de jugar como los verdaderos campeones del mundo».

Cuatro días después, el 17 de junio, esperaba Hungría en el estadio José Rico Pérez, de Alicante. Había que ganar o ganar. Una derrota equivalía al pasaje de vuelta, al oprobio inadmisibles.

A Diego le costó dormir esos días. Le martirizaba pensar en qué tanto sacrificio pudiera desvanecerse así nomás, en menos de una semana.

Se entrenó con furia, le dio más duro que nunca a la derecha, descanso bien, se alimentó mejor, buscó pifas en las palabras amorosas de su gente y salió a la cancha herido como un león.

Ese día Argentina fue una fiesta de fútbol. Toque, circulación, equilibrio, audacia, gol. Todos los ingredientes que se le pueden reclamar a un equipo condimentaron un 4- exquisito, indivisible. Que trajo de vampa los dos primeros goles de Maradona en la historia de los Mundiales, uno de pelomita, casi abajo del travesaño. El otro de afuera del área, de zurda.

«Ya lo voy a hacer de derecha, mamá. Mientras entre me conformo aunque me pegue en la punta de la nariz. El asunto es ganar».

El partido del Diez fue un compendio de asombros. Los medios internacionales derramaron cántaras de elogios en sus crónicas, imaginaron el nacimiento del nuevo rey del fútbol mundial. Diego se desvanecía, chapaleaba en ansiedad, pero todavía no era tiempo de probarse la corona.

Los jugadores de El Salvador tomaron nota de lo ocurrido ante Hungría y se transformaron en presa de su cacería en el partido del 23 de junio, otra vez en Alicante.

Argentina necesitaba la victoria para clasificar, algo que el ambiente futbolero descontaba luego de la exhibición frente a los maragatos.

Ganó 2-0 y clasificó, pero retro-

cedió veinte casilleros en su rendimiento. Jugó un fútbol lento e impreciso, propio de un equipo encerrado en un interminable laberinto de desvelos.

«Diego? Discreto. Fugaz. Impotente ante la violencia que el árbitro boliviano Luis Barranco contempló con llamativa pasividad. Con una pasividad que luego se haría moneda corriente en lo que res-

COMENTARIOS

Al final del día hubo que apelar a toneladas de hielo para apaciguar la decena de moretones que abollaban las piernas de Maradona.

«Me molieron a patadas, Juancito. No doy más».

Eso dijo desparramado en la cama, mirado en silencio por Barbiluz.



Con el Tolo Collage siempre tuvo una buena relación, permitida en tantas horas compartidas en la Selección. Con Ramón Díaz (abajo) no tanto. Empezó bien, pero...

Y lanzó el último quejido cuando se estiró para apagar el velador.

El Tolo Collage invisible

Si el mejor organizador hubiera imaginado un triangular tan fuerte para una de las llaves de la segunda fase: Argentina, Brasil e Italia. Tres grandes de la historia del fútbol mundial para que sólo uno obtuviera el pasaporte a semifinales. Se venían batallas futboleras tremendas, harían falta una tonelada de fútbol y varias otras cosas para terminar en lo más alto.

El 29 de junio, en Barcelona, Claudio Gentile se transformó en su estampilla. Enzo Bearzot, el veterano técnico de aquella Italia detabrida y rudimentaria que luego treparía hasta lo más alto, había diseñado una estrategia sin resquicio para los rubores. La orden para el defensor azurro era tan clara como abominable.

«Maradona no se tiene que dar vuelta. Hay que anticiparlo cada vez que los compañeros le den la pelota. Y si la recibe primero, hay que incomodarlo para que no gire, para que no haga lo que sabe. Porque si gira, se va y no lo alcanzamos más».

Incomodarlo, traducido al len guaje práctico de la cancha, era pegarlo. Lisa y llanamente pegarlo. Y fue pegarlo, nomás.

La obediencia fue total, absoluta. Cuando la pelota iba hacia él, Gentile le entraba con todo. Si ganaba, bien. Si no, le daba duro en los gemelos. Así todo el partido, sin respiro.

El árbitro Nicolae Rainea, de Rumania, fue un cómplice despreciable de semejante atropello. Una amarilla fue todo su castigo. Una

na
te
do se
ciera
arte
unda
Tras
tboi
vle-
e ve-
das,
tboi
inar
ona.
d en
ve
de
ago
di-
cko
s el
co-
quet-
que
y si
mo-
e no
s, se
ten
per-
e. Y
plu-
a el,
ge-
s en
ido,
de
pre-
Una
Una



amarilla que no alcanzó para abortar la cacería sistemática que Diego soportó con estoicismo, pidiendo siempre la pelota, mordéndose los labios para no reaccionar, mostrándose en cada salida, sin esconderse en ningún momento.

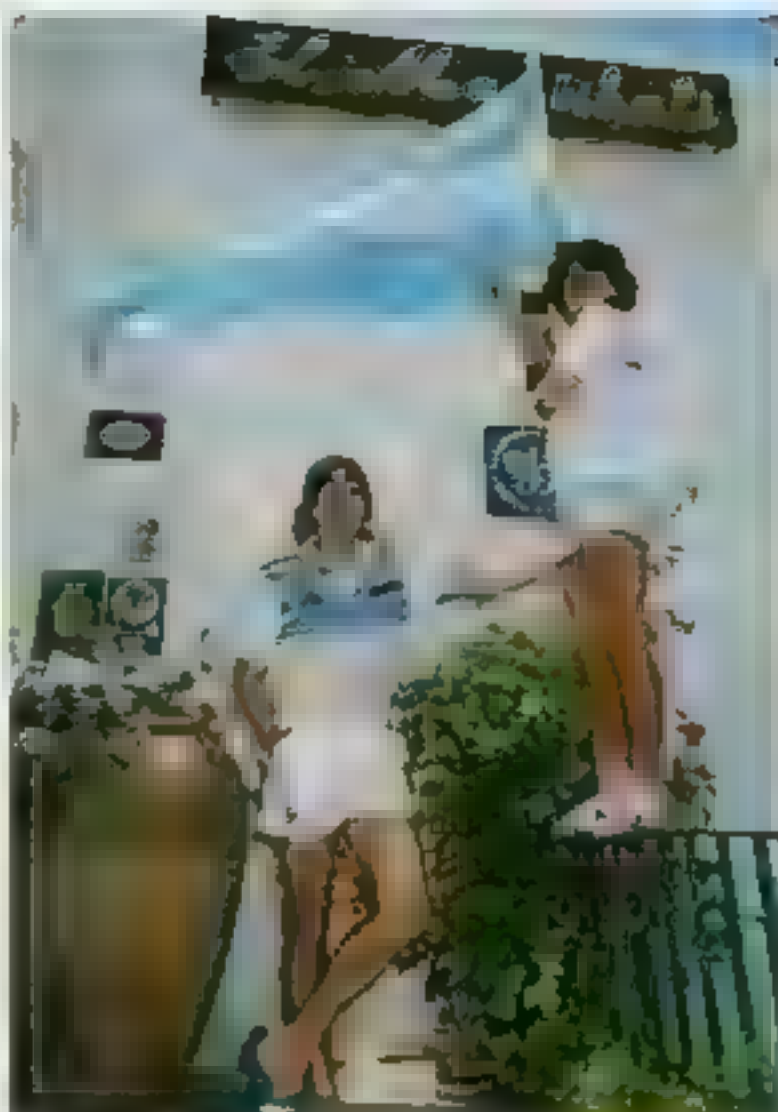
Italia ganó 2-1 porque fue mejor. Porque tuvo el espíritu solidario que le faltó a Argentina en varios pasajes del partido. Porque fue más por lo en las dos áreas. Porque brindó una imagen colectiva más sólida. Pero aquel atentado al fútbol, aquella persecución vergonzosa, quedó en conquista. Le hizo una aboladura a la esencia del juego.

Después vino Brasil, el 2 de julio, también en el estadio Sarriá, de Barcelona. El Brasil de Sócrates, Falcão, Junior, Toninho Cerezo, Eder, Zico... El Brasil de verdaderos monstruos del fútbol.

El 1-3 suena más lapidario de lo que fue el desarrollo. Siempre mejor el equipo de Tele Santana, pero Argentina también intentando y con chances de convertir una sensación futbolera que para la historia quedó relegada a un plano inferior por el minuto fatal de Maradona. Ese instante que aún hoy, casi veinte años después, quisiera volver atrás para evillarlo, para gambetearlo con la elegancia de su zurda incomparable.

Pecado de juventud

Partido definido. Cocinado. Diego estaba caliente. Muy caliente. El Mundial se le iba de las manos y no podía remediarlo. Para colmo, no le habían cobrado un penal claro, indudable. Tenía las venas del cuello muy hinchadas, a punto de estallar. Bramaba de bronca.



Alta en el cielo. Rivaldo, Maradona y la bandera argentina izada en el hotel El Nacional. En la conmemoración de la Copa del Mundo de Fútbol, por parte del Mundial 96

Desde las tribunas, teñidas integralmente de verdeamarillo, bajaba el murmullo de goles, el rumor del mundo.

Fa taca poco y los volantes brasileños se floreadan, guiados por el viejo zorro de Falcão. Un estratega genial que también embolaba una pizca de picardía maliciosa.

Diego quedó circunstancialmente en el medio de la calesita, sin nadie que lo auxiliara en la presión, y sintió que lo estaban cargando. Que le torcían el pelo. Que se le reían en la cara. Que no lo res-

petaban. Sobre todo Falcão. Los volantes brasileños aprovechaban la superioridad numérica y no paraban de tocar: tac para acá, tac para allá, tac para acá, tac para allá, tac para acá, tac para allá.

Engequedado, Diego tiró una patada injustificable y la ligó Batistuta. Era para Falcão, para la insolencia de Falcão, pero la ligó Batistuta, justo en el doloroso lugar que confirma la masculinidad. Esta vez no había discusión posible: era roja directa, sin anestesia.

Las cincuenta metros que lo condujeron hasta el vestuario fue-

ron un calvario interminable. Un grímel de impotencia, maldijo la suerte, buscó un agujero en la tierra para meterse, y casi no sintió la palmada de consuelo del Coach Teramini, camino a la boca del túnel que parecía tener dientes para devorarse.

Ya imaginaba lo que se le venía. Ya imaginaba los titulares de los diarios y el acorreo de quienes esperaban un paso en falso para masacrarlo.

Por eso tomó fuerzas e hizo un descargo público.

-Yo no fracasé, hice lo que pude. Un jugador no gana y no pierde solo un partido. Es todo un equipo. Pero tengo muy claro que yo fui el que más perdió. Nada arriesgaba más, nada tenía más ganas de que las cosas salieran bien, de que Argentina fuera campeón del mundo otra vez.

También hizo una confesión privada, en su círculo íntimo.

-La preparación física fue nefasta. Yo venía de jugar un campeonato durísimo y me mataron a piques. Llegué al Mundial con 150 metros. Eso me desgastó. A mí y a todos los muchachos. Para que no pensaran que me creía más que los demás, yo me mataba, corría todo, dejaba el alma en cada práctica. Y eso fue fatal. Llegué al Mundial congado, sobreentrenado, muerto. Sin pique corto, sin chispa para desequilibrar.

Y después hizo una mea culpa más.

-Quiero borrar este Mundial de mi cabeza lo más rápido posible, ahora mismo, y comenzar a pensar en el del 96.

Sin saberlo, empezaba a ser campeón mundial. ■

"La preparación física fue nefasta. Yo venía de jugar un campeonato durísimo y me mataron a piques. Llegué al Mundial sobreentrenado, sin chispa para desequilibrar."



El fútbol es un deporte que requiere de mucha habilidad y técnica. Los jugadores deben estar en constante movimiento y tener una gran resistencia física. La frustración es una parte importante del juego, especialmente cuando se trata de ganar o perder una partida importante.

LA FRUSTRACIÓN

Trajiste la camiseta?

-Sí, desde ya.

El sol de la siesta hierve vertical, explota sobre las aguas del Mediterráneo. La bandera argentina languidece en la alia del mástil que preside la entrada del hotel El Montiboli, bunker que la Selección montó en Alicante para el Mundial 82.

Maradona es un ramillete de ansiedad. Sobre todo a partir de las aguas turbulentas de los últimos meses. Más precisamente desde el 28 de agosto de 1981, 13 días después de la vuelta olímpica con Boca.

Pasó de todo. Alfredo Martínez de Hoz se alejó de la cartera económica y se desató una estampida cambiaria. Lorenzo Sigaut le romió la posta, dijo "el que apuesta al dólar, pierde" y fue todo lo contrario: la cotización aumentó un 240%. Floreció un dólar comercial, a 5.300 pesos argentinos por unidad, y otro financiero, a 7.550.

desenredar la confusa madeja de la negociación: la plata para Argentinos, la indemnización de Boca, la férrea postura del representante, los porcentajes para los empresarios, los derechos de imagen, la cuestión legal, otra vez la intransigencia del representante.

Desbordado, estrelló el puño de acero contra la mesa y lanzó una ocurrencia leñada de resignación.

-Así no va este mallo. Lo que tenemos que hacer es contratar a Cytosar-pilac. Si llamamos al representante tal vez conseguimos a Maradona.

Hombre ambicioso y genial, José Luis Nuñez estaba dispuesto a todo. El equipo no conquistaba la Liga desde la temporada 1973/74 y el presidente del Barcelona, que soñaba con el bronce, oía lo que había que poner, que era mucha plata: 5.900.000 dólares para Argentinos, 2.300.000 dólares de indemnización para Boca por desestimar su su-

cio al club de La Paternal y 3.500.000 dólares para Maradona por un contrato de seis años. Era el pase récord de la historia.

Pero faltaba que Diego asintiera para la firma, cosa que estaba por ocurrir aquella tarde del sol hirviendo sobre las olas del Mediterráneo, cuando la siesta se cortó con una pregunta.

-¿Trajiste la camiseta?

Guillermo Blanco le foma ahí, a mano. Era uno de los enviados especiales de El Gráfico al Mundial y, previendo el desenlace, había arrojado en su equipaje un trofeo de su colección personal: una camiseta del Barcelona utilizada por Rexach tres años atrás. Diego la extendió delante, sonrió, dejó una impresión: "Esta buena, ¿eh?". Se quitó la remera y se puso por primera vez la camiseta del Barcelona, a las 14 horas del 2 de junio de 1982.

Días después, Maradona viajó

desde Alicante hasta Barcelona para firmar el contrato. En el primer piso de un aristocrático edificio, vestido con un señorial traje azul, lo recibió el somniente José Luis Nuñez, un apretón de manos, un puñado de palabras que sonaron sentidas.

-Te quiero mucho, Diego. Tú no lo irás más del Barcelona, yo lo veré.

Charlaron brevemente. Nuñez le entregó una camiseta del Barça, pero Diego no se la puso, sólo la exhibió para las fotos. Y después, no bien lo ametrallaron con la primera pregunta, comprobó que era cierto aquello que intuía: no era una persona grata para el técnico Jupp Lahfak, que hubiera preferido la contratación del alemán Rummnicko. Desembarcaba en un club donde se dudaba de su talento. Y tuvo que apelar a la esgrima de las palabras para que nadie pensara que estaba apichonado.

-No te tengo miedo a la adaptación ni a la competencia ni a las patadas.

De arranque, la prensa catalana dejó constancia de que no le tendría paciencia. Al primer contratiempo, aparecieron las críticas: "Maradona es un invento de los argentinos".

Y en esa brecha se alojó la disputa entre Boca y Argentinos, ya en lenguaje dialéctico por incumplimiento en el pago de las cuotas del pase. Boca quería, pero no podía.

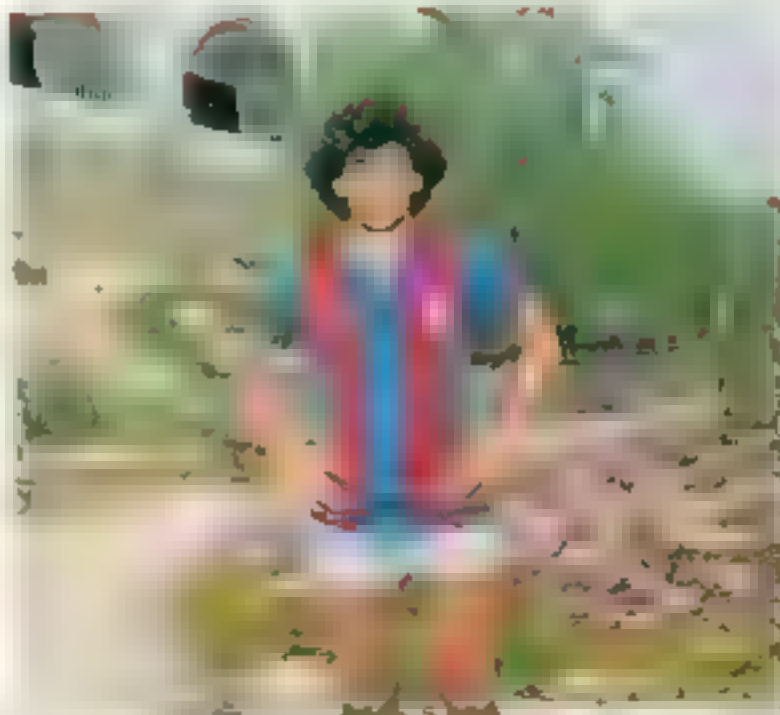
Un solo malagro era poco para que talara del coma financiero. Necesitaba dós. Que crecieran billetes en el césped de la Bombonera y que volviera a dormirse el Barcelona, con prioridad para quedarse con el oase de Maradona después de España 82. Pero no una cosa, ni la otra.

-¿En serio trajiste la camiseta?

-volvó a preguntar Diego.

Amor ficticio

El hombre perdió la paciencia. Un cuerpo de aliados trataba de



El 2 de junio de 1982, en los jardines del hotel El Montiboli, Diego Maradona se probó la camiseta del Barcelona por primera vez, en plena disputa del Mundial 82.

Sólo me interesa jugar bien y que la gente se sienta a gusto conmigo.

Miel y vinagre

Después de la desilusión en España 82 los dardos de la crítica le impactaron en el pecho. Se sintió medido por una vara fraudulenta y cortó relaciones.

-Para Argentina no hablo más. ¿Qué se creen, que el único culpable soy yo?

Voto a Barcelona en balado en una obsesión.

-Voy a ser el mejor del mundo y les voy a tapar la boca.

Se encerró en la mansión que alquiló por 5.000 dólares mensuales en el barrio de Pedralbes.



Una postal que no es casual: Diego desequilibrando curso de la roya. En el Barcelona mostró mucha diferencia jugando por ataque. Del vez más que en los otros equipos que defendió.

Cuanto tantas veces, la bronca era el combustible para alimentar su talento. Pero supo separar la histeria. Nada tenían que ver sus nuevos compañeros con el mal humor que le aguijoneaba los sentimientos. Y fue lo más sociable que pudo ser. De movida, no se animó a manosear la camiseta diez: prefirió entretener con la diechets. Elogió el afecto que le dispensaron sus compañeros, habló maravillas de Bernd Schuster, dijo tener referencias importantes de Lattke.

La prensa derramó toneladas de miel, transformó a Maradona y Barcelona en símbolos de una máquina de jugar que debería quebrar rivales en cinco goles por partido.

Por eso fue drástico el desmoronamiento de los cuatro amistosos veraniegos, en los que Maradona funcionó a un treinta por ciento.

El sábado 21 de agosto se puso

la casaca blaugrana por primera vez.

El Barcelona le ganó 2-0 al Mallorca. El martes 24 por la Copa Joan Gamper, organizada por el club, igualó 0-0 con el Internacional de Porto Alegre, que se impuso 4-1 por penales. Diego convirtió el único del Barça. A día siguiente también en el Camp Nou, empataron 1-1 con el Colonia alemán, con otro tanto de Maradona, pero no pudieron evitar que, en la última posición desde la inauguración del trofeo, en 1966, y el sábado 28 por la Copa Costa Verde cayeron 1-0 con el Estrella Roja, con balle y todo. Cuatro partidos en una semana, exactamente lo mismo que faltaba para el debut en la Liga. Y la prensa local que cambia los ingredientes, vinagre por miel.

«Su compra fue un inmenso error.

«No tiene parte de líder.

«Diego Armando Maradona es un bluff, un invento de los argentinos.

No era el canchis ideal. Y menos después de la caída por 2-1 ante el Valencia de Mampes en el estreno oficial. Nada volvió aquel domingo 5 de septiembre de 1982. Ni siquiera que Diego ahogara el único gol del Barça. Recrudescieron las críticas.

Fuego cruzado

«Este tie me arribente, hoy que reaprendo porque no arribente...»

Pocas cosas enervaban más a Núñez que un puñado de periodistas ensayándose críticas por actitudes ajenas. Cinco meses después del debut, con Lattke ya festejando, el Barça fue a París para jugar un amistoso con el Paris Saint Germain. Todo bien, 4-1 a favor, toques, lujos. Pero algo más rudo de las críticas de duriosa intencionalidad. Maradona optó por no atender a la prensa. Entonces los periodistas catalanes se lo facturaron de una a presidente.

«Usted se llena la boca hablando de las bondades del Barcelona, pero las actitudes de Maradona no armonizan con ese perfil. ¿Qué explicación nos puede dar?»

Un cross a la mandíbula de un boxeador que se creía invencible, que se defendió con una mano volada.

«Maradona debe cuidar su imagen. Asimilar la línea de conducta que ha de seguir en Europa para mantener su lugar. Si no la comprende, de nada sirve castigarlo. Lo mejor es que abandone el club.

A Diego no le gustó ni medio. Es más, se quedó en París visitando a Osvaldo Ardiles. Y le respondió.

«Me quedé en París porque necesito descansar. No me afecta lo que digieren. Si visito a los amigos, es asunto mío y no del club. Porque en la cancha yo soy todo. Prefiero creer que Núñez no me aconsejó el modo

"Si Núñez no me respeta, yo tampoco voy a respetarlo a él. Si viene a saludarme al vestuario, le voy a tirar con los botines", bramó Diego antes de la final de la Copa del Rey.

de comportarme. Yo no le programo la vida a nadie, y no quiero que me la programen.

Cinco meses, apenas. La bomba a punto de estallar, una reunión providencial que derriba asperezas, un Maradona brillante enmudeciendo al Bernabeu en su primer choque ante el Real "galera, bastón y Z-D". Juegas bordadas a una velocidad y precisión impresionantes, ciertos brotes de admiración...

Había vuelto. Era el Pelusa de Florito, el Diego de La Paternal, el Dios de la Boca. Estaba en rodeje por el zarpa de definitiva, salvo que el destino le quitara el respaldo...

Un paseo por el infierno

-A vez verá, tanta algo en los ojos.

-Dale, hermano, qué ojos ni ojos, yo vine por el tobillo...

Era jueves. Día de práctica de fútbol, de cara al partido con Los Fajeros. Ochenta minutos intensos, con la curda dibujando fantasmas sin molde y un dolorcito molesto ahí, en el tobillo izquierdo. "Hombre, va a la clínica -le dijeron- para que te hagan una sesión de úder. Quedarás como nuevo." Y fue. Pero el kinesiólogo se le dio por mirarlo a los ojos, como si fuera una novia.

-¿Qué pasa? ¿Qué tengo?

-No sé, pero vete a tu casa y métete

-¿Cómo en la cama? Tengo que ir a una cita.

-A la cama, te digo.

Al rato, Diego estaba en la cama y el doctor Bestit, del Barcelona, le extraía sangre para una muestra. El resultado estaría al día siguiente.

Bestit volvió a las ocho y media. No sabía cómo decirlo.

-¿El doctor? ¿Qué tengo?

-Bueno, Diego...

-¿Qué tengo?

-Hepatitis. Tienes hepatitis.

Se quería matar. Lloró. Le pegó pifas a la pared, a los muebles. Maldijo su suerte y entró al infierno.

Fueron dos meses y medio de calvario. Postrado, sin prender el televisor para ver ni un solo minuto de un partido de fútbol. Nunca en su vida había sentido tanta soledad en el mundo mágico. Bastaron los dedos de una mano para contar las sonrisas de esos tiempos, cuando decía: "Todo lo vió para las fiestas, el día

era ocurrir esa barbaridad?

El sábado 12 de marzo, 115.000 personas atestaban el Camp Nou. César Luis Menotti debutaba como técnico del Barça y Maradona volvía tras la hepatitis.

Corrió, se ahoga, reguó "porque si no, no llegaba" y reguó un par de toques con su sello: se fue camante por el 1-1 con el Betis.

-Esperé tres meses y medio para estar y todo salió mal. Me ahogué, los goles nos jugaron en contra, la gente se burló... Deberían entender que en el fútbol no hay milagros. César anunció



Final de la Copa del Rey, Barcelona 2-Real Madrid 1, en Zaragoza. Diego dejó en el cambio a Bonet y Camacho. Fue el único título oficial que conquistó en el Barça.

que le permitieran levantarse y la tarde que lo visitó Núñez. No por su presencia, sino por el motivo.

-Diego, tengo que contratar a alguien para reemplazar a Laites. ¿A ti qué te parece Menotti?

-Un ladrón. Para mí es el que lo dice es usted. ¿A? Los periodistas no van a preguntar y voy a decir que estoy encantado. Pero usted me lo propuso a mí, no yo a usted. Si no van a pensar que pongo al técnico. Y no me dedico a eso.

-Pero claro, Diego. ¿A quién se le po-

dría ocurrir esa barbaridad?

Y el tiempo hizo lo suyo. Para bien y para mal. El equipo levantó, fue digno en la Liga y se clasificó para dirigir la Copa del Rey con el Real Madrid que dirigía Alfredo Di Stéfano. Pero el abismo entre Núñez y Maradona aumentaba.

El equipo Núñez

-Muchacho, confiamos mucho en usted y lo necesitamos. Toda Cataluña estará pendiente del partido...

Fue una jugada maestra de Núñez. A cuatro días de la final con el Real, sacó un as de la manga. Escudándose en una afinidad personal, le imploró al presidente de Cataluña, Jordi Pujol, que se diera una vuelta por la práctica para inyectarle ánimo al plantel. Para que le sacara las castañas del fuego.

Unilateralmente. Núñez había prohibido que Maradona y Schuster asistieran al homenaje que se le rendiría al alemán Paul Breitner, en Múnich.

-¿Se quedará El Real negro a Sarriñana, así que esos tampoco van.

La dupla del Barça enfureció. Sobre todo Diego.

-Dejar colgado a un ídolo en el último partido, después de haber empujado la palabra, es algo inconcebible. Si Núñez no me respeta, yo tampoco a él. Si viene a saludarme al vestuario, le tiro

Núñez lo escuchó y se agarró la cabeza. Reavivar el conflicto era lo peor que podía suceder a esa altura. Necesitaba un bombazo. Y Pujol mantuvo una manquera. Después de la práctica matutina, los futbolistas se colocaron en fila para saludarlo.

-Toda Cataluña estará pendiente del partido, muchacho...

Maradona le saludó la mano y le devolvió la sonrisa, pero no emitió palabra. Y la prensa le cayó duro.

Encima, un grupo minoritario de hinchas se subió al carro del disconformismo, despidiéndolo del entrenamiento al grito de "¡pesetero!". La salida más elegante era trasladar al equipo hacia Zaragoza lo antes posible para frenar el conflicto. Y Menotti lo hizo. Ya en la ciudad el foco se desvió hacia la final propiamente dicha. Hacia los antagonismos: Ma-

de Barcelona. El Stefano Menotti, el Mellike-Maradona.

A las 22.09 del sábado 4 de junio, cuando el Barça se asomó por el umbral de La Romaneda, se archivaron los odios. El onipulso del terruño golpeó las fisuras intestinales. Y la tribuna fue un mar de banderas blåa y grana.

Actitud. Ésa fue la diferencia. Barcelona arrancó enchulado, con Diego explotando las espaldas férreas de Camacho. Real empezó dislocado, sin ritmo ni presión, con un trámite estático, entregado a la maraña. E. Dibujaba su enredo. César se formaba la ansiedad. Y Diego dibujaba.

A los 32 descorchó una genialidad y la dejó muerta para el toque definitivo de Víctor. E. —O parecía definitivo, pero antes del cuarto de hora del complemento, el zaguero Gerardo se entregó cortó al arquero Jirufi y el palo de Santiarena estampó el empate. ¿Podía ser? ¿Otra vez la mufa?

Bonet entró para encimar a Diego, el frente se enredó y la próroga parecía insalvable. Pero a diez segundos del final —sí, ¡ohé!— Marcos abecó un centro de Julio Alberto y a mandó a quedar Gol Locura.

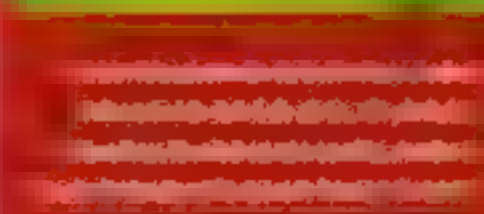
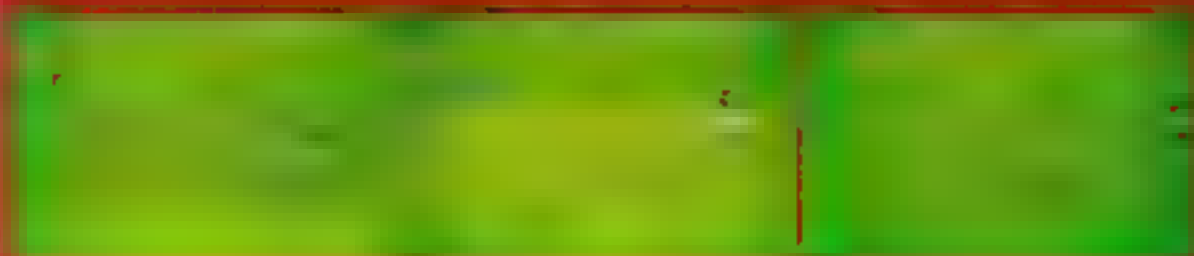
Maradona campeón en España, contra todo, contra todos.

Sin anestesia

Las burbujas de esa victoria también extendieron su cosquilleo chispeante a los días siguientes. Era el aval necesario para un proceso que debía terminar, si o sí, en la conquista de la Liga. Pero en Diego fermentaba el fastidio.

—Ya no me los banco más, Claudio. El otro día casi boxes a un tipo. Estábamos con Jorge en un bar y uno por la bajo nos decía judacas. ¿Quién carajo se creen que son?

¿Calmarlo? Era inútil. Estaba sereno. Apenas lo reconfortaba que algunos compañeros de equipo se sin-





El tremendo final de su experimento catalano. En medio de una batalla campal, Maradona rechaza una pelota acortada de parte de un jugador del Bilbao. Fue con la tal acción que se registraron en aquella final de la Copa del Rey de 1984.

tieran sus amigos y fueran a visitarlo con la excusa de saborear las exquisiteces que preparaba Claudia.

-Se está formando una linda banda. Todavía podemos dar pelea, César -le confió a Menotti antes del partido con el Athletic de Bilbao, el sábado 24. Pero hubo otro pero. Siempre había un pero.

Minuto 58, El Barça le gana fácil a los vascos. Diego corre del centro hacia la izquierda. Quiere interceptar un despeje desprolijo de su defensa. La domina, gambetea a Andoni Goicoechea, le saca un metro y levanta la vista para direccionar el pase. Está afirmado, a punto de soltar la bola. Y llega el hechazo sobre el tobillo izquierdo.

Un grito surgió. El crash. Incerdumbre. Angustia. La corrida de Claudia, escaleras abajo. Los camareros, los médicos, la manta que tapa el cuerpo convulsivo, la sirena, una ambulancia, el brasiado a la clínica Asepeyo y la frase que le dijo a Miquel, el primero que se agachó a ayudarlo.

-No lo vi, me rompió todo...

Para el traumatólogo del Barcelona, el diagnóstico estaba claro: arrancamiento del menisco, rotura del ligamento lateral interno y luxación del tobillo izquierdo. Quirófano directo, lo antes posible.

Cyterszpiller dudaba, igual que los dirigentes. Temían el error una cirugía inapropiada en el pie izquierdo. Duda que se acabó con la sugerencia del médico de la Selección, Raúl Mar-

A las 2:30 de la madrugada Maradona ingresó en el quirófano. Saló dos horas después.

El regreso milagroso

Rápido. Querían que Diego volviera rápido. Romper con las leyes naturales, si fuera posible. Y de la recuperación se hizo un vale todo. A diez días de la operación, el doctor González Adrio hizo una sugerencia.

En el peor momento de la crisis en el Barça empezaron a llamar de Nápoles.

dero: "La mejor salida es operar".

A esa altura, Diego era un manojo de ansiedad, pero nadie le decía nada. Bien, venían, entraban en la habitación 201, lo miraban, volvían a salir. Nadie abría la boca. Ni Cyterszpiller, ni Claudia, ni el médico.

En eso se quedó a solas y entró un empleado de limpieza.

-Quédale tranquilo, que son dos horas de operación, nada más...

¿Qué? Doctooooor...

-Le quiero presentar a una recuperadora sueca, Diego. Empezó un tratamiento nuevo, acústico.

El Petusa desconfió. Agradeció el interés y llamó al doctor Oliva.

-¿Qué no te toques! Que no hagan experimentos con vos.

Tranquilo, le juró que esa tipe no me agarra. Yo preferiría que viniera usted. ¿Se anima?

Oliva se animó. Le quitó el yeso antes de lo previsto y también las

muletas. Los directivos del Barça lo tildaron de "loco" y le endosaron la responsabilidad. Pero a Oliva le sobraba seguridad. Vivía las 24 horas para Diego, edificando el milagro.

El domingo 8 de enero de 1984, apenas 106 días después de la patada criminal, el Camp Nou parecía un templo celestial, dispuesto a presenciar el increíble regreso de Maradona ante el Sevilla. Un Diego barbado se metió en el césped a paso lento. Troto hacia una de las áreas, soltó la pelota y le pegó con la zurda, derecho a la red. La gente lo festejó como si fuera un gol de verdad... Se sintió, al fin, querido y rescatado.

Y no defraudó. Metió dos goles en el 3º final. Después del último, se clavó en el césped con las manos hacia el cielo y se abrazó a sí mismo, como felicitándose por tanto temple.

Aquel partido fue un espejismo de amor. Devaluada la sensibilidad que despertaba Maradona encarnando a un león herido, la situación se acomodó a la realidad. A un Neufés cerrado y omnipotente, a los "bujacas" pronunciados a traición, a la prensa encorichada en buscarle pelos al huevo. El desgaste era tétrico. Pero aún faltaba un capítulo.

Otra final por la Copa del Rey, el 5 de mayo, ante el acérrimo enemigo, el Bilbao de Goicoechea.

No le fue bien. El Bilbao sacó ventajas, lo empezaron a cargar por lo bajo, lo empujaron en un tumulto, le hicieron un corte de manga y... La gresca fue tremenda. Todos contra todos. Trompadas, patadas...

A Diego ya no le interesaba nada. Para colmo, Menotti también anunciaba su retirada y ya habían sonado los teléfonos desde Nápoles. ■



58

MINUTOS

38

GOLES

10

VECES

El tremendo final de su experiencia catalana. En medio de una batalla campal, Maradona recibe una patada accidental de parte de un jugador del Bilbao. Fue una de las mil acciones que se registraron en aquella final de la Copa del Rey de 1984.

llaman sus amigos y fueran a visitarlo con la excusa de saber por las exquisiciones que preparaba Claudia.

-Se está formando una linda banda. Todavía podemos dar pelea. César -le confió a Menotti- antes del partido con el Athletic de Bilbao, el sábado 24. Pero hubo otro pero. Siempre había un pero.

Minuto 58. El Barça le gana 1-0 a los vascos. Diego corre del centro hacia la izquierda. Quiere interceptar un despeje desprolijo de su defensa. Lo domina, gambetea a Andoni Goicoechea, le saca un metro y levanta la vista para direccionar el pase. Está afirmado, a punto de soltar la bola. Y llega el hachazo sobre el tobillo izquierdo.

Un grito sordo. El crash. Inconciencia. Angustia. La corrida de Claudia, escaleras abajo. Los camilleros, los médicos, la manta que tapa el cuerpo conmovidó, la sirena, una ambulancia, el traslado a los servicios de urgencias y los brazos que lo daban a Miquel, el primero que se agachó a ayudarlo.

-No le vi, me rompí todo...

Para el traumatólogo del Barcelona, el diagnóstico estaba claro: arrancamiento del menisco, rotura del ligamento lateral interno y luxación del tobillo izquierdo. Quirófano directo, lo antes posible.

Cyterszpiler dudaba. Igual que los dirigentes. Temían el error: una cirugía inapropiada en el pie salido. Duda que se acabó con la sugerencia del médico de la Selección, Raul Mar-

A las 2.30 de la madrugada Maradona ingresó en el quirófano. Saló dos horas después.

El regreso milagroso

Rápido. Quieren que Diego volviera rápido. Romper con las leyes naturales si fuera posible. Y de la recuperación se hizo un vale todo. A diez días de la operación, el doctor González Adrio hizo una sugerencia.

En el peor momento de la crisis en el Barça empezaron a llamar de Nápoles.

pero: "La mejor salida es operar".

A esa altura, Diego era un manojo de ansiedad, pero nadie le decía nada. Iban, venían, entraban en la habitación 201 lo miraban, volvían a salir. Nadie abría la boca. Ni Cyterszpiler, ni Claudia, ni el médico.

En eso se quedó a solas y entró un compañero de formación.

-Quedate tranquilo, que son dos horas de operación, nada más...

-¿Qué? ¿Doctooooor...

-Le quiero presentar a una recuperación suiza, Diego. Emplea un tratamiento nuevo, azuleiro.

El Peñaró desconfió. Agradeció el interés y llamó al doctor Oliva.

-¡Que me le importé! Que no hagan experimentos con vos.

-Tranquilo, le juro que esa tipo no me engaña. No te va a hacer nada, hombre, no te da.

Oliva se animó. Le quitó el yeso antes de lo previsto y también las

muletas. Los directivos del Barça le tildaron de "loco" y le endolaron la responsabilidad. Pero a Oliva le sobraba seguridad. Vivía las 24 horas para Diego, edificando el milagro.

El domingo 8 de enero de 1984, apenas 106 días después de la patada criminal, el Camp Nou parecía un templo celestial, dispuesto a presenciar el increíble regreso de Maradona ante el Sevilla. ¡Un Diego barbado se metió en el césped a paso lento. Tanto hacia una de las áreas, soltó la pelota y le pegó con la zurda, derecho a su red. La gente lo festejó como fuera un gol de verdad... Se sintió a fin, querido y respetado.

Y no deliró. Metió dos goles en el 3-1 final. Después del último, se clavó en el césped con las manos hechas el cielo y se abrazó a el mismo como festejándose por tanto tiempo.

Aquel partido fue un espasmo de amor. Devaluada la sensibilidad que despertaba Maradona encarnando a un león herido, la situación se acomodó a la realidad. A un Nuñez cerrado y omnipotente, a los "sudacas" pronunciados a tracción, a la prensa ehrra pinchada en buscarle pelos al nuevo. El desgaste era técnico. Pero aun faltaba un capítulo.

Otra final por la Copa del Rey, el 5 de mayo, ante el acérrimo enemigo: el Bilbao de Goicoechea.

No le fue bien. El Bilbao sacó ventajas, lo empezaron a cargar por lo bajo, lo empujaron en un barrullo, le hicieron un corte de manga y la gresca fue tremenda. Todos contra todos. Trompadas, paladas...

A Diego ya era un intermedario pasado. Para colmo, Menotti también anunció su retirada y ya habían sonado los teléfonos desde Nápoles. ■

SAN DIEGO

El puño en alto para celebrar el segundo scudetto. Maradona le ganó terreno a San Genaro en la veneración de los napolitanos.

a lo
n la
so
ras
94
Ma
un
en-
ona
se
fo-
de
cho
o si
es
des
se
ne
to,
do
la-
pi-
na
si-
mi-
ni
pi
ce-
ue-
ero
el
ni-
cú
or
to,
La
tra
ne-
en
or





igrama una cosa, Fulca, una se podría hacer algo por Maradona?

El sacudón fue terrible. Es más, ni siquiera espero la respuesta del interlocutor. Un tremendo bozo de aire contrivió el vuelo 359 de Alitalia, que había partido del aeropuerto catalán de El Prat con destino a Milán, a las 13.30 de aquel 8 de mayo de 1984. Una jornada que se desdibujó en la nebulosa del tiempo, pero que alguien debería anotar en la historia como el día que Maradona empezó a ser jugador del Napoli.

El ruido en el estómago les quitó la respiración a todos los pasajeros, incluido el plantel del Barcelona, contratado para jugar un amistoso con el todólogo de Zico y Cia.

Lo quiso el destino, nadie más. Ayudado del empresario futbolístico Ricardo Fulca, un correntino radicado en Valencia, se sentó un italiano que resultó ser amigo de un allegado

quiere cambiar de aire...

¿usted me puede hacer un contacto con Núñez?

-Sí, pero lo mejor es hablar primero con el representante de Diego, con Cyterszpilic.

Dicho y hecho. No solo hablaron, también se encontraron, con bióper incluido. ¿Por qué? Porque el 23 de mayo, no bien Juliano puso un pie en Barcelona, se alojó en el hotel Princess Sofia que pertenecía a Joan Gaspart, el vice del Barcelona.

-¡Váyase cuanto antes de acá que nos van a descubrir!, le espetó Cyterszpilic, no sin antes disparar un encuentro para el día siguiente en la casa de Diego.

Después, ya el contacto con Núñez. La propuesta fue un regalo del cielo para el atribulado presidente. Quería desembarazarse de Maradona. El viernes 25 convocó a una reunión ultrasecreta de la Directiva, apeló a toda su oratoria para sedu-

cirlos y logró que la votación fuera 15-5 a favor de la venta. Y al día siguiente, a las 11 de la mañana, hubo una reunión cumbre: Núñez y Gaspart, por el Barcelona, el presidente Corrado Ferlaino, Antonio Juliano y el consejero Antonio Tagliamento, por el Napoli. Y Cyterszpilic representando al jugador. Marchas, contramarchas y un preacuerdo que luego se se aría como det-n t vo 7.500.000 dólares por el pase más 800.000 dólares de prima.

Núñez sonrió. Creyó que se sacaba un paquete de encima...

Un milagro de San Genaro

"San Genaro ha fatto u miracolo, ha fatto u miracolo!"

No, todavía no se había acuado la sangre del patrono de Nápoles. Cientos, miles de tifosi bailoteaban frente a la catedral, se arrodillaban, agradecían al cielo, cantaban con devota disonancia por el otro milagro,

acaso el más esperado por una rda que vivió en vela durante una semana: el Barça había accedido a la venta de Diego apenas quince minutos antes del cierre definitivo de las fronteras italianas para los jugadores extranjeros hasta 1986. Pasión y tumultuosa, cómplice de las primasculdades y la sencillez, la ciudad cabalgaba en éxtasis a la espera de nuevos mesías. Maradona preparaba las veljas en su residencia de Pedrapes. Pero no era ajeno a la fiesta, la que en Nápoles pasaban cosas...

El Duomo había tenido una afluencia mayor a la habitual. En la región de tifosi que le agradecía San Genaro la gracia recibida. En una semana se habían vendido 50.000 placas de un disco compuesto por Emilio Compase, un reconocido músico napolitano. De un lado, el "Tango Maradona" con la música de Choclo, y del otro, el "Himno a Maradona". Un verdadero boom en

Cuando la llegada de Diego era inminente en las elecciones comunales de Nápoles se escrutaron 25.000 votos para el inexistente candidato Maradona. Comenzaba la fiebre

de la directiva del Napoli. Pasaba ya, palabra viene, el italiano se empapó de la crítica relación entre el club catalán y Maradona. Y se apuró en llevar agua para su molino.

-Yo conozco al director deportivo del Napoli, Antonio Juliano.

No también. Le digo más tengo que llamarlo porque estoy tratando de cerrar el pape de Sócrates. Corinthians quiere venderlo.

-Y bueno, de paso pueden hablar de Diego...

El teléfono entrojó al día siguiente. Fulca se pintó un panorama muy realista a Juliano.

-Maradona está harto de Núñez y de que le achén la culpa de cualquier problema. Está angustiado,



Diego y el técnico Claudio Marchi posan por el césped del San Paolo. La relación entre ambos comenzó muy bien, pero luego entró una serie de circunstancias determinantes.

barríos populares. Forcella, vicaria.

Las paredes de Posillipo, el barrio donde habitaba el astro, ya estaban pintadas con la imagen suya y con la leyenda bien argentina. "Vamos Maradona, todavía".

En la céntrica Via Soccavo decenas de chicos ya vendían un puñado de rulos y de tela, una suerte de maraca maradoniana con la camisa diez que la multitud adquiría para llevarla como amuleto. Unos doscientos chicos, nacidos durante esa semana, fueron bautizados Diego, Armando, soñando con el padrino de los del verdadero Maradona.

En las últimas elecciones municipales ya se habían escrutado 25.000 votos para el inexistente

candidato Maradona.

Y todo eso pasaba mientras Diego hacía la valija.

Doscientos policías. Ni uno más, ni uno menos. Serios, enjutos, ceremoniosos. Rodéan el avión de Alfalfa que acaba de posarse sobre la pista de Fiumicino como si fuera el cofre de un tesoro escondido. Es un martirio. Es mediodía y no hace falta controlar ningún pasaporte. Ese señor es Maradona y punto. Que se suba al Range Rover y que enfite por la autopista A2 nomás, que Naples lo espera. Directo al San Paolo, para la revisión médica. Directo al San Paolo, para estaquearse sobre el césped y quedarse pensativo durante algunos minutos, como escuchando el terreno para futuras hazañas, y de allí al puerto a tomar un aliscafo hacia la Isla de Capri, donde dormirá el sueño que al día siguiente, el 5 de julio de 1984, se hará realidad.

Inundaron el estadio con la prepotencia de la pasión. Ochenta mil almas apiñadas, sudorosas, rugientes. Avistaban por el mismo espectáculo posible verlo contarlos entre ellos, sentirlo real. Proclamaron su amor en banderas. Maradona era sin espejo Carlos Gardel de la pelota. Aprenderon de memoria las cuartetas del Himno, convencidos de que ese día terrenal los llevará a conseguir el primer scudetto de la historia, a consagrar la victoria del Sur empobrecido ante la opulencia depresiva del Norte enriquecido.

Maradona ocupate vos, si no sufre ahora, no sufrirá más. La Argentina tuvo este aquí, no podemos esperar más.

Ochenta mil almas y ningún partido. Ochenta mil almas y un hombrecito que, a las 18.25, puso la gramilia con sencillez, como pidiendo permiso para transitar una tierra que



"El Napoli necesita una transformación general. No de nombres, sino de mentalidad. Hace falta personalidad para jugar igual en todas las canchas", diagnóstico el Diez.

ya le pertenecía. El San Paolo se pareció al Vesubio en erupción. Desde la tribuna llovían cohetes, papeles multicolores, claveles celestes y blancos, globos. Los hermanaba un alarido: "IDiecór IDiecór".

Sonriente, conmovido y con una bufanda napolitana al cuello, Maradona inició una caminata serena. Una vuelta olímpica matizada por saludos tímidos y besos a las tribunas. Cuando completó el giro avanzó hacia la mitad de la cancha, donde reposaba una bandera gigantesca, una alfombra con dedicatorias: "Gracias, Ferlaino, Gracias, Napoli". Allí tomó un micrófono y pronunció un discurso memorizado en italiano: "Buona sera, napolitani. Sono felice di essere con voi, Forza, Napoli".

Entonces se acercaron una peleta y así como estaba -jeans, remera y zapatillas- hizo "quequito" dieciséis veces. Igualito que cuando era atracción en los entretiempos de Argentinos, y le pegó fortísimo, de volea, como una ofrenda hacia las tribunas.

El San Paolo rugió. Y en el alarido iba implícita la entronización.

Maradona no necesitó jugar para ser el rey de Nápoles.

Un pacto de amor

-¿Y, Diego, cómo lo llevés?

Me duelen hasta las pestañas.

Daniel Bertoni no pudo contener la carcajada. La habitación 33 del hotel imperio, en el pequeño poblado de Castel di Piero, le brindaba la privacidad suficiente para despacharse a gusto, sin que Diego se sintiera ridiculizado frente a sus compañeros.

En las montañas de la Toscana, a 1.800 metros sobre el nivel del mar Maradona y el Napoli iniciaban una pretemporada devastadora, que se

extendería desde el 24 de julio hasta mediados de agosto.

Los ejercicios eran dignos de la preparación de un batallón de comandos, pero a Diego no le importaba. Le daban los músculos, pero el alma estaba tonta, reconfortada.

Algunas. Eso se había generado entre él y los tifosi. Un pacto tácito, natural: ellos lo amaban y él les brindaba todo. Tanto lo amaban que hasta hicieron la pretemporada. Porque todos los días, de mañana o de tarde con sol o sin él, dos mil hinchas se apretujaban en las graderías rudimentarias del estadio local. A verlo, a

Paradojas del destino: el debut en el San Paolo fue ante River, que andaba de gira. Entradas agotadas con una semana de anticipación. 85.000 feligreses y una puesta digna de la Bombonera: una bandera senescal flameando en el sector del Comendador Ultra y una gallina suelta para saludar el ingreso de River...

Todo en función de Diego. Para que se sintiera como en casa.

Pero el partido fue chiquito, sin emociones. El Tolo Gallego le hizo hombre en campo de River le comió los tobillos, trató de enforpecarle los movimientos. Y Diego saltó con tá-

cancha, jugaban a otra cosa. No se focalizaban la onda. En el tamiz de las proyecciones sólo quedaba el buen ánimo de Diego, su felicidad creciente. Lo dijo él mismo, asumiendo riesgos, sin ningún complejo...

-El fútbol es mi modo de expresión. Cuando me siento bien soy capaz de hacer feliz a la gente. Y en Nápoles me siento bien. No soy el jugador suerte del fútbol. Pero si Dios me dio el don de saber jugar, me tengo que sentir orgulloso y compartirlo. Con todos los napolitanos y también con los argentinos, que son tan sufridos como ustedes. Sé que nos falta, pero el scudetto es posible. Yo me animo a ganarlo.

¿El título equivocado?

Diciembre de 1984. Frio en las poles, calentura en el Napoli. No le dio Diego, ni con el equipo, con el técnico Rino Marchesi con la actitud general. Fue la reflexión de Gennaro Bucloghi, el un taxista, que orienta a un periodista argentino.

-Maradona es un buen muchacho, pero está en el sitio equivocado.

¿Por qué lo dice?

-Haberlo traído a jugar a este Napoli es como hacerlo cantar a Pavarotti en el teatro de batucón.

Pruebas al canto. La semana anterior Napoli le estaba ganando 1-0 al Inter en Milán. Pero se aferró a un fatalismo y terminó como debutante 2-1 abajo. Más que un técnico el equipo necesitaba un psicoanalista. Su personalidad era un tembladere. Y a la gente le encantó la autocrítica descarnada de Maradona.

-El Napoli necesita una transformación. No me refiero a los nombres, sino a la mentalidad. Hace falta personalidad para jugar igual en todas



Desde el vestuario, acompañado por tres hermanitos, llamó a Buenos Aires para compartir la alegría del primer scudetto. Del otro lado, don Diego y la Tola.

vivirlo, a cuidarlo. Igual que aquella primera tarde de protocolo de la presentación.

Una operación matemática sirve para dimensionar el fenómeno: 1.700 por 20.000. Lo explicamos: 20.000 napolitanos recomieron los 1.700 kilómetros que separan a su ciudad de Pistola para ver un entrenamiento semi-formal, con el Pistoiense. El primero en el que Diego se calzó la camiseta celeste.

Intento y categoría, pese a evidenciar la dureza de la pretemporada. Le enviaron un gol con la mano -¡qué costumbre!- y lo despidieron con aplausos tibios y respetuosos, depositando la ilusión en un plazo fijo que de todos modos, no parecía rentable. Aquel equipo de Rino Marchesi tenía la fantasía de Diego y la pólvora de Bertoni, pero poco más. Celestine. Dal Fiume y Casale, los tres escuderos maradonizangos de la mitad de la

los canchales. No estamos a la altura de lo que quiere el club. Y yo me anoto primero en la lista. Tienen razón los que alaban.

Ferjano sabía que Maradona tenía razón, pero creyó que se había exagerado. Así se lo hizo saber al técnico Marchesi.

-No me gustó lo que dijo, presidente. Tendría que haberlo dicho dentro del plantel.

-Puede ser. Rino, pero hay que entenderlo. El viene del Barcelona, recién se está acomodando.

Distinta fue la reacción de los tifosi. Dio lo que querían escuchar. Tocó una cuerda emblemática: los pobres también pueden ganar, sólo deben proponérselo...

Sergio Trolse, un periodista del diario Il Mattino, le acercó su dictáfono a Ferjano.

-¿Sabe qué necesita el Napoli? Un caudillo. Maradona no quiere serlo, pero el vacío es tan grande que lo va a ocupar, aun contra su voluntad. Pero usted lo tiene que cuidar. ¿Cómo puede ser que todavía lo tenga viviendo en el hotel Royal?

Pequeño detalle: el Díez estaba saturado del acoso del hool. En una casa confortable adquiriría un bálsamo de privacidad. Y lo encontró cuando se aceleraron los papeles y se zambulló en un departamento de tres dormitorios en la via Scipione Capece 3 B, con la postal del gatto pintada en los ventanales.

Por delante había un desafío superior que el pibe de 24 años no pensaba gambetear. En la Scala o en el batallón, Pavarotti tenía que cantar...

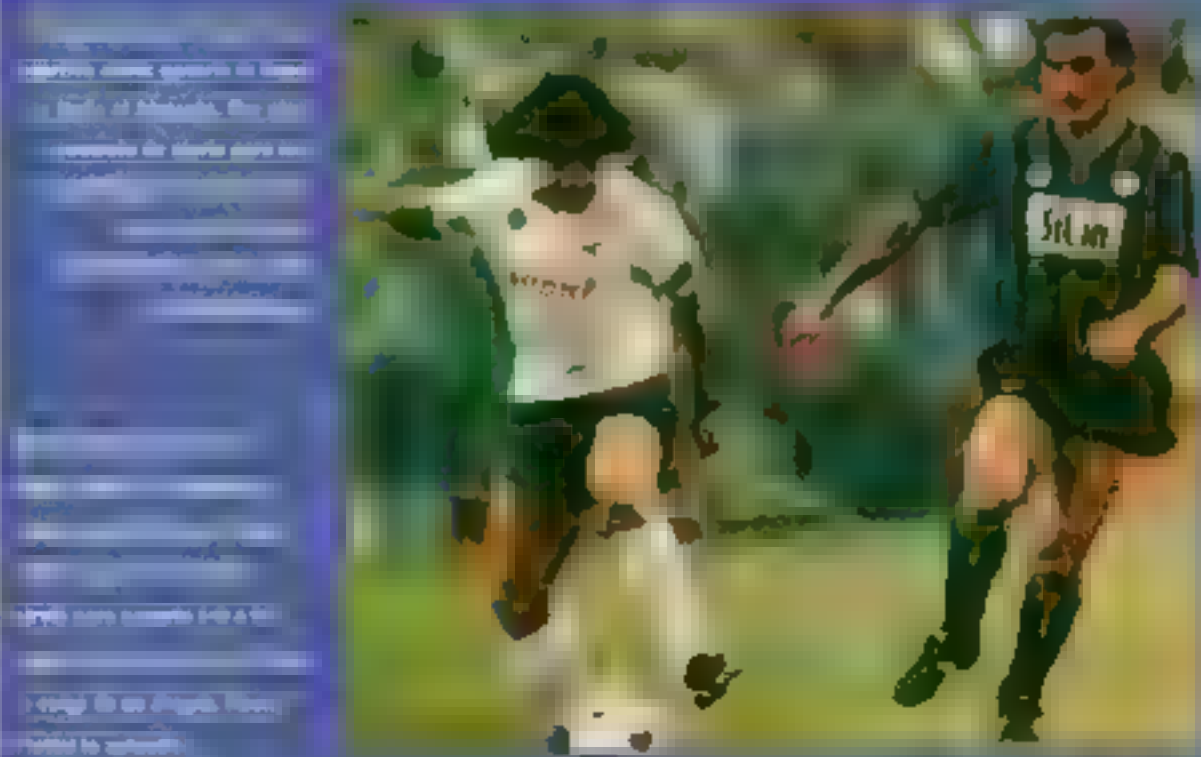
Raza napolitana

Fue una metamorfosis inescapable. Edificada por un arquitecto genial que no renegaba del overol, se arremangaba como cualquier obrero y conservaba los anillos.

Era la bandera del Sur pobre y



El primer gol de Maradona en el Napoli, el 1 de octubre de 1984. El jugador siempre fue el más fuerte para el club. El primer gol de Maradona en el Napoli, el 1 de octubre de 1984. El jugador siempre fue el más fuerte para el club.







postergado, pero se plantaba en la fertilidad del Norte y les mojaba la oreja. Tal cual como lo describió H. Mattino: "Maradona une a Nápoles y la divide del resto de Italia".

Duro, durísimo el primer campeonato. Quedó dicho: una diferencia abismal entre las lucas de Diego y la oscuridad del resto. Pero la cortina de la temporada se bajó con la serenidad del deber cumplido: octavo puesto, afuera del diccionario la palabra descenso, la sensación intransferible de un proceso en marcha.

Una ráfaga. Suficiente para delimitar los presagios. Once goles en los meses iniciales de 1985: una muestra devastadora, impregnada de un preciosismo impropio para el medio. De una belleza que bien eran daban los opulentos del Norte.

El plantel también entró en el cambio. Se alejó Marchesi y se calzó el número 10 el jugador de Silvio Blanchi, un pragmático que enarbolaba un denominador común con Maradona: sed de gloria. Se fueron jugadores de una indudable segunda línea y el grupo se enriqueció con la irrupción de valores de otra categoría: Giordano, Ferrara, Baghi, De Napoli, después Caroca.

En la temporada 1985/86, Napoli y Diego estuvieron más cerca. Por fútbol, por protagonismo, por prepotencia futbolera y por el empeño irrefutable de la matemática: terminaron terceros. Y con varias frutillitas para el postre: triunfo ante la Juve, victorias frente al Inter y al Milan. A Ferlano lo consumía la excitación.

-¿Cómo estamos para el próximo Diego? ¿Qué falta?

-Un poco de suerte. Los que le dicen están asustados. Tienen a Platini, a



Tres grandes protagonistas del team argentino en Italia durante los ochenta: Bertoni, Pastorelli y Maradona. Bertoni jugó con el Spalier en Fiorentina y con Diego en Napoli.

un montón de fenómenos, pero nosotros tenemos miedo. Déjelos que cuenten sus historias, que nosotros juguemos.

que pendían cuando el Napoli y sus ultras desplegaban las alas de su circo candoroso en el norte del país.

"Bienvenidos a Italia" Pavadas. ¿Que pavadas? Gritantes "terrones" algo así como "cabecitas negras".

-Justo a mí me quieren correr con eso. Yo nací cabecita negra, y a mi me quieren correr con eso.

Por eso le gustaba Nápoles, también. Por el tinte marginal, por la sensación de que se ganaban las monedas trabajando duramente, pero con alegría, como los pibes de Fiorio.

Eso lo tenía adentro y se podía. No lo modificaba nada: ni el éxito inminente, ni la chequera borracha de céntimos, ni nada. Diego había adoptado la filosofía de los pibes de Fiorio: se reía de sus humores, en sus furias, en sus pesares.

Días de gloria

No hay rosas sin espinas. Y en la rampa ascendente sufrió lastimaduras leves. Se le acotó la privacidad, formalizó la relación laboral con Jorge Cyterszpiller, sufrió los vaivenes de la Selección, bancó lesiones musculares, defendió posiciones a capa y espada, sumó adeptos, polarizó opiniones, le aparecieron odios.

sagra inmortal. Campeón mundial en México, la coronación unánime como el mejor jugador del planeta, el codo en un puño y la mano abierta para capturar más gloria.

-Soy el hombre más feliz del mundo, presidente. No le puedo exigir más. Dios. Pero la otra noche me animé a pedir un último favor: salir campeón con el Napoli. Y ya sé que me escuchó. Prepárese, presidente, que este año la copa es para mí: o cancelo, ahora o nunca.

-Si vos lo decís, yo pongo las manos en el fuego.

Ahora. Fue ahora, apenas unos días después del nacimiento de su primogénita, Daima Nerea.

Un Maradona excepcional en la conducción, único en la rubrica.

Un pueblo detrás, un equipo edificado como tal, la personalidad fer-

Sus triunfos en el Norte, palés en la noche en Roma, armaduras para la envidia, paso firme e incuestionable por los y pozos, aquel partido decisivo contra la Fiorentina (1-1), el 10 de mayo de 1987: lágrimas, mares de lágrimas, carnaval ciudadano...

Napoli campeón. Por primera vez en su historia de enjundias y reveses, después de sacrificios propios y ambiciones recortadas...

Napoli campeón. Fiesta de pueblo y de camorra, hez de agradecimiento y sollozantes, gloria de conventillo, mansión borbónica, alaridos y desahogos, milagro... Milagro de Maradona, el nuevo santo del golfo. San Diego de Nápoles.

A la epopeya de ese 1987 le faltaba el toque de gracia. La rubrica dorada. El mojon prioritario era el scudetto. Pero también estaba la C.

"¿Justo a mí me quieren correr diciendome cabecita negra? Yo nací cabecita negra, y a mucha honra", se reía Maradona cuando lo insultaban los italianos del Norte.

la de Italia. Segundo torneo en la jerarquía local, pero siempre tentador para un club habituado a las poltronas de 'relaquadía'. Y la cautela gobernó en las batallas del comienzo. Una victoria, otra, el pase de ronda, un optimismo discrecional.

Pero el periodismo desnudó un dato que activó los resortes motivacionales de Diego. Sólo dos equipos representaban la cucaracha de haber conquistado ambos títulos en un mismo año, El Torino (1942/43) y la Juventus (1960/61). Dos exponentes del Norte, nada menos. A Maradona le picó el quistío de la vendetta regional y lo plasmó en cada cada frase desatada como al pasar:

«Sería lindo ganar la Copa de Italia. Parece difícil, pero la explicación tal vez pasa porque los postulantes eran siempre del Norte. Los del Sur no somos de desaprovechar chances. Ni en el fútbol, ni en la vida.

Y fue un andar morrillero, una cadena de victorias que lo catapultó a la final con un rendimiento ideal: diez jugados, diez ganados, 24 goles a favor, 5 en contra. El nuevo a roer era el Atalanta. Un adversario que se debatía en olas contradictorias: finalista en la Copa, pero condenado al descenso en la Liga.

Pero ese Napoli de 1987 no cultivaba la misericordia. En un San Paolo desbordado y desbordante, ganó 3-0 con una demostración de altísima calidad futbolera. Quedaba una sola estación, Bergamo. Una cancha pequeña, una hinchada herida, un bastión de la descarnada era nortea.

Conciliar el sueño fue difícil la noche anterior, en la mansedumbre malicionera del hotel Excelsior San Marco. Batullo callejero, teléfonos aullando en medio de la madrugada, ruidos impropios en los pasillos. Pleoras, obstáculos de malicia...

Y en el alambrado de la cancha hubo que poner más entereza que



Cuando Ferlano se enteró de que el Milan de Berlusconi quería llevarse a Maradona le ofreció un contrato irresistible: un millón y medio de dólares anuales y premios dobles.

fútbol. Querían bajarlos a lo quapo. Y ni cosa pintaba de gris hasta que la zurda aterciopelada apuró un tiro a tere y dejó a Giordano libre para convertir el gol de la victoria.

Cuatro mil napolitanos evitan los proyectiles de los ultras adversarios y alcanzan a verlo a Diego allá arriba, sobre los hombros de sus compañeros, con la camiseta blanca, el brazalete de capitán y la Copa en lo alto, cortando la oscuridad del cielo. Los jugadores se parapetaron en racimo para salir. Los carabinieri apelaron a sus escudos de acrílico y, por fin, apareció la puerta del vestuario. En el umbral estaba Ferlano. Diego le extendió la Copa de inmediato.

-Lo prometido es deuda.

-Gracias, Diego. Gracias por regalarme el año más hermoso de mi vida.

¿Y el año 2003? El idilio perfecto, sin terceros en discordia.

La manzana de la tentación

-Mira, voy directo al grano: quiero a Maradona en el Milan cuando termine su contrato con el Napoli.

Silvio Berlusconi, el magnate de los billetes todopoderosos, le clavó el equívoco sin anestesia a Guillermo Còppola, "el talentoso ministro de Finanzas de Maradona" según la definición de la prensa napolitana. El amigo y nuevo timonel de los destinos maradonianos.

Por los ventanales podía apreciarse la magnificencia de Milano 5, su residencia de las afueras de la ciudad: parque, campo de golf.

-Mejoro la oferta del Napoli. Cueste lo que cueste.

El contrato de Maradona vencía dentro de 18 meses, en junio de 1989. Pero Berlusconi anticipaba la jugada. Ya estaba aburrido de pa-

gar el café en los torneos de Liga.

Aunque dejó correr el rumor. El asunto es que Special, el semanario deportivo orientado por Gianni Mina -un periodista muy amigo de Diego- difundió el encuentro.

El estremecimiento entrascó a Nápoles. Exaltados, los tifosi peregrinaron hasta la casa de Diego para pedir explicaciones cara a cara. De

El presidente Ferlano miró un movimiento macabro del entorno de Diego para precipitar un arreglo. Tejó conjeturas verídicas que le hicieron brotar una desconfianza injustificada. Pero actuó con celeridad. **Después de la reunión** a una cita imprevista y sobre la mesa les pasó un precontrato irresistible, con vigencia hasta junio del 2003: 1.500.000 dólares anuales, premios dobles para los partidos de visitante, un 25% de las ganancias producidas por los amistosos.

Apago el incendio, pero archivo el episodio en un casillero de malicia.

Después de la reunión

Un grito, una tracción

-¿Le parece a mí o Diego está hecho un avión?

-No le parece: está hecho un avión.

Fernando Signorini, el preparador físico personal de Maradona, lo sacó inmediatamente de la duda a

Cuenta razón terna. Después de obtener la gloria de una temporada angelical, el mejor jugador del mundo usó el derecho de admisión y le negó el acceso al aburguesamiento. Los de dormir en los laureles inditos, se autodejó.

Aprovechó un paréntesis en la competencia y se internó en una clínica de Merano para desintoxicarse. Respetó una dieta estricta, adquirió una cultura alimentaria que desconocía, armonizó el metabolismo y se

estacionó en los 70 kilos, unos gramos por encima del peso que tenía cuando desembarcó en el Barcelona.

Signorini hacía brujuloso. Còppola, ni hablar.

-Está en un nivel parecido al del Mundial de México.

-No estás exagerando?

-No, para nada. Lleva una vida más ordenada, administra los esfuerzos por la madurez que le da tanta competencia, lo serenaron los títulos. Está para más.

¿Mas todavía? Claro, más. Napoli se pisó de potencia por derecho propio. Por portación legítima de Maradona. Eran tiempos de la "Formula M-A-G-I-C-A" Maradona, Giordano y Caracci. Una trilogía con licencia para angustiar.

Una pizca. Solo eso faltó en los dos escudillos siguientes. Fueron dos subcampeonatos que supieron a poco acostumbrados como estaban a mimetizarse con la ascendencia.

Pero el 18 de mayo de 1989, dos días después del nacimiento de su segunda, Gianvita Dinorah, el Napoli asentaba su estrella en el cielo internacional. Por primera vez en su historia, por obra y gracia del bendito San Diego de Nápoles, conquistaba la Copa UEFA, ante el Stuttgart (2-1 y 3-3), un título continental que instalaba al club en una cúspide inédita.

Hubo brindis. Copas en alto, burbujas de champán, coros endiosados. Pero un observador avezado hubiera advertido cierta carencia de plenitud, un crash tácito entre Maradona y Ferlano, que se reñonaba a una semana atrás, cuando el Diezmá, envenenado por un único dolor lumbar, faltó al partido con Bologna casi contra su voluntad.

-Ojo, Guiffo, yo quiero lo. No fui con



Lección en el vecindario napolitano, con Maradona como epicentro de la gran fiesta. El 54, tantas veces subterfugado, gritaba su victoria histórica gracias a Diego.



El palacio ultragigante del golfe de Nápoles fue una compañía definitiva para Maradona y su gente durante aquellos años dorados. Bundeche por una vez libre y acariciado por las aguas mediterráneas, el genio trató la lámpara y la cama como un cuerno o una ciudad que no conocía el sabor del triunfo.

el grupo para reposar lo máximo posible, **El grupo**

«No, Feriaino dice que te quedas. Ya canceló tu reserva en el hotel.

Diego intuyó lo que después Feriaino se encargaría de difundir bajo cuerda, desde el andar viperino de los rumores internos: «Ya no es el Diego de antes, está en la cómoda». «¿Cómo puede ser tan burro? ¿Cómo va a quedar de mí después de cin-

co años?»

Maradona también archivó el dardo envenenado. Culpable indirecto, además, de un cuadro insólito. El 18 de junio, cuando Diego abandonó el San Paolo en un partido con el Pisa, parte de la hinchada lo silbó, a él y a su familia. Era un grupo aislado, minúsculo, que había comprado la tela para el discurso de Feriaino.

El contrabataque vendría después del olvidable paso argentino por la Copa América 89, en Goiânia,

El grupo

Marcello y la asunción de Albertino Bigon en reemplazo de Ottavio Bianchi, derrocado tras divergencias con Diego y el resto del plantel.

Maradona decidió, en virtud de las ofensas greúllas, que le asistía el dere-

cho de encontrarse un resuelto entredado **El grupo**

Pero volvió. Como siempre, la frente alta, la voz clara para admirar **El grupo**

La gente le ratificó la idolatría. Sólo los muchachos de la Curva B le insinuaron ciertas incógnitas. «¿Vas a jugar o no, Diego?

Con Feriaino también se reunió. A solas. Cara a cara. En Soccavo y con los teléfonos desconectados.

Vas vos un grande, Diego, pero debes dar el ejemplo. Cometiste un error, tus derechos profesionales son iguales que los del resto. «Puede ser, pero usted dudó de mí. Y eso no se le voy a perdonar.

Después, frente a los periodistas, ambos minimizaron el entuerto. Sobre todo Diego.

«Aclaremos todo. Si el club me quiere aplicar alguna sanción monetaria, la voy a aceptar. A la gente le digo gracias por creerme. Gracias por querermme como siempre. Yo quiero ser el número uno. Y ahora ando con ganas de salir campeón otra vez. Así quiero pagarles tanta gratitud con otro scudetto.

Aplaudora, esa podría ser la palabra. La temporada 1989/90 empezó a los tumbos. Diego con vueltas

La relación entre Diego y el presidente empeora después de la Copa América 89.

cho de finalizarlas cuando creyera conveniente, y no cuando lo dispusiera el cuerpo técnico.

Pasaron 48 días, nada menos. Un tiempo plagado de discusiones y amenazas por vía de terceros, con enviados especiales cruzando el Atlántico sin conseguir una mísera declaración de un Maradona que só-

«Claro que voy a jugar, salvo que ustedes no me quieran más.

De boca de los compañeros no pasó un solo reproche. Y el técnico Bigon le cayó bien desde el primer saludo en el campo de Soccavo.

«Bienvenido, Diego. A mí no tiene que darme ninguna explicación. Haga de cuenta de que empieza hoy.

menos, técnico nuevo, sistemas ácticos en proceso de gestación y un Milan avasallante majestuoso, aquel de Van Basten, Gullit, Baresi.

Peto Maradona ignora la motivación encendida. Sus nenas, la buena onda del entrenador, el feeling con Careca y Alemão, la emoción que le provocaba el entrega de Ferrara y los resacas del orgullo, conformaron una anahoria muy tentadora para su alma de conejo. Y descontó las vueltas que le llevaban a su modo. Entramándose a la medianoche, después de jugar en Lisboa, exprimiéndose en el gimnasio.

Se puso a punto. Y fue como si un día hubiera dicho: "Bueno, basta, ahora empleo a jugar yo". Y la descostó. El Milan era muy poderoso claro. De hecho había puntuado la mayoría de esas 33 fechas en las que el Napoli sólo exhibió el ropaje de perder en seis. Y lo había vapuleado por 3-0 en el choque entre ambos, el 11 de febrero. Pero en la recta final, con Diego iluminado, el Napoli encarnó esa palabra aplazadora.

Diez mil napolitanos lo testificaron en Bolonia, con un Maradona su primo. Fue un 4-2 a ritmo de sintonía, mientras las radios acercaban el la música dulzona. Milan tropieza con el Verona, Napoli quedaba dos puntos arriba y la semana próxima recibía a una versión devaluada de la Lazio. Con un punto aseguraría el segundo scudetto desde la canonización de San Diego de Nápoles.

Domingo 29 de abril. Primer ingreso maradoniano: las tres familias mafiosas que se disputan forcella, el barrio pesado, pactan una tregua para plegarse a la celebración.

El San Paolo estaba: 85.000 af-



Un auténtico Diego de Nápoles. La pelota domesticada y la estampa impecable.

may. Los vendedores se llenan los bolsillos vendiendo frasquitos con supuestas lagrimas de Berlusconi. A Berlusconi lo están "vetando". A Berlusconi, por supuesto. Los tifosi pagan, hacen como que sufren y lloran de risa por las supuestas lagrimas de Berlusconi. "Pax, morte fue, vita mia".

Las bengalas y el humo colorado decoran la delicia del volcán con forma de estadio y la muchedumbre canta su canción predilecta: "Ho visto Maradona innamorato sì".

El partido es un trámite liquidado con devastadora sencillez, un cabezazo de Baroni, a los 7 minutos, cierra la diferencia, y la zureta de Ma-

radona se encarga del resto.

Después de la vuelta no parecía el jugador inmenso que acababa de anotarse otro ponzo en la gloria. Luchaba tranquilo, sereno, pisando con placidez sobre los cinco centímetros de agua que fabricaban todo el vestuario, que era un carnaval motorizado por Alemão y Ferrara.

«¿Qué más se le podía pedir a ese pequeño gigante, si ya lo había hecho todo? O casi todo, porque el sábado 7 de septiembre, después de la conmoción provocada en Italia por la eliminación de la selección azurra en el Mundial 90 por las travесuras de los Maradona Boys, se despachó con la última ofrenda. En el San Paolo, el

Napoli ganó la Supercopa de Italia apabullando a la Juventus por 4-0. Aquella Juve de Baggió, Hasi, Schuster. Un Diego magistral en el centro de los cinco tantos, despertó sus raspos, levantó otra copa.

Triste, solitario y final

La Supercopa fue el último capítulo de amor. De allí en más, sus días napolitanos serían insostenibles. Hesitas del contacto con Ferrara, más habían cicatrizado.

Desde el entorno del presidente le tiraron con munición gruesa. Destrozaron sus amistades, potenciaron conjeturas insidiosas de la próxima querrela divorciaria del senilísimo de la gente. Y Diego bajó la guardia. Italia lo odiaba después del mal desempeño del Mundial, ya dudaban algunos napolitanos. Tenía poco que hacer en Nápoles. Y se terminó de convencer cuando saltó un sospechoso doping y el control del partido con el Bari, el 10 de marzo. Denunció un complot. Al tiempo se encargaba de certificar. Pero no querieron oírlo. Le bajaron el nivel a una suspensión de 15 meses, lo obligaron a decidirse.

El 1º de abril de 1991, a medianoche, un locutor de la RA reveló el flash informativo: "Maradona está en Fiumicino, listo para embarcarse hacia Buenos Aires. Deja Italia definitivamente".

El 1º de abril es un día equivoco en Italia, algo así como el Día de los inocentes. La mayoría pensó que se trataba de otra bromita pesada. Pero no era chiste... ■

Cuando el Napoli ganó el segundo scudetto en los alrededores del estadio San Paolo se vendieron frascos con "lagrimas" de Berlusconi a sesenta dolares cada uno.

LA GLORIA



Una mano lleva la Copa, la otra parece tocar el cielo. Maradona y la vuelta en el Azteca. Argentina campeón mundial.

Diego le pareció raro. Estaba trotando solo, al tranquilo, con la vista perdida en la espesura de los bosques de Ezeiza, cuando Bilsardo empujó hacia él cortando camino por el interior de la cancha, medio apurado.

A Diego le pareció raro. Si tenía que decirle algo, podría haberle gritado de lejos. O quedarse piola en su lugar hasta que él pasara inescrutablemente a su lado.

A Diego le pareció raro. Pero bueno, todavía no lo tenía muy registrado al Nariqón, del que tanto había escuchado hablar durante los últimos tiempos. Comenzaba el proceso, se venían las Eliminatorias y a él no le sobraban ganas para andar analizando. Gracias que le peleaba duro a las secuelas de la hepatitis...
-Diego, vení, acercate que te quiero hacer una pregunta... ¿Sabés quién va a ser el capitán de la Selección?
-No, qué se yo... Pessarella no estaría mal, sería justo...
-Sí, sí, pero no... Yo quiero que el capitán seas vos. Quiero que seas el due-

Aceptó, claro. Y le puso el pecho a todos los dardos, envenenados o asepticos, fueran para él o para otro.

Desde aquel día, cultivó un sumtoso sentimiento corporativista. Si ésa era su Selección, debían dolerle cada llaga, la mínima estocada, la mínima indiferencia. Porque para eso sería el símbolo de esa etapa.

Pedidos en el camino

El tránsito hacia México fue muy sinuoso. Un partido bien, otro mal, la mayoría regular. Un proceso eliminatorio doloroso como los brusqueos de impunes del peruano Luis Reyna en Lima, como el triunfo angustiante y apretado frente a los venezolanos, como la clasificación abrochada en el minuto 81 del partido decisivo con Perú en el Monumental, tras aquella corajuda mítica de Pessarella, que empujó sobre la línea al Flaco Garca, que empujamos todos.

Se abrazó fuerte con el Nariqón Bilsardo aquel 30 de junio de 1985, frío y gris. Como si se abrazara con su padre.

-¡Basta, carajo! Ahora va a ser distinta. Carita. Ahora vamos a estar más tranquilos...

-No, Diego, que tranquilos... Nos van a seguir matando, ya ves a vos. Pero no importa, ya estoy acostumbrado. Yo nací para sufrir...

Dicho y hecho. La clasificación no sedó las críticas. Tampoco limó las asperezas de la desconfianza general. Bilsardo permanecía en el epicentro del conflicto. Se le reclamaba el escaso veto futbolístico del equipo y la impermeabilidad para convocar a jugadores que rendían satisfactoriamente en Europa, pero que en la Selección no tenían chupar el Petado Díaz, Márcico, Flaco... El Nariqón entregaba una sola respuesta.

-El grupo sabe por qué.

-Pero Carita, la gente también quiere conocer lo que usted pien...

-El grupo sabe por qué.

Diego también estaba fastidiado, intuye que algunos de sus compañeros predilectos, como Barbas y Garca, podían quedarse al margen de la lista definitiva.

-Los va a acostar, Claudio. Y eso me revierda. Dieron mucha para que nos clasificáramos. Y merecen ir al Mundial más que nadie, más que yo.

En Nápoles también le pusieron fichas a su calentura. Primero, por las quejas de los dirigentes por una frase que le pronunció a un enviado de El Gráfico.

-Se enoje quien se enoje, en este momento me importa más el Mundial de México que el Napoli.

Y esa misma semana, casi se agacha a pñes con su compañero Eraldo Pecci. Muy suelto de cuerpo, ante la inminencia de un viaje de Diego para jugar unos amistosos con la Selección, el italiano le metió la frase matadora con un tonillo medio zumbón, que le hizo explotar el fúgido de un solo golpe.

-Decime una cosa, Diego ¿no tienen miedo de pasar vergüenza con los franceses?

-¿Qué vergüenza ni vergüenza. Viejo? Platini y Tigana son unos leñomencos, pero no le tenemos miedo a nadie. No te confundas, ¿eh?

Desde algunos sectores del gobierno pretendieron echar a Carlos Bilsardo antes del Mundial. Pero Diego se puso inmediatamente de su lado. "Si se va usted, me voy yo".

fio de la Selección. ¿Qué te parece?

La propuesta lo conmovió. No esperaba ese gesto. De veras que no lo esperaba. Un aval tan drástico que, en cierto modo, circulaba a contramano de la lógica. Porque a Pessarella le sobraban méritos para mantener la cinta: personalidad, experiencia, categoría internacional, un título del mundo...

Una frase se le enredó en los rulos y le dio mil vueltas por la cabeza, como un eco eterno, interminable: "Quiero que seas el dueño de la Selección... Quiero que seas el dueño de la Selección..."



Una postal histórica de la carrera de Diego. La irreverente marcación del peruano Luis Reyna en el partido eliminatorio disputado en el estadio Nacional de Lima.

Andaba cruzado, el Diego. Con esa cara de melo que siempre le dibujaba la barba, esta vez florecida para darle un gusto a su hermana Lili, que quería verlo así "porque te hace más macho, más lindo..."

Algo de razón tenía Pecci. Francia ganó 2-0. Después vinieron los triunfos por 2-1 ante el Napoli y por 1-0 sobre el Grasshoppers suizo, en Zurich. Rendimiento de menor a mayor: ráfagas de fútbol, críticas y otra frase de Diego: "Estamos solos, somos una Selección perseguida".

Premonitorio, verdaderamente. Porque unos días después...



El comptol

-Me quieren voltear

-Pará, Carlos, dejate de joder. Si faltan dos meses para el Mundial...

-Te digo que sí, Pacha. Me quieren

Bilardo era la metáfora de un trapo de piso. Por más que quisiera, Carlos Pachame, su ayudante, no podía exprimirle la angustia. Al Narigón le habían pasado el dato. Y era poca cosa, nomás. El domingo anterior, en una reunión informal, opinando cómo lo haría un huncha común, Raúl Alfonsín descorraló su parecer:

-A mí no me gusta nada cómo juega

El presidente de la Nación tenía dos interlocutores: el secretario de Deportes, Rodolfo O'Reilly y el subsecretario, Osvaldo Otero. Tres días después, O'Reilly lucía más aflonista que Alfonsín en un reportaje del matutino Tiempo Argentino, proclividad de un empresario vinculado al partido gobernante.

-Para mí, la Selección no anda para atrás ni para adelante. No me gusta nada cómo juega. Creo que tiene muy buenos jugadores, pero hasta ahora no ha demostrado ser un equipo en todo el sentido de la palabra.

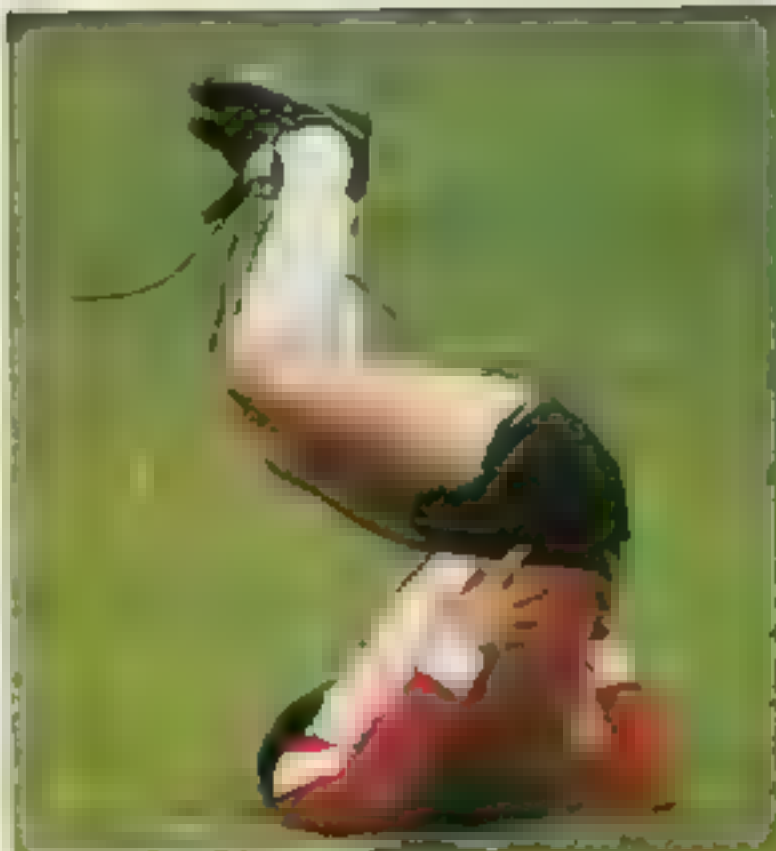
¿Usted tiene atribuciones para hacer un cambio de técnico?

-Yo no tengo jurisdicción ni competencia sobre el tema de la Selección. Sólo es mi opinión.

Menos mal... Ese mismo día, O'Reilly y Otero discaron el número de Julio Grondona, que estaba en una reunión de la FIFA en Zurich.

-Julio, ¿usted cómo ve un posible reemplazo de Bilardo? Porque los co...

El presidente de la AFA no los dejó terminar.



Maradona estaba hecho un violín en México 86. Se controló como nunca. Llevó un afilado res que cortó desastrosos, capaz de desarticular a la mejor defensa.

Desde el punto de vista, Bilardo sigue hasta el final, pese a lo que pasa.

En la Selección, Maradona se controló como para llevar el Vesubio. No le entraba en la cabeza que los gobernantes de turno condimentaran el juego con elementos que pesaran fuerte tipo que eran sapos de otro pozo. Y no pudo en Sanmar...

En la Selección, Maradona se controló como para llevar el Vesubio. No le entraba en la cabeza que los gobernantes de turno condimentaran el juego con elementos que pesaran fuerte tipo que eran sapos de otro pozo. Y no pudo en Sanmar...

El viernes 11 de abril, con línea abierta a Zurich, hubo una reunión cumbre en la AFA. Pastor Magdalena, Eduardo Duca, Julián Pascual, Jorge Propato y Humberto Carletti, en diálogo con Grondona, acordaron la supervivencia del proyecto. Le ratificaron la confianza a un Bilardo que diagramaba la gira previa con to...

dos los recaudos posibles.

-Nos vamos y no volvemos. Pacha. Hacemos Oslo, Tel Aviv y derecho a México. A ver si volvemos y nos cortan el chorro...

El virus colectivo

-Muchachos, en la valija ponen un traje y una sábana. El traje lo usamos cuando bajemos del avión con la Copa del Mundo.

-¿Y la sábana?

-Por si paramos y tenemos que irnos a vivir a Arabia, porque acá no vamos a poder vivir más.

Al mal tiempo, buena cara. O la cara que se tenga. Esa parecía ser la filosofía de Bilardo antes de la partida definitiva.

Diego se unió al grupo en Oslo. Lo saludó con un beso y se quedó empujando, como para que a ningún...

fotógrafo se le escapara esa foto. La foto símbolo de su respaldo incondicional. Quería que todos supieran que lo bancaba a muerte, dijeran lo que dijeran y dijera quién lo dijera.

Mejor acordarse poco del partido con Noruega: 0-1, gotitas de fútbol, días de imprecisión, océanos de confusión. Maradona hizo un "toco y me voy". En realidad, lo suyo fue un rally propio de un extraterrestre. Veamos la hoja de ruta.

Domingo, partido contra el Ave Fino por la liga italiana. Lunes, partido a beneficio de UNICEF. Martes, viaje de Nápoles a Oslo. Miércoles, partido con Noruega. Jueves, partido homenaje a Osvaldo Ardiles en Londres. Viernes, viaje hasta Tel Aviv. Domingo, actuación decisiva en Argentina 7-Israel 2. Cinco partidos en ocho días. Quedaba claro: para Diego, cualquier sacrificio valía la pena por la Selección.

No fueron días fáciles para el grupo. Dicen que la distancia es el olvido, pero aquellos muchachos no estaban para escuchar boleros. Cada llamada a Buenos Aires, cada contacto con los familiares aceleraba los latidos, estrujaba el corazón.

-¿Qué dicen allá? ¿Siguen con la idea de dejar a Bilardo o se calmaron?

Esa es una preocupación inevitable: un virus colectivo.

Maradona estaba más tranquilo. Advirtió una punta, una señal. Y se lo contó a Guillermo Coppola, comandando por la olivas de Tel Aviv.

-No me parece que la cosa esté tan fuera. Te digo más, Gullie, así como estamos, podemos pelear el tercer puesto. Y si trabajamos duro en México, me animo a todo. Yo le tengo una lechuga a ese met...

Antes de salir B...

venimos con el C...

El juramento

«Yo voy con Pedrito?

Si, cred que si...

El lunes 5 de mayo, la delegación se instaló en el complejo deportivo del club América. Cuatro hectáreas y 1.300 metros de construcción, a cuarenta minutos del centro del Distrito Federal y apenas a cinco del majestuoso estadio Azteca, sede de la final.

A Diego le tocó compartir la habitación 6 con "PPP" Pedro Pablo Pascutti. Linda, sencilla sin lujos innecesarios, paredes sin revoque y pintadas de blanco, veladores de armico, camas sin respaldo, colchas naranjas, baños austeros pero bien acondicionados. Aunque eso se veían después, claro. Porque al llegar se durmieron como angelitos. Y al día siguiente, sorpresa. Dijo Biliardo: «Hay tienen franco, arrancamos mañana. En serio, no se rían... ¿Qué se piensan? Yo también soy franco».

Pero a los muchachos se les ilberó el instinto. A la tardacita, después del café con leche y las tostadas de la merienda, fueron hasta la cancha de entrenamiento y se mandaron un picado infernal, a muerte, como una final del mundo.

¿Biliardo? Encantado. Sonrió al estilo Gioconda, como cuando era pibe y los poncos del barrio le batían "Sónrisa", un apodo que patinó en el olvido. Era el espíritu que quena para galvanizar el grupo.

Demolidor el arranque de los enfrentamientos, ¿eh? Con razón el Maripon había dado un día de franco. «Profe, estoy fusillado. Se me cierró el pecho, me ahoga».

Vos seguí que vo te paro un minuto antes de que te mueras. Confía en mí, Diego, que la altura todavía no le quedó a nadie.

¿Quién no iba a confiar en el profe Ricardo Echevarría? Un pan de Dios. Un padre. Cucluffo no podía



Acaba de la concentración del Biliardo, un clásico para fortalecer la convivencia grupal y debilitar el estómago.



Empresarios del complejo y algunos vecinos piquetean cuando entran a Diego y la pandilla durante los primeros días.



Además de los entrenos, la espera de los días previos estuvo matizada por viajes especiales. Por ejemplo, Marichón.



La altura del Distrito Federal fue motivo de cólera. El doctor Raúl Madrigal les controlaba en medio de los entrenamientos.

"En Barranquilla senti que estamos muy bien, demasado bien. Senti que podemos ser campeones de mundo", le dijo D'Amico a Guillermo Coppola antes del debut con Corea.

crear la impresión de su cariño.

-Nunca vi nada igual, Diego. Yo tengo 25 años, ya soy un adulto grande, y el tipo me despierta con un beso en la frente como si fuera su hijo...

El hermetismo de la concentración bien valía el bautismo de la vida, como le puso Marcelo Trebbiani. En esa turbuja rodeada de amor fermentó la mística, la religión grupal. El estigma mosquetero que sería fundamental para escribir la historia con la menor caligrafía.

Hablaron, rechararon mucho. Peleó una reunión Diego, otra Passarella, alguna Valdano. Y se decían todo y de todo. De frente, sin chicanas, con esa fealdad descubierta el día que se sintieron una cascara de hueso zurrando en la incredulidad.

Muchas fueron importantes, ninguna como la del hotel La Fontana en el calor pegajoso de Barranquilla el día anterior a empatar D-Q ante el Junior un partido con sensación térmica de 7-Q. Ésos solos, los veintidós. Nadie más. Ni el profe Echeverría, ni Billardo, ni Pacharne ni Galindez. Sólo ellos. Dos horas en las que Diego capitaneó el juramento.

—Ahora nos tenemos que olvidar de todo: de nuestros clubes, de la familia, de la quita, de los problemas... Tenemos que pensar solamente en nosotros. No importa quién es titular o quién es suplente. Hay que tirar del carro, hacerse carne y uña, romperse el alma para ayudar al compañero. Muchos esperan que perdemos para terminar de despedazarnos. Y no les tenemos que dar el gusto...

A Blando sólo le Hamarlin para hacerle una sugerencia, cuando la charla estaba en la recta final.

-Mira, Carlos, nosotros no queremos
perder otra amistad. Preferimos volver

a México y tenemos entrenamiento en la altura. No vale la pena arriesgarnos acá, en el Barro. Todas nos juegan a muerte y es muy peligroso. A ver si testiman a uno y se quede tan Muñidal. Sería un querrón. Mejor nos quedamos en la concentración.

El viernes 16 el grupo volvió a La Isla para el ensayo definitivo. Y Diego, como en aquella caminata por las arenas de Tin Ariv, se confesó con Coppola, ahora sobre el cesar de una de las cachichas del comensal.

-Cita acordada cuando se este ausente

Journal of Management Inquiry 20(4)

51. *clown*

-Buena, en Barroeta de San Juan

1000

machado bien. Sería que pudieran ser campeones del mundo...

La isla de la fantasía

NOTES ON CONTRIBUTORS

ba una onda contagiosa. A la hora de
 trabajar, la rutina era inoleable:
 práctica al mediodía, almuerzo a las
 dos, fiesta obligatoria y otro entre-
 namiento a las cinco. Pero los bromes
 eran el envoltorio de la rutina.
 Nadie se lo perdía, bruto solo. Co-
 mo esas flores silvestres que terri-
 nan destornillando por su belleza.

Sólo dos personas ajenas a la delegación permanecían en el campamento: ambas vinculadas a Diego Fernando Signorini, su preparador físico personal y Salvatore Carmindo, el masajista enviado por el Napoli para afilar los músculos del Diez antes y después de cada práctica.

Pero había una legión de visitantes permanentes, con licencia para alegar que fortalecían la convivencia. El Zorro copes un colaborador inestimable de la causa: don Diego, su consuegro Coco Vilafra, Daniel Romeo, Jorge Blando, Hugo Paletti, el padre de Pasquella y un personaje cortado con la tijera de lo irrepeti-

El compañero de billar en Es
tadenses, el Cabezón estaba radica-
do en México, al frente del restauran-
te El Viejo, reducto obligado de la le-
gión argentina y, a la vez, proveedor
de los alimentos que Julio Orsiva co-

El sueño grande son era de que:
No. Pero se nutria de simplicidad, de
episodios que recolectaban cartaja:

-Chg. d'ac. les. m'ob'ron?

San Diego, va estab

Johnnie De Lorenzo alias Galin.

de, compartía una habitación cuádruple con Fernando Signorini, Salvatore Carmelo y Roberto Mariani, uno de los colaboradores de Bliardo. Como decía Diego, "duermen tan apretados que sueñan lo mismo".

El pobre Galindez terminaba su jornada a las dos de la mañana. Llegaba masapeba a todo el plantel antes de dormir. Después se duchaba y de iba caer sus huesos en un catre.

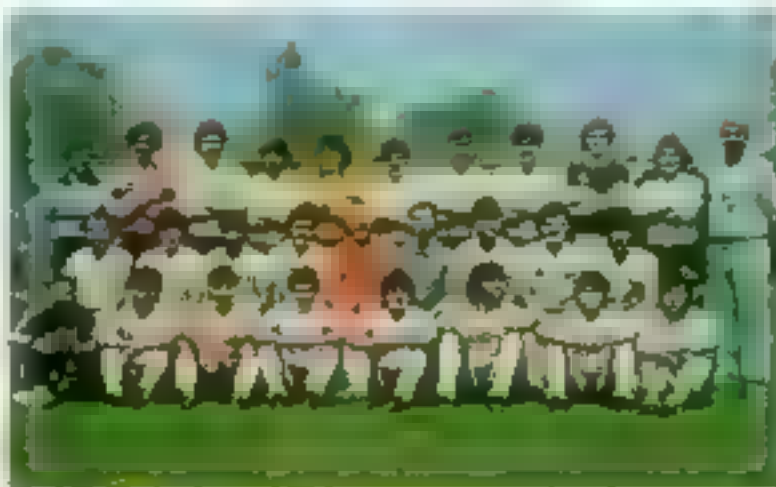
Cuero que una noche... los muchachos se alojaron los tornillos y lo esperaron desde la ventana. Gallin-
der salió del baño, apagó el ventilador y... E... estando conmovió a toda la
concentración.

-¡Apéteme que nos maten! gritó el Checho Batista, y todos corrieron como carrer los pibes después de tocarle el timbre al vecino más cercano. ¡Que los iba a matar Galindez! Lleno la carreada, tiró la carne en el piso y se acostó.

Y pasaron más cosas, muchas más. Todas lindas, fuertes, intensas. El Negro Enrique jugando a asustar con una careta - "Díjale de emborimar, Negro, que vos nos asustás más a cara lavada" - el festival del corte de pelo a cargo de Javier Leiva, un coiffeur atípico de Zelada, la lectura colectiva de la carta enviada por Miguel Ángel Russo, una que se quedó afuera, pero se sentía adentro, la boia de nieve de los cabales...

¿Salidas? Pocas antes del debut. Apenas dos. La primera, a una tienda de ropa llamada Sanborns. ¿Maradons? Ausente con aviso. «Me duele un poquito la rodilla derecha, Carlos. Y tengo miedo que la gente se me tire encima y me la joda más todavía. Prefiero quedarme

Sabías palabras, el paseo fue un descontrol. Apretujamientos a gra:



El planeta completo. Una foto que se tomó antes de la computación, cuando eran muy pocas las que crean: los 22 jugadores y el cuerpo técnico. Ninguno más.

na
Sei
an
do
tar
u.
oqi
ter.
de
nu
s e
lin
do
a a
vita
gon
de
es
lin
o in
tues
ses.
stai
ono
muy
ar e
un
ura
Mi
edo
bo
de
una
ms.
pre-
ben-
más
e un
gra-



nel, mucha pasión por conseguir un autógrafo de los argentinos.

Y la segunda salida, a la casa de Jimmy Goldsmith, un polaco tan enorme como los insuperables nadadores que fumaba, amigo inseparable del Cabezón Cremasco y fan de la Argentina, que invitó a su residencia para celebrar su cumpleaños como si fuera el de un pibe de ocho años. Coca-Cola, sandwiches de jamon y queso, galletas, globos, serpentina, masas y velitas.

Se armaba la fiesta, nomás...

El debut de Diego

«¿Sabés por qué me gusta esta foto? Porque en 1975 cuando fuimos al Torneo Esperanzas de Toulon, con el Flaco Menotti, me hice una igual con un sombrero mexicano y támbos campeones. Por ahí, quien te dice que se repite la historia.

A ver... Decían Passarella y Maradona que estaban peleados, que no se podían ni ver... Pero antes del debut, El Gráfico los convocó para una foto metafórica, con sombreros típicos, y no hubo drama. Se prestaron lo más panchos, dijeron sí y hasta eligieron los colores.

«Ya voy con el mostaza, Daniel. Vos ponete el bordó. Éste me gusta porque es más parecido a los colores de Boca, ese tiene algo de River...

La historia era vieja, rancia para algunos. Bilardo había destituido a Daniel de la capitania histórica, acoroso por ser bandera indisoluble de la etapa menottiana. Quería el divorcio de los ocho años anteriores y ése era un buen modo. Diego lo heredó y lo defendió con la espada indestructible del orgullo. Y en ese juego de ambiciones entendiébles se forjaron los

resquemores, las miradas sin brillo, el respeto sin ceder.

En el fondo, Diego lo estimaba, le tenía cariño. Pasaba porque dar fe. Se lo dijo una noche antes de apagar el celular.

«La verdad que Daniel es un fenómeno. El mundo admira y se entiene con las ganas de un pibe. No perdió el hombre de gloria. ¿Sabés lo que vale eso?

Pero había un distanciamiento. Bilardo, el entrenador, tenía en la concentración. Para con-

tra para siempre el organigrama fue la nueva orden. Pero eso derivó en una guerra.

Daniel perdía lutos. Maradona sufría por él. Pasaba por la habitación, le jugaba un partido al tute para distraerlo.

«Vamos, fiera, ponete bien que te necesito...

Pero no hubo caso. El debut con Corea del Sur era inminente. También la desesperación. Hasta que Daniel se reunió con Bilardo, el mismo día 2 de junio.



El equipo de la primera mundial los comandante día a día. Y Diego los alienta así, del otro lado del alambrado, para evitar algún apretujamiento inconveniente.

ma, Daniel cayó en desgracia.

El jueves 22 de mayo amaneció con una severa enterocolitis. Tan intensa que ni siquiera pudo entrenar. Reposo, dieta y un medicamento.

Objetivo cumplido, aunque el resaca. Bilardo quería eliminar supuestos residuos, re- el medicamento le provocó una sensación de repulsión hacia la comida.

«Hay que darle leche de magra

fue sincero, real con el grupo, como habían quedado en aquellos conclaves secretos.

«Estoy muerto, no puedo levantar las piernas, Carlos. Mejor que juegue otro, porque no quiero fallarle a nadie.

Faltaba poco para la charla técnica. Diez, quince minutos, no más. Y justo Bilardo se cruzó con el Tata Brown, que se había enfrenado a conciencia, pese a que ni siquiera era titular en su club, Deportivo Español.

«Brown, jugás vos.

Sin más. Directo al grano. Y al rato le habló Passarella. Dolido, pero con ganas de sumar.

«Jugá tranquilo, Tata. Cuando toquen los himnos no vas a escuchar nada, sólo los clics de las cámaras fotográficas. Y jugá bien la primera pelota, apoyala...

Ya estaban caminando a la cancha, rumbo a la hora señalada.

A paso redoblado

«¿Cómo pagan los coreanos? ¿Juegan?

Inútil. El español Sánchez Armijo no le llevaba el apunte a Diego. Ni bola que le daba.

«Pero será posible? Parecen hijos de Gentile...

Ojalá. En el Mundial B2, el italiano se le colgó de mochila durante todo el partido y le pegó alguna murra que otra. Pero los coreanos... Once patadas aéreas, incluyendo la que le provocó un corte en la rodilla izquierda. Una colección de movimientos para que se entretuvieran las manos ecstasias de Salvatore Carnuccio. Pero el final marcó el desahogo de un 3-1 cuarto, menacido, salpimentado con los primeros gramos de magia. Un gol del Cabezón Ruggeri, dos de Valdano y el arranque de la ilusión.

A la noche se inauguró otra cámbala cena multitudinaria en el restaurante del Cabezón Cremasco. El Zurdo López tarareó algunos tangos, Galindez contracturó abdominales de la risa con sus imitaciones impresionables, se arremaron unos machos y le dieron cuerda al infatigable «Cielito lindo».

Cerca del final, primer bailito y entre pocos, después más fuerte y entre varios, y al final todos y a grillado, atronó un himno...

Cuando Passarella estaba descompuesto Maradona sufría por el Pasaba por la habitación le jugaba alguna partida al tute y le daba ánimo. «Da e fiero, que te necesitamos»



El golazo a Italia, seguido recién en la carrera hacia el título. Una definición sencilla que no pudieron impedir ni el cierre de Scirea ni las manos necesarias de Galli.



El partido con Bulgaria fue sencillo. Argentina impuso una gran diferencia de jerarquía colectiva e individual. Lo resumió con la categoría de los grandes.

Orsuary fue diferente. Un partido clave, complicado, que se abrió con un gol de Pedro Pasculli y que tuvo un final cargado de sufrimiento por obra de Rubén Paz.

-¡Que vamos a salir campeones... ¡Qué vamos a salir campeones...

Italia en Puebla, la segunda ita. Un comienzo decepcionante: maneja de Jorge Burruchaga, penal tuvo protestado por Diego al holandés Jan Heizer. "Tomatela, referi balón" gol de Altobelli a los 7 minutos. Cuesta arriba, un mensaje de Diego para Burru.

-Vamos a manejar un poco la pelota. Pero tranquil, no nos volvamos locos.

Empezaron bien, bien y Argentina impuso el ritmo, forzó las situaciones. Solo faltaba el gol y llegó a los 33. Con una sutileza de Diego para ridiculizar al "puco de Scirea". Era el definitivo: avara en reacción con la voracidad espuesca por Argentina suficiente para habilitar otra cena en lo del Cebadón así donde Diego se ayudó revelando la trastienda del gol.

-Cuando venía la pelota en el aire pensé que Scirea se iba cortar de una, pero quedó un poco. Quiso anticiparme o cerrarme el ángulo con el cuerpo. Pero para eso tuvo que girar. Y en ese segundo yo no sólo le pegué sino que salí festejando... No sé qué le pasó, pero mejor para nosotros.

La clasificación estaba a una caricia. Pero la salud de Passarella cayó por un barranco. El miércoles 4 horas antes de viajar a Puebla y con los peñalitos indómitos en pleno festín Madero decidió internarse en el hospital Mennénd. Dos gastroenterólogos lo examinaron durante cuatro horas. Bilarzo, preocupado, lo palmotaba desde el teléfono. Y Diego estaba a su lado, pendiente de todo.

-EY, Carlos? ¿Qué dice?

-Le ausieron suero intravenoso, está

recuperando peso.

En realidad, preocupada más su salud que la caleridad con la que debería incorporarse al equipo.

Lo de Brown había sido magnífico en esos dos partidos iniciales. Y ningún determinación personal: Diego era una máquina de engarzar, incluso delante de Buardo.

-Un monstruo, el Tata. Anda hecho un violón porque siempre se entrenó para jugar. No pincha para titular, pero igual le da, como hacen los profesionales.

Pero también lo sacudó de lo lindo con las bromas, también delante de toda la zanda.

-Déjate de joder, Tata. ¿Como te vas a hacer ese corte de pelo? ¿A quien quieres conquistar? Te lo quieres dar de pendeo y pronto vas a ser abuelo.

"¡¡¡¡¡¡¡"

Grito por el puñalada del dentista. Doce minutos cuarto del medio.

Domingo 8 de junio, picado informal. Un cuerpo herido, con los músculos vapuleados. Había una pesola como tantas, sin riesgo aparente y se desploma del burchazo. El gemelo y querido de Passarella dijo basta, el diagnóstico era adivnable: desgarró. Madero y su padre llegan antes que nadie y se remolcan hasta la enfermería. Serán los únicos testigos de un tanto acerante y desalmado. El tanto de adict.

El grupo lo sintió pero absorbió el golpe con esa madurez que ya los sorprende hasta a ellos mismos, y contra Buzana ocurrió un episodio peculiar: casi gracioso con Diego como protagonista estelar.

Estaban en el túnel del estadio Olímpico de México esperando la orden de los organizadores para salir. El Pelusa quedó al lado de Brown y desempeñó la suficiencia: algo así como en el

-Ya está, Tata. Ganamos.

-¿Como que ganamos, Diego? Si todavía no cocamos la pelota.

-Pero miralos, Tata. Con lo que hacemos recién se c... todos.

¿Que habían hecho? Un poco de teatro, cierto ejercicio místico. Ya en el túnel se hablaron a los gritos, se dieron fuerzas, se golpearon los pechos y los brazos, algunos -por ejemplo Maradona- se treparon a caballo de Brown, empujando sonidos que suales más apropiados para un animal que para un ser humano. En fin, una pantomima de balvástico que parecía aplacar a los bulgaros.

A juzgar por lo que sucedió después, algo hubo. Porque la Selección ganó 2-0 (aca sin despenarse con un gol de Burruchaga, otro de Valda) y una sensación de superioridad pocas veces vista. Aseguró la clasificación para los octavos de final, le agregó más ladrillos a la pared de la confianza y se ganó otro vale para cenar en lo de Cremasco.

Los cabales ya se contaban por cientos, individuales, grupales, por duos, con participación de periodistas, pacientes o amigos. Cada día se sumaba una nueva.

La del Perisur cobró importancia. Tenían que dar una vuelta por el centro de compras pero, media hora antes del regreso a la concentración, uno o dos del plantel dedican comer salchichas en el mismo boliche y someterse mansamente a la foto gráfia que los dueños les solicitaban. Nada tortuoso, si no fuera porque antes del flash había que colocarse un gorro que bien se podría definir como ridículo. Diego aprovechaba para equijonearlo a Madero.

-EY, tonto? ¿No era que teníamos que cuidarnos en las comidas? Esas salchichas parecen palos de amate.



Un testimonio fotográfico irrefutable de la famosa "masa de Dios". La cámara captó lo que el ojo humano no pudo advertir. Una picaresca típica del portero.





La rúbrica del gol más extraordinario
del fútbol mundial. El toque final de
Maradona, luego de una carrera de
sesenta metros dejando ríos de
sangre, im-pe-sa-na-bé.





«Sí, pero mirá si no las comemos y perdemos. Desá, que una no le hace mal a nadie».

Otra es de Ripley. Andaban caminando por la galería y a Maradona se le ocurrió una maldad.

«¿Sabes qué voy a hacer? Pienso se-

ve y se calienta como loco».

Paró, Diego, que se va a desquitar con los videos.

«No, che, es una joda».

Diego les llamó, les saludó y guiso. Pero como el asunto marchó tan bien, Bilardo lo convocó para jugar.

«Diego, te quería decir algo con respecto a esas chicas del shopping...».

Era una broma, Carlos, para que usad se enchinchara. No se chive.

«Está bien, pero... ¿Sabés qué? La próxima vez que vayamos saluden a otras dos, porque nos trajo suerte. ¿Me entendés?».

La batalla rioplatense

Fino Jugué en los octavos. Un partido potenciado por la rivalidad rioplatense y, también, por los diferentes caminos que ambos habían transitado para llegar hasta allí.

Argentina sólida, segura de menor a mayor, avasada por el talento de Maradona y por otro ramillete de individualidades que insinuaban un crecimiento firme y trascendente. Uruguay de casualidad, casi que por la ventana, pensando en los números y en la emvergadura futbolística.

Diego se encargó de despertar su presagio.

«No hay que confiar. Ellos tienen buenos jugadores, se van a matar por bajarnos. Tenemos que entrar metidos, muy concentrados».



«Frente a los ingleses, Maradona tuvo tiempo para todo. Incluso para comenar el bendera del fútbol». Por un partido consagratorio. Por Diego y por Argentina.

Fue así. Y hasta se puso 1-0 cuando Pasculli aprovechó un error de Acevedo. Pero el trámite se oscureció con la aparición de una tormenta y con el ingreso de Rubén Paz, que casi derriba en el empate. Creció la guerra charúa, hubo sofocones, surgieron dudas inéditas en algunas líneas.

Pero igual se ganó. Sufriendo más de lo previsto, pero se ganó. Y en lo de Cremasco hubo galletitas, surfidos, autenticas, celebraciones.

Diego no se desayaba de las enredaderas del asombro.

«¿Sabes lo que me dijo Bossio antes de empezar? "Jugá tranquilo, Diego,

que a vos no te vamos a pegar" (Me nos mató a... a patadas, si los únicos que movían un poquito la bocha

Por cabala, la rutina de Giménez era la misma. Y también el modo en que todos se revolvaban de la risa. Pero al río se le había adosado un entretenimiento adicional.

A la noche, cuando tenían permiso ver televisión, les había caído mucho gracia la desmedida objetivación de un periodista local sobre la mayoría de los equipos europeos. Para el peculiar cronista azteca, Dinamarca era un fren imparable. Francia un avión a chorro... Pero los

supuestos fenómenos iban quedando en el camino y los muchachos, molonzados por el ingenio de Diego, gozaban de lo lindo.

«Sale Air France...».

«Ah, va Altale...».

Relen, claro. Sofaban. Palpitaban la tersura de la gloria. Y entre todos amaron una frase, una arruga, un arrugillo irrenunciable.

«Fuimos los primeros en llegar a México, vamos a ser los últimos en irnos».

El mundo de los

monjes. Excitación. La perfección asustando a la concreción de las cabales. Ningún cabo suelto. Una fuerza mensor que recorre las venas, que penetra en el alma, que amplifica el compromiso, que sueña los resortes del nacionalismo.

Ingllaterra y los duendes de la historia futbolera, que habían de Ratin y de la alombra, de frustración e injusticias, Inglaterra y los fantasmas crueles de Malvinas, con su aire insoportable, tómbra...

«¿Sabés una cosa, Pedrito? No puedo sacarme de la cabeza los pibes de Malvinas. Me imagino el partido y se me representan ellos. Quiero ganar por ellos...».

A mí me pasa lo mismo. Anoche di mil vueltas en la cama, no podía dormir pensando en eso.

Diego y Pasculli compartían las sensaciones de la previa. Inconscientemente, ambos se transferían el compromiso bélico de cuatro años antes a los jugadores adversarios. En cada gambeta, en cada cruce de la mitad de la cancha, venían a un estandarte de ese ruido de amargura que les asustaba la garganta. Era

«¿Sabes una cosa, Pedrito? No puedo sacarme de la cabeza a los pibes de Malvinas, que si era ganar por ellos». Le comentó Maradona a Pasculli antes de jugar con Inglaterra.

En otro Inglaterra-Argentina cuando en Wembley Diego nos mete un gol igual al segundo del Azteca. Furo en el mundo porque pero no tiene dos veces con la misma piedra.

Inevitable pensarlo de ese modo.

Clima tenso. Hooligans, barra brava, hinchas honorables, la lupa del mundo, el peso de la historia.

Partido chivo en el Azteca. Duro desde el silbato inaugural. Pero con un Diego angelizado, como predestinado para aquel 22 de junio.

«Sería por la jugada del minuto 51? Tal vez... Diego intenta una pared con Valdano, pero anticipa Fenwick y, cuando va a rechazar, le queda afuera y prefiere pelearse atrás. Ahí va Diego, con la misma potencia con que lo contó en la cena...

«Yo intuía que se lo pasaba a Shelton, pero mientras corría sabía que no llegaba. Me tiré con toda. Ni yo sé cómo hice para saltar tanto. Metí la cabeza y no alcanzó, pero le mano al... Estuvo medio gilí, porque salió festejando con el puño cerrado. ¡Mirá si el árbitro se agachaba de eso y sospechaba! Por suerte, ni se enteró. Es más: Hoddle tampoco se dio cuenta, recién reaccionó cuando se lo dijo Fenwick.

Años después, con esa picardía ya elevada a la categoría de mito, Maradona enfrentó los micrófonos de la cadena inglesa BBC y no pudo reprimir la ironía: «Fue un gol totalmente legítimo por la sencilla razón de que lo convalidó el árbitro. Y yo no soy quien para dudar de la honestidad del árbitro.

Ese día también recordó la locura incontenible del festejo: «Cuando vi que el juez de línea y el árbitro encaraban para la mitad de la cancha empujé para la platea en la que estaban mi viejo y mi suegro. Quería gritárselo a ellos. Mi viejo estaba con medio cuerpo afuera del palco, convencido de que lo había metido con la cabeza. Pero yo le mostraba el puño y le decía, por lo bajo, 'Te robe la

boletera a los ingleses, pa' les robe la boletera'. Que me disculpen los hinchas ingleses, pero para mí y para todos los argentinos ese fue un momento glorioso.

En la cancha, Diego se redimió rápido de ese pecado. Apenas cuatro minutos después. Recuerdo de Enrique en campo propio e inicio un suavón de sesenta metros, evitando rivales como si fueran muñecas y definiendo tras la gambeta al arquero para señalar el gol más extraordinario de toda la historia del fútbol mundial: aquel que se le había negado, en una apilada semejante, en Wembley.

«Cuando fue eso? El 13 de mayo de 1978, durante una gira de la Selección por Europa. En aquella versión de Inglaterra-Argentina, Maradona marcó una jugada muy similar pero ~~se equivocó al definir~~... tada final. Esa tarde, el Diez pasó por tocata a un costado cuando le sanó el arquero. Le sanó a un costado y se fue a festejar pero la pelota, traviesa e indomable, se fue pegada a un pa-

lo. Un año después, el tucú, uno de ~~los mejores jugadores del mundo~~... te años, lo llamó por teléfono y le pegó un refajo inolvidable.

«Taradé! Me tendrías que haberla tocado, si el arquero ya estaba tirado en ~~el suelo~~...

«Que piola sos vos, Zen? Es muy fácil decir lo que hay que hacer cuando lo estás mirando por televisión. Estando en esa cancha, por...

«Pero no, Peto, si vos te equivocabas, te equivocabas para afuera y definías con ~~la cabeza~~...

Diego no sólo lo entendió, sino que lo recordó cinco años después.

El mundo parecía derrochar en ese instante sucumo. Desde las tribunas descendían alaridos de admiración, los fotógrafos, violando todas las normas de la FIFA, lo persiguieron durante el festejo, una suerte de media vuelta olímpica en la que Diego ofreció su obra a una concurrencia masiva, atónita, hipopirizada, sabedora de que había sido testigo de un episodio irrepetible, de

la entronización del Nuevo Rey del Fútbol Mundial.

Hubo lágrimas. Mares de lágrimas. En el banco argentino, en las tribunas, en los ojos de circospectos periodistas que jamás se habían derretido por la emoción.

En la cena lo contó como mil veces, tantas como las que el Negro Enrique repitió su chiste: «¡Ous pásé papai! Te deje solo.

En la cena lo contó mil veces, como una jugada más, con la misma pasión con que hubiera recordado un gol de los Cebollitas, una apilada en la cancha de Boyacá, un jugador en ~~el momento~~...

«¿Qué pensé en ese momento? En nada, sólo en definir la jugada. Al principio me parecía mejor descartarla por Valdano, que me había acompañado cortinando rivales. Pero al final me la jugué solo... Qué linda, por favor...

Afuera Inglaterra, pese al descuento de Linaker "Parte el torpedó inglés" se escuchó por ahí. Era el turno de Bélgica, la última valla para saltar hasta la final.

La gloria

Cayó en un día emblemático: 25 de junio, aniversario de aquella conquista de 1978. Los belgas llegaban sin presiones, con poco para perder. Argentina encarnaba la anécdota, pero con un sustento adicional: la silueta bien definida de un equipo tan sólido como lujoso.

Maradona se sintió incómodo en la previa. Notaba demasiada seguridad, un exceso de fortaleza en todo el grupo. Y a él nunca le gustó el clima de suficiencia. Siempre prefirió encarar los partidos con una alta valoración de cualquier rival, como para garantizarse el acelerador a fondo.



Diego y los carlinos, en el día de esta entrevista. Como siempre, el Diez trabajó con ojos desahogados y después, con el correr de la práctica, se los ganó.





Gille



El Busto de Biliardo, el abuelo adicto de Diego, le lecura del resto. Argentina era campeón del mundo. Contra todo y contra todos. El grupo lo cubrió sin resaca,

en cada jugada, como para evitar que la displicencia le jugara una mala pasada. Por eso se le pasó bajo el

-Vengan a salir bien anchufados, ¿eh? Miren que estos bolques no son ningún

de nada. Pero como siempre, cuando se

higado desde el primer minuto. Si creemos que ya les ganamos, éstos te le mandan a quemar.

Difícil el comienzo. Argentina deja constancia de su superioridad potencial, pero no encuentra circuitos fluidos de tres cuartos en adelante. No acierta el último pase, no genera situaciones de acuerdo a los porcentajes de posesión de pelota.

Hasta que aparece un concierto inolvidable de Diego para engañar al complemento. Dos goles de extra-terrestre brío, glamour

El primero fue un toque billarístico, con la cara externa del bolín zurdo, ingresando en diagonal de iz-

quierda a derecha. El segundo resultó una desca individual, estudiando rivales por el medio y definiendo entre la salida del arquero en el punto del penal. Un golero que, de no haber existido el segundo ante Inglaterra, hubiera sido considerado como el mejor del torneo.

El 2-0 significó el pasaporte para la final, aunque el flirteón temerario contra los que se le acercaban por

-¡Ja, salí de acá... No quiero festejar ni que me feliciten, más sería darme por satisfecho. Ahora quiero el título...

La gloria total

Los días previos a la final? Como si nada... Comieron un asadito, se entrenaron fuerte, descansaron bien, soñaron con Briegel y con Matthäus, escucharon la voz del monarca en la penúltima reunión...

-¡Máximas muchas, pero no va a servir de nada si no ganamos. El segundo

puesto no existe. Pensamos en todo, muchachos: en nuestra familia, en los amigos, en los que están esperando que nos vaya mal para crucificarnos.

Por la cabeza de Diego también revoloteaba una idea. Antes de que empezara el torneo, don Diego le dio su vaticinio: "¿Sabés qué equipo veo para campeón? Alemania. Son buenos los gringos, tienen juego y sangre, como a mí me gusta."

"Alemania" dijo don Diego. Y Alemania era el rival de la final. Capulero como era, el nuevo rey del fútbol le oía mal. Lo único que faltaba era que su viejo tuviera razón.

La cuarta técnica no fue abrumadora. Biliardo dijo lo básico: cómo tomar a Rummenigge, qué movimientos colectivos podrían propiciarle espacios a Diego, las meras en las pelotas detenidas y poco más.

A Maradona lo iba a marcar el jugador que más respeto le inspiraba: Lothar Matthäus.

-Él es un stopper común y corriente. Por lo general les que hacen hombre a hombre son tipos torpes, fáciles de engañar. Pero éste no. Ésta sabe jugar como pocos. Anticipa, corta y con el mismo toque apoya a un compañero.

Caminó a la cancha, mientras esperaban para entrar. Hicieron las payasadas habituales. Todo el circo de los gritos ensilentionados y los golpes en el pecho, que tantos resultados había dado en ocasiones anteriores. Pero los alemanes permanecieron gelidos, impávidos. Maradona volvió a hablarle por lo bajo al Tata. -Con éstos no hay caso. Éstos son tanques, no se asustan de nada.

El Azteca lucía hostil para los argentinos. Nada de unidad latinoamericana: los mexicanos -mayoría en-

Antes de la final, Diego tenía una preocupación: previo al Mundial, su padre había pronosticado que el campeón sería Alemania...



La fiesta siguió en el balcón de la Casa Rosada. La gente, loca de la vida, copó la Plaza de Mayo para celebrar.

tra los 120.000 espectadores- estaban a muerte con Alemania.

La complejidad del entorno no enturbó el desarrollo. Argentina y la pelota. Argentina y el fútbol. Argentina y el gol del Tata Brown, cacerando a la red un tiro libre de Burruchaga que vulneró los sentidos del arquero Schuster.

A Diego lo encimó Matthäus primero, Förster después. Pero a genio manifestado, talento suelto. Y Burrú se agenció de la batuta. Cuando Valdano clavó el segundo de contrasaque, a los 11 del complemento, los muchachos enloquecieron con el festejo. Todos. Sin excepción. Perdon: con una excepción. Biliardo, desde el costado, se desgañitaba gritándole a Diego, hasta que lo escuchó. **-Dejate de joder y tirate el medio, que**

Ni que hubiera sabido... Retajamiento, reacción alemana agobio argentino, cabezazo de Rummenigge, frentazo de Völler y 2-2 a nueve del final, con el Azteca hirviendo...

Maradona tomó la pelota y casi la revienta cuando la apoyó en el círculo para reanudar. Volaba de la cartería. Lo miró a Burrú y le dijo un

-Dale que están muertos, ya no queda nada... que los liquidaron antes del alarque...

Era cierto. Los alemanes ventaban el esfuerzo. Estaban colocados. Sobre todo Briegel, que ya no daba más. Sus piernas parecían dos galletas. Y a seis del final, Diego metió un estileteazo letal. Burrú corrió apurado a Briegel, lo tocó justo entre la cadera de Schuster y...

Cuando le puso el pase, Diego imaginó el gol. "Gol, es gol" pensaba mientras Burrú corría y corría. Y explotó como un pibe. Loca. Desbordado. Feliz. Miró hacia arriba, hacia la platea donde estaba don Diego, su suegro, su cuñado. Levantó el puño, sonrió, sacó los últimos conejos...

Ya estaba, ya estaba. ¿Qué podía pasar en los seis minutos siguientes, si los alemanes arrastraban el alma por el césped? Pero Biliardo no quería más sorpresas. Si ni

suquero festejó el gol de Burrú, preocupado como estaba en alertar a Diego y a Valdano.

-Basta, viejo! ¡Déjanos de joder! ¡Váyan a marcar!

Con el empate postumo se nació una descarga. Despotricó, quería dedicarle la consagración a todo el estadio, a los mexicanos que habían celebrado el empate alemán como propio. Pero se frenó y empezó el festejo genuino. Por la consagración

"No creo que lo mio sea para tanto Yo apenas gane un Mundial."

argentina, por su propia estría.

Después vino la locura, la vuelta zafica, el delirio del vestuario se dedicó para "los panqueques" para aquellos que se dieron vuelta a la hora de compartir la miel.

Después de la victoria... los descontrolos. Maradona buscó a Biliardo, al hombre que un día se había jugado por él para unirlo capitán, para proclamarlo ídolo inamovible, contra todo y pese a todo.

-Vamos, Carlos, desahúcese, diga lo

que siente, no se quede con nada adentro, que ya sufre demasiado.

-Dejá... Esto lo quería desde hace mucho y no es contra nadie, es para todos. ¿Sabes qué? Estoy pensando en una sola persona, en Zubeldia...

Mientras Biliardo se acordaba de su maestro, Maradona quedó encandado por la postal riba del vestuario: el beso de césped sintético, los armarios y los bancos blancos, el sol que se filtraba por la ventana y aquella imagen de la Virgen de Luján que no dejaba de besar al igual que Galindez.

En el predio del América hubo una ceremonia íntima, casi litúrgica. Se juntaron todos, se abrazaron fuertes, y dieron la vuelta olímpica en esa canchita en la que se habían entrenado durante dos meses, ahí donde se asustaron con los primeros anagos, donde se estumó la ilusión de Passarella, donde crecieron otras.

En el avión del regreso no durmió nadie. Fue un vuelo a pura fiesta. Ni el doctor Storani, enviado especialmente en representación del presidente Raúl Alfonsín, pudo pegar un ojo. Cuando veían que cabeceaba, los muchachos se le acercaban y le cantaban la Marcha Peronista.

No había límite para la fiesta, verdaderamente, valía todo.

Maradona y Pasculli, por ejemplo, inauguraron un istiquillo. Cada vez que se cruzaban y se cruzaron como mil, se decían: "¿Qué hacen, quacho campeón del mundo?" Y se desvanecían a Carcajadas.

La penúltima postal fue en el balcón de la Casa Rosada. El equipo y la gente. Diego y la gloria.

-Me sentí presidente -bromeó.

Fue una aproximación, apenas. El mandato que había comenzado a ser tan perecedero. Era un reinado eterno, aunque Diego lo minimizara. **-No creo que sea para tanto. Yo apenas gané un Mundial. P**

EL DESPOJO



Dios mío, qué pequeños somos frente a tanto dolor...

El frío de diciembre amarraba la piel. Intimidaba. Los aprestos navideños apenas si alcanzaban para embalsar las callecitas serpenteantes de Cagliari, hasta donde habían llegado Maradona y los integrantes de la Selección, convocados por el último amistoso de 1989. Un insulso empate en cero con Italia.

El grupo y Diego se reencontraban tras el sinsabor de la Copa América. Los históricos, los nuevos, los mil y mil, todos... Y en ese recorrido por el Hospital Regional Microcistérico se sintieron más humanos. Más juntos. Ahí, ante sus ojos incrédulos, permanecían internados 40 niños enfermos de cáncer y leucemia. Y otro centenar se atendía de diferentes afecciones extremas.

Dos días antes, Gianni Sernagiotto, uno de los responsables del instituto, había charlado largamente con el doctor Raul Madero. "Necesitamos que las autoridades sanitarias se sensibilicen frente a este problema dramático. Nosotros hacemos mucho, pero podríamos hacer más si nos respaldaran."

El médico de la Selección le propuso una visita del plantel para reconfortar a los chicos y, de paso, canalizar la explosión mediática. Y fueron nomás.

Diego ya palpaba el servicio general que se haría en el instituto romano del profesor Antonio Del Monte, igual que en la etapa previa al Mundial mexicano. Y hasta se había sacudido el malestar por ciertas variaciones en el sorteo de Italia 90.

-No es que sea busca-ruña, viejo, pero yo quiero que me expliquen bien cierto. Antes del sorteo dijeron que para evitar que Colombia y Uruguay cayeran en las zonas de Argentina y Brasil, que son cabezas de serie, el primer

européo le tocaba a Argentina y el primer sudamericano a Brasil. ¿Por qué? Bueno, salió Charcochevski y, en vez de caer con nosotros, terminó con los tanos. Y a Argentina le encubieron a la Unión Soviética. Me gustaría que me expliquen...

El diagnóstico de la enfermedad no fue bueno para el jugador. Primero se le diagnosticó un cáncer de estómago para cumplir con sus tratamientos de quimioterapia.

Y después fue al quinto piso donde permanecían internados los chiquitos para quienes la vida era una ramita de cilantro, azotada por un ventarrón inevitable. Imposible escapar palabra después de la visita.

-Dios mío, qué pequeños somos frente a tanta vida...

Y sin querer, usó un puñado de palabras que resonaron en el corazón de los chicos: Dios, dolor.

-Tengo miedo, pero voy a ver si todavía me puedo jugar el Mundial.

Danger. Maradona colorado, en

guiso, al borde de un ataque de nervios. Madero no le dijo ni "a" ¿Para qué?

En la concentración de Tifin, en la concentración de Tifin, no se hablaba de otra cosa que no fuera del dedo gordo del pie derecho de Maradona.

A una semana del debut con Camerun, al Pelusa ya no le hacía la más mínima gracia que le sugirieran alguna cargada del tipo, "qué rica es la vida..."

En el hospital, los chicos no admitían bromas ligeras y las travesuras de Bliardo eran un agudo martirio, tanto que durante la visita...

-¿Y qué quieres, si con este asunto de Diego no puedo dormir?

El dolor, producto de una temporada europea durísima y del malestar que le causaron los israelíes en el último momento...

El dolor de la vida, no puedo entrenarme como quiero... El invento del balón más grande no sirve por



Antes del debut con Camerun, el presidente Carlos Menem le designó embajador deportivo Rivero. En honor que Maradona aceptó con gran emoción.



ra nada, me duele igual, me mata.

Al otro día hubo una nueva erupción volcánica. Quince minutos de fútbol, apenas. Un par de buenos encuentros con Burruchaga, un golazo para gastar al Goyco y la salida en medias, con los botines en la mano y un grito petado en la punta de la lengua, para aventar el nubarrón de periodistas.

-¡No se arrimen! ¡Por favor, no me toquen! ¡Si alguno me toca un pie, los meto! ¡Hago un desastre!

La tarde siguiente se sostuvo diez minutos en el campo. Apenas diez. Quiso quedarse más, pero el cuerpo no le daba. Le dolía como si le llevaran una equis.

La mejor es probar con una férula -sugirieron. Y probaron. En la clínica de Del Monte, junto a su preparador Fernando Signorini, se calzó la dichosa férula en el dedo.

Era un caparazón de fibra de carbono: material duro y liviano, generalmente empleado en aeronautica: de unos seis centímetros en la parte superior. La región inferior presentó un inconveniente en la práctica contra los albos de Renato Cesarini: se movió levemente, provocando una molestia.

-No te preocupes, Diego. Para el debut le vamos a poner un material plástico buenisimo. Después de cinco minutos de fricción se adhiere fuertísimamente a la piel. No vas a tener problemas.

-Crucemos los dedos. Los de la mano, digo...

La levadura del humor fue crucial en la recta final. Aminoró el dolor y creció el micromundo que a Diego le hacía feliz: compartir largas charlas en la plaza con el Checho Batista,



El genio de Diego lo dice todo. El agua calma el calor y se transforma en desahogo tras una apurada identificación. Sumado todo sólo en pocos días.

le había regalado su amigo Caraca, encender el motor de las dos Ferrari que le permitieron estacionar en las entrañas de Trigoria, degustar los asados de don Diego y el Coco.

No demasiado, pero suficiente para olvidar la exclusión dolorosa de Jorge Valdano en la lista definitiva de veintidos. "Crucé el océano y me ahogué en la orilla" - y un pronóstico cada vez más certero: Claudio Caniggia no arrancaría el Mundial como titular.

El jueves 7 viajaron a Milán. Todo cambió cuando Maradona se convirtió en el superhéroe del Sur. Un

-¿Qué me pueden hacer Checho? Más que putearme...

En la sala de conferencias lo

aguardaba el presidente de la Nación, Carlos Saul Menem, para entregarle el pasaporte que lo acreditaba como embajador deportivo itinerante.

Fue como ir a todos los actos durante el desarrollo del Mundial: en fundado en la camiseta argentina número diez. Orgullosa de lucirla a cualquier hora, en cualquier parte, en cualquier circunstancia.

-Diego, ahora hay que decirte "tu excelencia".

-No, si yo siempre fui el mismo. Siguiendo Diego, naradé.

El mazazo

Maradona presintió la tragedia media hora antes del partido, mientras el público disfrutaba la magnífica ceremonia inaugural percibiendo un silencio mortuario dentro de la bóveda de lujo que era el vestuario

del Giuseppe Meazza.

Apenas se escuchaban los pasos de Tito Benetti, atareado con los pesados quehaceres de la utilería, el Goyco frunció el ceño, preocupado, y recordó el frío los rostros para preocuparse a su vez. Estaban pálidos, congelados como impasibles, como agobiados por el miedo escénico. Entonces gritó desde las vísceras, desde su espíritu desquiciado, capitan incandescente.

-¡Vamos, arrímate...! ¡Vamos, carajo, corra! Que esto es un Mundial y nosotros somos los campeones del mundo...

Tenue efecto. Casi imperceptible. Ya en la cancha, cuando la hostilidad milanista era un abucheo denso e hiriente, recurrió a los mismos gritos, a los ojos inyectados, al pulso enarbolado, a la voz estentórea para cantar el Himno...

No hubo caso. Camerun fue el verdadero león indomable. Una flecha vitaminizada por el aliento de los italianos. Diego estuvo, dijo presente, plantó bandera. Pero Maradona lo trunfuró con las patadas que el árbitro Vautrot sólo consiguió rigurosamente en el complemento.

La esperanza de resurrección filigranó tras la expulsión de Kaha Bulyukina, pero se estumó cuando Omán Baykov se puso con sonura y embocó ese cabezazo que se escurrió entre los dedos de Pumpido.

Ahi se derrumbaron todos. Maradona, el propio Diego, que no podía creerlo. Se le estrujaba el alma sólo pensar que perderían ese partido, ante ese rival, de esa modo, en esa ciudad, en ese Mundial. Y lo perdieron, nomás.

Pasó rápidamente por el control antidoping y fue a poner la meillia en la conferencia de prensa. Con la fren-

El tobillo izquierdo y el dedo gordo del pie derecho eran un martirio para Diego, que no podía entrenarse a la par de sus compañeros y solo se calmaba con las filtraciones.

• Era y la camiseta argentina arrojó
• dolió el pecho. Se permitió una
• a incluso.

• Único placer de esta tarde fue des-
• loir que, gracias a mí, los Italianos
• nián dejaron de ser racistas. Al fin
• araron a los africanos.

• Los compañeros vestían el luto
• el mudo que los trasladaría al se-
• erto. No dijeron ni una palabra.
• martirio se completó con un in-
• niente de cabotaje.

• El avión de Alitalia no podía sa-
• r por ahora porque antes debían par-
• tir los jets privados con los manda-
• os invitados especialmente para
• encuentro inaugural. E como de-
• alimos, aunque la llegada no se
• el pudo mal.

• En el aeropuerto también esta-
• ban las mujeres, dispuestas a
• dar un vuelo directo a Nápoles.
• zo se refugiarían en su hogar a la
• era de lo que se venía.

• Maradona compartió con ellas
• minutos a solas. Cargó las
• as prometió una revancha.
• vó la motivación. Y cuando
• encontró con el grupo de
• ero el Diego de siempre, el re-
• ador que sacaría a aquel barco
• las alijera.

• La resurrección comenzó esa
• te noche. Llegaron a frigorífica a
• hora de las brujas. Cansados, herri-
• os moribundos.

• La cena terminó a las tres de la
• mañana y el postre fue un desayuno
• compartido: una sábana para cubrir
• el ara hasta el otro día.

• Qué día, señori! Chistas grupi-
• as, culpas individuales, crueles
• críticas.

• Ricardo fue conciso.
• Muchachos, en el fútbol pueden ocu-
• rrer muchas cosas: un triunfo de tuer-
• a, una derrota injusta. Pero es in-
• estable que hayamos perdido así, en-
• regando el partido, cometiendo todos
• los errores posibles, sin cumplir nada





de lo que habíamos durante tanto tiempo... Así no se puede aceptar.

Sintieron el mazazo. ¡Cómo no sentirlo! Y se largaron a hablar. Más vehementes unos, típidamente otros, de alguna forma todos.

A la tarde había un hueco reservado para la prensa. Aparecieron Ruggeri y Burruchaga, también Balbo y Sensi, más atrás el Pepe Borsellino y una confesión sincera y desahogada.

-Me pesó el debut. Mi siquiera podía hacer un pase de dos metros. Duela decirlo, pero es la verdad.

El domingo practicaron a puertas cerradas y el lunes abrieron la boca para devorar el impresionante asado preparado por Coco Villafañe y don Diego.

-Tenemos para unos cuantos más, porque del trigonífico Yaguapé, allá en González Catán, mandaron como 1.250 kilos de carne. Materia prima no nos va a faltar.

Era la ruta de la resurrección aunque abundaban los escollos. Se contaban chistes fuertemente de risas, fatigado ánimo para celebrar las bromas del Tata y del profe Echevarría, escuchaba la presión del partido con los rusos. Y encima pululaban los allegados sabihondos.

-Pensar que Havelange se le había cantado a Grondona.

-¿Qué quiere decir eso?

-Que un día le agarró y le dijo: "Mirá, Julio, yo tengo 74 años y cinco mundiales, así que te hablo con conocimiento de causa. No repitas el entrenador por más estoroso que sea. Siempre hay que oxigenar a los equipos."

La tenía clara, Jolo.

Diego le agradeció a Dios que el partido fuera en Nápoles. Confiaba en la lealtad de su gente, de su pueblo, de esos tipos pasionales y queribles que le hacían la vida posible, e imposible también.

-Bueno, llegamos a casa -dijo no

"Si mañana vienen todos los napolitanos a alentarme, me verán feliz. Pero ya me lo han dado todo, no tengo derecho a exigirles nada", dijo Maradona al llegar a Nápoles.

bien cruzaron el cartel de bienvenida, con ese extraño look que le imprimía la vinchita rosa y negra sobre el pelo bien cortado, y la cruz dorada pendiendo de una oreja.

Ninguna duda estaban en Nápoles. El tránsito fatigoso, el core de bocinazos, un "Die-có!" por acá, un "Iar-yen-tinal" por allá, el desembarco cálido en el San Paolo, la efervescencia general, el sentimentalismo de las palabras de Maradona después del reconocimiento.

-Si mañana vienen todos los napolitanos a alentarme, a gritar por mí Argentina, me verán realmente feliz. Pero quiero decirles que ya me han dado todo, no tengo derecho a exigirles nada de nada.

Centzas del paraíso

Del infierno milanés al paraíso napolitano. El San Paolo de fiesta para agasajar a su hijo adoptivo, el gladiador que petó y conquistó dos scudettos en cuatro años, provocando un estallido inédito en la historia. Nápoles y su equipo eran súbditos congratulados e incondicionales del reino de Maradona. Amaban todo lo que Diego amaba. Y eso incluye a Argentina.

Entonces no extrañó el gesto cerilloso, el respaldo amplio para un equipo que se jugaba el pellejo contra los rusos y que remontaría el barzilete rústico de una fractura.

Doce minutos. La pelota en profundidad para Shalimov, el cierre desesperado del Vasco Olarticochea, la salida urgida de Pumpido, el choque inevitable, el grito, la pierna que flamea, el dolor insoportable, el peor de los presagios, la dureza de la confirmación.

Afuera Nery, con la bola y el pe-

rone derechos doblegados por el encontronazo con el Vasco. Agentro otro Vasco, Sergio Javier Goycochea. Iluminado por el aura de una estrella, aunque eso se sabría con el paso del tiempo.

Diego ya creía en una malición. No había modo de sacárselo de la cabeza.

-¿Será posible? Más dados, Camerún, la de Nery...

Pumpido lo supo varias horas después, pero en el trayecto entre el San Paolo y la Clínica del Sol -unos quince minutos- Pedro Troglio hizo el primero, Maradona salvó un gol con la mano sin que el árbitro lo advirtiera -"Fue la otra mano de Dios" - y el equipo pareció más sereno y

sereno.

Un rato después, Burruchega aseguró el resultado cuando el doctor Ugarte supervisaba la reducción de la fractura.

-Ganamos, Nery, quedate tranquilo que ganamos.

El Tata Brown y su señora lo cuidaron toda la noche al pie de la cama, igual que el doctor Madero. Y los compañeros fueron cayendo después del mediodía, alajados por la ocurrencia del Tata, una suerte de "inflador psicológico" del grupo tras su desalección.

-Lo logré, muchachos. Me costó una barbaridad, pero lo logré. Al final no lo sacrifican... Los tanos ya tenían el lunar en la mano para matarlo, pero lo discutí a muerte y gané. Y claro, **había un "Camerón" -apodo de Nery dentro del grupo- con la pata quebrada, lo quieren pesar a mejor vista, como si...**

El tránsito hacia Rumanía resultó tan pesado como el clima de Nápoles. No era novedad que Diego estaba en inferioridad física, pero sí que empeoraba cada minuto. Acelerada, desesperadamente.

Parece una contabulación de destino. Cuando amanece un repunte, sucede un infortunio. Como en



Un instante inmortal de la historia argentina en los mundiales. La polvareda que levanta con la que Diego levanta o Camello para que convierta el gol a Brasil.

el entrenamiento previo al partido, cuando volvió a golpearse la rodilla izquierda.

Maltrecho, perforado por los dolores. Así llegaba Diego, así naufragó durante un primer tiempo signado por la hibridez de un equipo que no definía su identidad.

Dicen que hubo un pequeño incidente en el entretiempo. A alguien se le ocurrió sacarlo. Por su bien, pensando en prevenir un mal mayor, pero se le ocurrió sacarlo.

-Carlos, lo mejor es reemplazarlo. La rodilla no está bien y ahora sumó otro golpe tratando en el tobillo izquierdo. Si sigue, corremos el riesgo de perderlo para el resto del Mundial. Y eso no sería prudente.

A la distancia, Diego escuchó la charla a media voz entre el técnico y el médico. Y saltó como si estuviera sano.

-¿Qué? Mi muerte me sacan de la cancha. Yo sé. ¿Entendieron? ¡Se-gol!

Siguió. Y ejecutó el córner que Monzon cabeceó al gol. Era la diferencia mínima que colmaba la ambición máxima. Primeros en el grupo, después del terremoto Camerún. Pero el espasmo duró menos que un suspiro.

Dos cabezazos en el área, incluyendo el cetero de Balut, y el empate insolente que obligaba a hacer las cuentas como cuando estaban en la escuela. Adentro sí, pero por la ventana, como mejor tercero. A jugarse la vida en Turín contra los brasileños, después de tan decepcionante labor.

-Estoy que exploto, tengo una bronca bárbara. Mejor no hablo, porque voy a ser peor. Alcanzó a decirle Maradona al profe Echevarría, antes de sentarse en el cordón interno del plavón del San Paolo don-

reinta pasajes reservados en Iberia para el ramo Madrid-Buenos Aires del martes 26, dos días después. O sea, estaban condenados de antemano por sus propios diqueses.

Un parto. Eso fueron los primeros 55 minutos. Bombardeo constante de los brasileños: tres pelotas en los postes, salvadas impresionantes de Goico, sofocones, desmembramiento colectivo, muchas ganas, cero fútbol, pero la esperanza latente en el hombre de los tres tobillos: el derecho y los dos que se amontonaban en la pierna izquierda.

El dios terrenal forjó su obra maestra a los 79 minutos. Contraataque mágico, velocidad de relámpago, el pase exacto y la gambeta larga de Caniggia para desparramar a Taffarel y dormirse en la red.

Un golazo celestial indescontable, porque Argentina floreció con la ventaja, calibró los tiempos, luqueó con los nervios y dio el gran golpe. El golpe por el que nadie debe recibir un centavo.

El plazo final recrudesció las injurias del público. Diego se arrodilló en la mitad de la cancha, juntó las manos, miró al cielo pronunciando una plegaria, agradeció.

Después corrió montado en su grandeza y alcanzó a Careca, que marchaba con los ojos sepultados en el césped. Lo abrazó, le gritó: "¡Sos el mejor!" y antes de irse con los brazos en alto, se enfascó en la camiseta de Renato.

En la conferencia de prensa se hizo el pibe.

-Fue tanta la alegría en el vestuario que me olvidé de los dolores: al tobillo ni lo siento, es como si no tuviera nada... Ahora sí, ahora creo que estamos para retener el título. Si bajamos a este equipazo, somos capaces de todo.

En el micro le reservaron el lugar de siempre: primera fila, a la derecha. Y fue él, justamente, quien inició



"Me disgusta que ahora les pidan a los napolitanos que sean italianos y alienten a la selección, porque Nápoles siempre fue marginada y condenada al racismo más injusto."

el coro que enloquecía en la parte de "porque en Roma, la vuelta vamos a dar Felices, por primera vez.

Cuerpo y alma. Fusiónados, indivisibles.

El partido de la vida

Diego lo vio venir y lo pensó al toque: "Éste me quiere apretar".

Estaba acomodando para patear un penal que podía determinar el pase a la siguiente ronda de la Copa UEFA. Uno de los dos, Napoli o Sporting de Lisboa.

La definición era en un San Paolo colmado, ahora sometido a un silencio reverencial porque iba a patear dios. Entonces escuchó clarito lo que le dijo Tomislav Ivković, el arquero yugoslavo al servicio de los portugueses.

-Cien dólares a que te atajo el penal, ¿de acuerdo?

Trato hecho.

Tiró Maradona, atajó Ivković, las ejecuciones continuaron, se dio vuelta la taca y clasificó al Napoli. Pero Diego perdió cien dólares.

El sábado 30 de junio, en el estadio Comunale de Florencia, volvieron a cruzarse. Otros equipos, distintos objetivos, la misma situación, Argentina-Yugoslavia, cuartos de final de Italia 90.

Ciento veinte minutos de retroceso futbolero: el tiempo reglamentario y el alargue. La Selección con la pelota, pero sin ideas, sin un fútbol profundo que permitiera trepar en la cancha. Esento de fantasía y viveza táctica para usufructuar la superioridad numérica durante 89 minutos.

El partido

Penales. A suerte y verdad. Y otra vez frente a frente los protagonistas de aquel desafío: Diego e Iv-

ković. Esta vez sin palabras, sin apuesta. Sólo un duelo de miradas, de pícaros engaños visuales. La carrera de siempre, el zurdazo docil, la intuición correcta y las manos que reiteran el sortilegio.

El partido

camiseta azul de mortaja.

Pero estaba Goyco. Sergio Javier Goycochea. Una tapaca a Brnović, otra a Hadzibegić y el 3-2 irremontable.

Argentina semifinalista, locura sin corset, abrazos para Goyco, juramento de devoción eterna para la cabeza -el vasco primado agachado, arles de las ejecuciones, rodeado por sus compañeros- y una picardía típica de un chico inquieto de Florencia.

-Aquella vez el yugoslavo me atajó el penal, pero el Napoli ganó. Y yo me lo acordaba πάντα, fiero. Entonces le erré a propósito. Soy muy cabudero ya, soy muy cabudero, ja...

En plena autoestrada, descendiendo el trayecto de Florencia a Triporta,

Balardo despotricaba porque el televisor del micro no sintonizaba bien Italia-Eire, el partido que definiría el rival en semifinales.

Andaba testudioso el doctor, pero Ruggeri se animó a preguntarle.

-¿Y ahora, Carlos? ¿Ahora cuándo nos vemos?

-Nos vemos el 10. Si llegamos hasta acá.

El gran golpe

Había que ver los titulares de los diarios al día siguiente. No era Italia-Argentina, sino Italia-Madonna. Ahora, Italia contra Maradona.

El alma de los napolitanos dudaba entre dos amores. Entre la razón y el sentimiento. Sobre todo, después de las declaraciones de Diego a los

El partido

-Me disgusta que ahora todos les pidan a los napolitanos que sean italianos y que alienten a la selección. Nápoles fue marginada por el resto

El partido

ma más injusta.

Cruel dilema para los napolitanos, ¿a razón avalaba a Diego, el sentimiento los arrimaba a la camiseta azurra. Y hasta fue necesaria una proclama oficial de Genaro Motuor, el capo de la Curva B, apodado Pulumbella.

-Haremos fuerza para que gane Italia, pero respetando y aplaudiendo a los argentinos.

Y las banderas asomaron su veredicto no bien se abrió el ingreso, al mediodía del martes 3: "Diego en los corazones. Haka en los coros". "Maradona: Napoli ti ama, ma Italia è la nostra patria".

Biardo era el más optimista dentro del vestuario, incluso más que Maradona.

-¿Por qué tan tranquilo, Carlos?

Porque éste es el partido más sensuilo tácticamente. Está clarísimo. Ellos van a complicarse mucho con Cahi y vos de punta. Son favoritos, están presionados, obligados a salir.

Habiendo de salir. Aparecieron en la cancha a las 19.54. Y tres minutos después, lo que nunca. El Himno Argentino aplaudido de principio a fin. Diego apretó los puños, sonrió satisfecho, se estremeció por un escalofrío. Argentina atesoró la pelota, fomentó el toque y la circulación, tenía más volumen de juego. Pero en su mejor momento, le embocó Totò Schillacci.

-No pasa nada, Carl. Seguimos igual.

Eso, siguieron igual. Y en el segundo tiempo, con los primeros atisbos de desesperación, Caniggia le penó al empate y la taca revirtió su designio.

En el alargue Baggio festilizó un roce y expulsaron a Giusti. El presagio era de lo peor, pero...



Maradona dejó el alma en lo final con los diamantes de Mattheaus. Controló sus nervios ante el tendencioso arbitraje del mexicano Cofre, pero no alcanzó.





(1) El dolor incesante de Maradona, mientras se producía la coronación de Alemania. El profa Edussovita, rodeado entre los jugadores, trata de levantarlos la moral, pero no hay consuelo posible. Todos tienen el alma desgarrada por el desengaño.

Diecisiete minutos de resistencia heroica y tantos los penales tan temidos, las manos de Goico frustrando a Donadoni, una caricia de Diego para quedar 4-3 y otra vez Goico, quedándose con el tiro de Serena, con el pasaporte a la final, con el silencio de una tribuna pintada de drama, con el delirio del vestuario.

Antes de entrar, después del abrazo con Simón y Diartechea, Diego se quedó un minuto en el túnel, un minuto entero besando la camiseta, al lado del profa.

«Te quiero! Te quiero!» gritaba, mientras la besaba y la besaba.

Adentro volaban las toallas y los gritos, los baldazos y los sueños. Y no importaba nada. Ni siquiera que ya hubiera cuatro bajas seguras por suspensión. Diartechea, Gusti, Caniggia, Batista.

Caliente, pero lo que se dice caliente estaba Caniggia.

«No vale la pena hacerse más sangre, fiero. Ya está.

«Pero cómo que no, Diego? Si ese

francés me amonesta por una mano casual. No se lo voy a perdonar en la p... vida. Perderme la final es la frustración más grande de mi carrera.

Triste, pero lo que se dice triste estaba Gusti.

«Tranquilo, Gringo.

«No, si yo estoy tranquilo. ¿Sabes qué me pasó, Diego? El tipo me había echado y yo me iba de la cancha

escotto para mantenerse abrazado a esa cosa tan dorada como la grandeza de Maradona.

Traición a la mexicana

Fue instantáneo, inmediato. Sono el acorde inicial de Himno Argentino y el abucheo fue unánime, repulsivo.

Diego no se le bancó. Por la pen-

Los italianos lo silbaron en la premiación. No se apiadaron de él ni en la derrota.

medio resignado. Entonces miré la camiseta y en un segundo tomé conciencia de que era la última vez que la llevara puesta.

Maradona los consolaba a todos, hasta a los napolitanos.

«Lo único que oscurece este triunfo es la tristeza de ellos. Pero le demostraron al mundo que son lo mejor de Italia.

Quedaba Alemania. El mismo rival de cuatro años antes, el mismo

talla del estadio Olímpico de Roma tomaron su insulto desmedido en primer plano.

Era un León herido, un gladiador asumiendo la bofetada inmerecida y el desafío renovado.

¿Importa detenerse en el portafólio? Poco realmente.

Mejor Alemania, brindando una imagen de conjunto más utilitario que brillante.

Digna Argentina, abso-

lutas ausencias inevitables con una conmovedora cuota de entrega y amor propio.

Impresentable lo del árbitro Edgardo Codesal. Que acertó al expulsar a Pedro Monzón por una violenta falta sobre Kilnsman, pero después se distrajo cuando lo bajaron a Gabriel Calderón dentro del área. Penal claro, con las cinco letras.

«Penal! ¡Coloreo, hijo de p...! ¡Acá hay una mano negra, viejo! ¡Hay una mano negra!»

Y faltaba lo peor. Ese exabrupto arbitral que facilitó el despojo. Una falta inexistente de Roberto Sensi sobre Rudi Völler, que el mexicano interpretó como penal. Un poco como tantos que sorpresivamente terminó con la sanción en forma, ese que no pudo forzar la calarata de protestas impotentes.

Brehme, un especialista ejecutó el penal con gran categoría, muy fino, contra el palo derecho de Goico, al ángulo bajo donde es muy pero, muy difícil llegar.

No quedaba tiempo, solo entereza. No quedaban piernas solo dignidad.

Tristeza, Amargura. Corazones desgarrados. Maradona igual incluyó el pecho. Subió los cinco escalones del estadio azul e incluyó el cuello con dignidad. Creyeron que con esa medalla plateada lo estaban premiando.

Cuando elevó la frente, la claridad como y su semblante gallardo y dolorido se reprodujo en pantalla gigante. Una silbatina resentida amarga y cruel le perforó el alma como un misil impiadoso. Los jugadores no lo compadecían ni siquiera en la derrota más cruel.

Jordá con dogmas de Ceballos, el espíritu en carne viva, impulsado por el alma inconsolable de un gladiador que demostraba lo que podía crear. Que era humano. ■

LA PESADILLA



N

unca lo hubiera imaginado. Jamás.

Aqueña mañana de septiembre, mientras desperezaba el hartazgo de la incertidumbre, iba a patear el tablero.

-¿Qué estoy haciendo acá? ¿De qué sirve todo este esfuerzo? -repetía en tono aguardentoso.

Aturdido, vencido. Así se sentía después de tanto para nada.

Luego de desahilar la oscuridad de un abismo desgarrador, doloroso como ese amanecer sin sol interior.

Ya era demasiado, no quería más. Le faltaba muy poco para convencerse de que no podía escapar de las trampas. Aquellas que le tendían los demás, aquellas que se tendió él mismo tropezando una y otra vez con errores privados e inconfesables.

El lujo de esa habitación de 780 dólares diarios ya le repugnaba. Pero ese papel doblado, apretujado entre la almohada y el borde inferior de la puerta, le activó la curiosidad. Era un fax: "To: Diego Maradona. From: Dalma y Gianina Maradona. Papá, no vengas, esperamos que vermos para allá, te queremos mucho. Dalma y Gianina". Nunca lo hubiera imaginado. Jamás.

Aquellas líneas temblorosas, esos garabatos que pretendían ser dibujos, le devolvían el sentido a su vida. Le inyectaban el espíritu que ya no tenía.

Otra vez tomaría el bolso. Otra vez iría a buscar a su hijo.

Titanes en el ring

-Marcos, fijate al podés hacer algo. Este es un buen lugar para Die-

go. Acá no presionan, no piden compromisos. Vale la pena.

El miércoles 9 de julio de 1992 Carlos Bilardo se comunicó con Marcos Franchi, el representante de Maradona. Había asumido como entrenador del Sevilla y soñaba despierto, imaginaba otro equipo suyo montado por Diego. Intuía que en esa ciudad tan subyugante por su belleza como por el relajado apasionamiento con que se degustaba el fútbol, el Maradona abatido podía reencontrarse con el espíritu lúdico del Pelusa.

El divorcio del Napoli prometía voladura de platos. Corrado Ferigno se empujaba en el derecho que le otorgaba el contrato que vencía en junio de 1993. Y no le simpatizaba que el pueblo napolitano lo asociara como el villano que había dejado es-

capar alegremente la reencarnación de San Genaro.

El operativo de Franchi demandó kilómetros y kilómetros de fax. Para el Sevilla, para la AFA, para la FIFA, para el Napoli. Hasta que ocho carnias hirieron de muerte a los italianos.

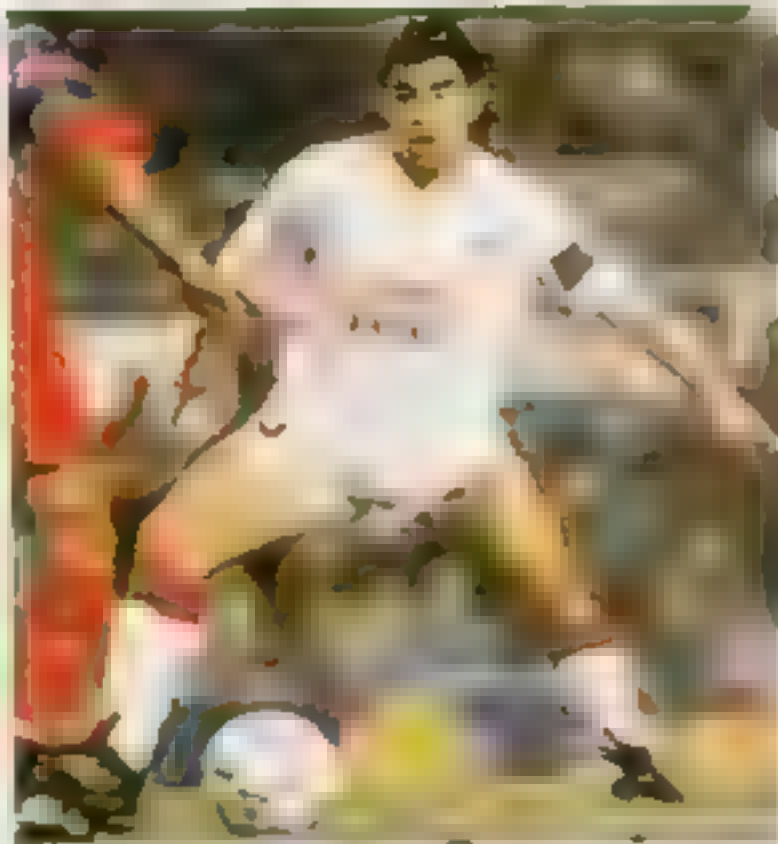
-Por el dictamen profesional médicos forenses realizado en Argentina, sería negativo someter a Maradona a enfrentar los hechos que han motivado su búsqueda de escapes no convencionales...

Ha sido un hábito llevar adelante difamación personal de Maradona. Uno de los ejemplos es el de Pietro Pugliese. Sin una prueba contundente -ni siquiera, reconociendo públicamente que carecía de ella- pretendió involucrar a Maradona en una delirante historia vinculada a un

"Si no hay solución, cerramos la FIFA", dijo Joseph Blatter cuando inicio la intermediación oficial entre el Napoli y el Sevilla para destrabar la transferencia de Maradona.

Mucho testar: la suspensión de la Federación Italiana, la detención en el departamento de la calle Franklin, los pasados constantes por el subyugo de la depresión, la prisión preventiva dictada por la jueza Amelia Berroz de Vidal por tenencia comunitaria de sustancias prohibidas, una líbia incursión en el mundo de la compra y venta de jugadores, el espíritu carcelario que proclamaba el intransigente presidente del Napoli, y la insostenible novela de su transferencia al Sevilla.

Ya iban ochenta días de negociaciones, de reuniones aquí y allá, de llamadas en cualquier idioma, de empujes incumplidos. Y ahí, en la suite real del Andalus Park Hotel, se sentía ridículo, allí sólo en la vida, sin la potencia para afinar los músculos para la vuelta.



El lunes 29 de septiembre de 1992, en el estadio Ramón Sánchez Pizjuán, Diego debutó en el Sevilla enfrentando al Bayern Múnich de su amigo Lothar Matthäus.

supuesto caso de tráfico de drogas.

"Fue propuesta una rescisión contractual ofreciendo una interesante cantidad de dinero... La comprensión tuvo como resultado la firme intención de Maradona de no querer retornar, pues el retorno resultaría insalubre para su persona."

También se sensibilizó a los directivos locos de la FIFA. Desde Zúrich se impulsó la alternativa de la mediación. Y cuando Diego ya estaba en Sevilla apurando las agujas de un reloj que parecía detenido, Joseph Blatter pronunció una frase definitiva.

-Si no hay solución, cerramos la FIFA.

Desde Marsella, Bernard Tapie arrimó más leña al fuego. Disparó una oferta del Olympique -que se clavó como cuña en la negociación-

Pero Diego se embaldó con el Sevilla desde la primera charla con Biliardo. «Acá te vas a pasar fenómeno, Diego. La gente piensa igual que yo. Que bien que jugar tranquilo y divertirse».

Y el sentimiento de pertenencia se fortaleció desde el 13 de septiembre, el día que llegó a Sevilla junto a Claudia, Francis, el abogado Daniel Bolotnicoff, y al psicoanalista Rubén Navedo, quien debía informar personalmente a la jueza Barral de Vidal sobre su evolución psicológica.

A la tarde siguiente paseo por el exclusivo barrio Simón Verde.

Nada serio, ver casas, disfrutar los precios e imaginar qué tal se vería tomando fresco en los jardines hollywoodianos de la residencia de Espartaco, el torero más reputado de la región.

Caminando por las veredas arboladas le apretó la mano a Claudia y:

«¿Sabés? Estoy como cuando tenía quince años. Quiero correr, divertirme a la gente... Necesito que me dejen jugar, gritar un gol».

«Esto es lindo, ¿no?»

«Paí... Es más: esta ciudad me está motivando para buscar un Dieguito».

Sacó la mano de ahí.

Todo a pulmón

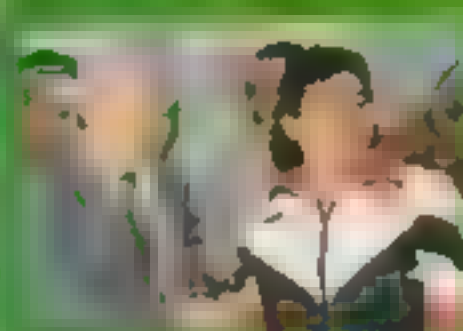
«Pierito, sacame una foto de atrás, así Michael Jordan ve que corro con la camiseta de él».

Trotando por el césped del club de golf Las Minas (nombre que lo hacía matar de risa) Diego se despachó con un pedido para el fotógrafo que lo seguía en un carrito.

«¿Y éste quién es?, me a decir Jordan».

Reía, Diego. Gozaba de la brisa fría. Hasta que divisó a un camarógrafo italiano y lanzó un mensaje:

«Vení, tomame... Que Fernando vea que todavía soy un hombre vivo. ¡Tengo ganas de correr, Fernando! ¡No me obligue a dejar el fútbol!»



El espíritu de Diego con el momento más importante de su vida: el momento en el que se convirtió en un jugador de fútbol.



El momento más importante de su vida: el momento en el que se convirtió en un jugador de fútbol. El momento en el que se convirtió en un jugador de fútbol.



A esa hora, la mesa oval de la FF-FÁ era un hervidero de gritos y des-piantes. Cuervos y Ferlaino, cara a cara y con un solo testigo: el grabador que Blatter dejó encendido tras el consentimiento de ambos.

-¿Cómo me van a ofrecer cinco millones y medio, si Franchi hablaba de nueve?

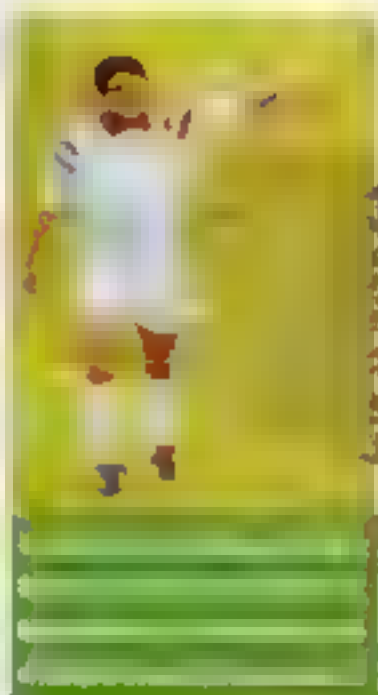
-¿Nueve? ¡¿De dónde sacaron esa cifra? Nunca la mencionamos. Además, Franchi no nos representa.

Durante tres horas repitieron los mismos términos, pero con distintas palabras. Y en el cuarto intermedio, como haciéndose el distraído, Antonio Matarrese, presidente de la Federación Italiana, se le acercó a su par español, José María Villar, y le sopló la combinación que abriría el conflicto.

-Si ofrecen siete millones y medio, Ferlaino agarra viaje.

Bien lejos de él: Maradona y su gente compartían el almuerzo en uno de los salones del Andalus-Parh.

E en los tres menos cuarto de la tarde del martes 22 de septiem-



Cierto. Después de 86 días, Ferlaino aceptaba la oferta. Napoli moraba a Diego del cepto contractual: tenía los pies libres para gambetear al tiempo y a las frustraciones.

Era un día de fiesta. Antes de partir hacia el centro aceptó una conexión vía satélite para el programa italiano L'Appello del Martedì y emitió su mensaje para el pueblo neapolitano.

-Llevaré al Napoli en mi corazón y jamás le enfrentaré, al menos que

defraudar... y se topó con una gambeta.

-Mira, yo soy un agredido de la vida. Por eso no creo que le haya fallado a mucha gente. Si me equivocué, me equivocué ya y pagué ya. Nada más. Quiero libertad para jugar y ahora que lo tengo debo responder por esto ante mis dos hijas. Que no se haga una novela de mi vida. Sólo eso les pido. Un hombre que corre 52 minutos a 120 pulsaciones no está muerto ni herido.

Y se volvió disparando al Andalusí. Había recuperado su identidad: Diego Maradona volvía a ser jugador de fútbol.

-Pero nada de jugador número uno, ¿eh? Ahora soy el diez mil.

Amor en el puerto

-Yo no sé de dónde sacas motivos para decir tanto vos...

-¿Por? Si vos a jugar para nosotros.

-Sí, Cholito, pero no te des una idea de todo lo que vas a tener que correr para que yo juegue un ratito. Tú te lo imaginás.

Onda. Y de la buena, Maradona

creta oposición, barnizado por el brillo de Lottmar Mathäus.

A las 21:02, persignándose y con el pie derecho, pisó la gramilla, levantó la vista y se le escapó el suspiro.

-No te puedo creer...

Allá arriba, en la división de la bandeja, flameaba una bandera argentina, española y boguense con la leyenda "Fuegorola es de Boca". Y desde los parantes brotaba la voz de Fabiana Cantilo entonando "Mi enfermedad" el tema que lo sensibilizó durante los días de espera.

A minuto y medio, cuando tocó la primera pelota, salió el manito liviano de los espasmos cálidos. Que fueron explosión con los primeros pases-gol para Suker. Y que derivaron en un insólito "shhhhhhhhhhh" cuando se preparó para ejecutar un tiro libre que estremeció el travesaño. Fueron noventa minutos de fútbol, de embalsamiento mutuo, un 3-1 esperanzador a la medida de las expectativas.

-Sentí una alegría comparable al nacimiento de mis hijas.

Diego no entendía la felicidad de Simeone por tenerlo como compañero: "Cholito, vos no tenes idea de todo lo que vas a tener que correr para que yo juegue un ratito...".

bre y a Daniel Bolofnicoff ya no le daban las manos para atender los llamados telefónicos de los periodistas italianos.

De repente, zafó. Esa llamada, no era para él. Era para Franchi. Marcos cruzó la sala y se metió en la cabina telefónica perseguido por todas las miradas. Habló poco, tres o cuatro palabras. Y volvió sobre sus pasos.

Sin cadenas sobre los pies

-Pob, sos libre.

-No te creo, no me jodes...

-Te digo en serio: sos libre.

sea en una final. Los amo con todo mi alma, jamás olvidé lo que ganamos juntos.

E Mercedes Ben, que se asig-nó el Sevilla lo acercó hasta un estudio de Radio Cope, donde realizaría una conexión con el periodista José María García. Allí le leyeron mensaje que lo conmovió: el de sus ex compañeros del Napoli, que se- guían amándolo a la distancia.

"Bienvenido al fútbol, y gracias a quienes lo hayan hecho posible"

Alguien le cruzó una zancadilla dialéctica: -"Ahora no nos vaya a

y el Cholito Simeone, los lugartenientes de Bilardo en la aventura del Sevilla.

Lunes 26 de septiembre de 1992. Treinta mil almas aborrotando el estadio Ramón Sánchez Pizjuán, nuevo templo de la vanga mestiza, co-lapso hambriento para los leones de la revancha. Un marco pictórico para el regreso de un artista: gorras y bufandas, cantos y bocinas, palmas y ovaciones.

Enfrente, el Bayern Munich. Un rival jerarquizado y amable para la presentación. Un partenaire de dis-

Tanto le echó el ojo a la mansión del torero Espartaco, que terminó alquilándola por diez mil dólares mensuales. Y tenía razón Bilardo: en Sevilla podía vivir en paz. Suficiente con decir que caminaba por sus calles sin sentir la asfixia de la fama.

Impulsado por su magnetismo sin fronteras, el Sevilla llegó hasta la Argentina para jugar dos amistosos contra Boca. E primero, en Córdoba. Finalizó 3-1 para los esperfiles. Y la revancha... La revancha fue una fiesta ante treinta mil personas. Una fiesta que lo retrotrajo





La curia médica en acción, esta vez ante el Bilbao, el equipo más emparentado con sus hermanas que con sus hermanas gloriosas. Fue durante su primer partido oficial, el 4 de octubre de 1992. El arquero dio rebote y lo metió en campañero.

a aquellas tardes doradas de 1981. Una fiesta que le permitió jugar el segundo tiempo con la camiseta de Boca y, de Yapa, meter un lindo gol, aunque no alcanzara para equilibrar el marcador otra vez favorable al Sevilla, 3-2.

Pasó el afecto de la gente, hizo los cálculos para la vuelta y se dejó llevar por el magnetismo de la piel boquerense.

-Fue bárbaro, un volver a vivir.
-Meña pareció que comiste más en el segundo tiempo que en el primero.
-Y claro, fiara, por la camiseta...

La hecatombe

Immejorable. Imposible superar el arranque de 1993. Basile lo convocó para integrar la Selección.

-Es un orgullo.

AFA lo premió como el Mejor Jugador Argentino de Todos los Tiempos.

-Es un premio tan grande que me parece injusto. Le hubiese quedado a medida a un monstruo como Kempes.

Besó la diez en el amistoso que

la Selección empató 1-1 con Brasil celebrando el centenario de la AFA.

-Me pesó la caneseta y el roce de la tela ya me erizó la piel.

En Mar del Plata, otra vez con la Selección, levantó la Copa Artemio Franchi tras ganarle la definición por penales a Dinamarca, luego del 1-1 de los noventa reglamentarios.

Los dirigentes del Sevilla contrataron detectives para seguirlo a sol y a sombra.

-Cuando levanté la Copa me sentí el argentino más feliz.

Immejorable hasta que se produjo la hecatombe impensada. Minuto 6 del segundo tiempo en el Sánchez Pizjuán, Sevilla le gana 1-0 al Burgos, araña un lugar en la Copa UEFA, respira pese al andar tortuoso en el torneo. Bilarido piensa, repensa y ejecuta.

-Mená, Pinola. Entrá por Diego.

-¿Por qué?

-Por Diego.

Maradona vio la chapa con el diez por el rabito del ojo. Y se transformó. En un instante se le cambió el semblante mientras la cámara de televisión enfocaba el momento exacto de la dedicatoria visceral... -¡Hijo de p... y la p... madre que te parió!

Diego se arrancó el brazalete de

capitán y lo arrojó al piso: el benito que descargaba una segunda andanada de insultos contra Bilarido.

Las tribunas parecían la foto de un estadio en trance. Nadie hablaba. Nadie se movía. Nadie entendía lo que sucedía. Diego llegó al vestuario y pateó la puerta, boxeo con los armanes, vomitó maldiciones.

-¡Esto lo tengo que arreglar con Bilarido como hombre, si es que Bilarido es hombre!

Claudia no pudo calmarlo. Pero

lo sacó de la tormenta y se lo llevó a la mansión de Simón Verde. El partido continuó: igualaron en uno- y el balón fue una silbatina espesa para Bilarido. ¿Qué había pasado? Diego tenía la rodilla a la intemperie. Estaba para el cambio, pero en el entretiempo, el Marigón le pidió que se infiltrara para seguir. Se bancó tres peniques infernales. Todo fuera por Bilarido, a quien se le ocurrió sacarlo... a los diez minutos! Entonces estalló.

Bajo sospecha

Las pulsaciones bajaron. Desprendieron al lleno aconsejable. Y Diego comprendió que se había equivocado.

-No soy de pedir perdón, Carlos, pero sé que estuve mal. Estoy arrepentido por lo que pasó.

-Ya está, dejalo así. Mañana veni a entrenarte y asunto terminado.

Pero no fue. El dolor lumbar era un agujón implacable, capaz de hendirlo en depresiones llevatables. Diego quería, pero no podía. A los 32 años, el físico se pasaba lecturas.

El entorno de Sevilla prelinó la intolerancia. Como si se tratara de un delincuente, los directivos contrataron el servicio de dos agencias de detectives: Walker's y Markus, para que lo siguieran por cielo y tierra. Para que confeccionaran un itinerario de sus escarceos públicos y privados.

Diego se percató, escuchó una frase del vicepresidente José María Nido: -"No está ni para jugar al golf" y...

-Se acabó, Claudia. Sevilla nunca más. El fútbol nunca más... más. Tengo más ganas de largar el fútbol que de volver a jugar. Preparé las cosas, nos vamos... @

EL ESPEJISMO



El momento apoteósico
de la victoria se vive a las
veinte y cinco del debate.
El boxeador mexicano, en la
segunda de independencia.

he, Gringo, esto es más
aberrado que jugar al
solitario.

Tenia razón la Tota Rodríguez. El amistoso de práctica entre Newell's y los paraguayos de Cerro Corá era pésimo. Un espacio: 5- hasta los empleados del club habían oprado por volver a sus puestos de trabajo antes que adormecerse con un partido que parecía solteros contra casados.

El Gringo Gusti, el socio de la Tota en esto de andar representando jugadores por el mundo, se queda pensando en todo. En la frase, en el paisaje bucólico de esa canción desierta, en la indiferencia de los finches de alma. Y se le prendió la jamporita.

¿Sabes lo que le hace falta a este

querer? Talvez um dia que eu a
venir correndo.

4444

¿Como que me habias en ser o?

-Si, de verdad. Si usted me autoriza, yo lo tento. ¿Se imagina Norwell's con Maradona? ¿Qué me dice? ¿Qué hace?

• **But - Very few find work**

Mientras en la charla se discutió el período de todo el país para bajar la novedad del día. Más allá de un paso de Argentina. Eso que es A. A. Dique de un Estado económico a entidad de la Paternidad. Alcanza de la gloria y el mundo con un grupo empresarial que se refiere cargo del fondo y que debe más de dotación de recursos de la región a mudar el nivel de la zona.

1. 2015-2016 2017-2018 2019-2020
 2. 2015-2016 2017-2018 2019-2020
 3. 2015-2016 2017-2018 2019-2020
 4. 2015-2016 2017-2018 2019-2020
 5. 2015-2016 2017-2018 2019-2020

A PSCA não deve ser confundida com outras doenças, e se é difícil saber se o diagnóstico está correto, o médico pode fazer um teste que confirma a doença em 90% dos casos. É necessário fazer exames de sangue e urina, e também de imagem, como ultrassom e tomografia computadorizada.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32
 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69 70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93 94 95 96 97 98 99 100
 101 102 103 104 105 106 107 108 109 110 111 112 113 114 115 116 117 118 119 120 121 122 123 124 125 126 127 128 129 130 131 132 133 134 135 136 137 138 139 140 141 142 143 144 145 146 147 148 149 150 151 152 153 154 155 156 157 158 159 160 161 162 163 164 165 166 167 168 169 170 171 172 173 174 175 176 177 178 179 180 181 182 183 184 185 186 187 188 189 190 191 192 193 194 195 196 197 198 199 200
 201 202 203 204 205 206 207 208 209 210 211 212 213 214 215 216 217 218 219 220 221 222 223 224 225 226 227 228 229 230 231 232 233 234 235 236 237 238 239 240 241 242 243 244 245 246 247 248 249 250 251 252 253 254 255 256 257 258 259 260 261 262 263 264 265 266 267 268 269 270 271 272 273 274 275 276 277 278 279 280 281 282 283 284 285 286 287 288 289 290 291 292 293 294 295 296 297 298 299 300
 301 302 303 304 305 306 307 308 309 310 311 312 313 314 315 316 317 318 319 320 321 322 323 324 325 326 327 328 329 330 331 332 333 334 335 336 337 338 339 340 341 342 343 344 345 346 347 348 349 350 351 352 353 354 355 356 357 358 359 360 361 362 363 364 365 366 367 368 369 370 371 372 373 374 375 376 377 378 379 380 381 382 383 384 385 386 387 388 389 390 391 392 393 394 395 396 397 398 399 400
 401 402 403 404 405 406 407 408 409 410 411 412 413 414 415 416 417 418 419 420 421 422 423 424 425 426 427 428 429 430 431 432 433 434 435 436 437 438 439 440 441 442 443 444 445 446 447 448 449 450 451 452 453 454 455 456 457 458 459 460 461 462 463 464 465 466 467 468 469 470 471 472 473 474 475 476 477 478 479 480 481 482 483 484 485 486 487 488 489 490 491 492 493 494 495 496 497 498 499 500
 501 502 503 504 505 506 507 508 509 510 511 512 513 514 515 516 517 518 519 520 521 522 523 524 525 526 527 528 529 530 531 532 533 534 535 536 537 538 539 540 541 542 543 544 545 546 547 548 549 550 551 552 553 554 555 556 557 558 559 560 561 562 563 564 565 566 567 568 569 570 571 572 573 574 575 576 577 578 579 580 581 582 583 584 585 586 587 588 589 590 591 592 593 594 595 596 597 598 599 600
 601 602 603 604 605 606 607 608 609 610 611 612 613 614 615 616 617 618 619 620 621 622 623 624 625 626 627 628 629 630 631 632 633 634 635 636 637 638 639 640 641 642 643 644 645 646 647 648 649 650 651 652 653 654 655 656 657 658 659 660 661 662 663 664 665 666 667 668 669 670 671 672 673 674 675 676 677 678 679 680 681 682 683 684 685 686 687 688 689 690 691 692 693 694 695 696 697 698 699 700
 701 702 703 704 705 706 707 708 709 710 711 712 713 714 715 716 717 718 719 720 721 722 723 724 725 726 727 728 729 730 731 732 733 734 735 736 737 738 739 740 741 742 743 744 745 746 747 748 749 750 751 752 753 754 755 756 757 758 759 760 761 762 763 764 765 766 767 768 769 770 771 772 773 774 775 776 777 778 779 780 781 782 783 784 785 786 787 788 789 790 791 792 793 794 795 796 797 798 799 800
 801 802 803 804 805 806 807 808 809 810 811 812 813 814 815 816 817 818 819 820 821 822 823 824 825 826 827 828 829 830 831 832 833 834 835 836 837 838 839 840 841 842 843 844 845 846 847 848 849 850 851 852 853 854 855 856 857 858 859 860 861 862 863 864 865 866 867 868 869 870 871 872 873 874 875 876 877 878 879 880 881 882 883 884 885 886 887 888 889 890 891 892 893 894 895 896 897 898 899 900
 901 902 903 904 905 906 907 908 909 910 911 912 913 914 915 916 917 918 919 920 921 922 923 924 925 926 927 928 929 930 931 932 933 934 935 936 937 938 939 940 941 942 943 944 945 946 947 948 949 950 951 952 953 954 955 956 957 958 959 960 961 962 963 964 965 966 967 968 969 970 971 972 973 974 975 976 977 978 979 980 981 982 983 984 985 986 987 988 989 990 991 992 993 994 995 996 997 998 999 1000
 1001 1002 1003 1004 1005 1006 1007 1008 1009 1010 1011 1012 1013 1014 1015 1016 1017 1018 1019 1020 1021 1022 1023 1024 1025 1026 1027 1028 1029 1030 1031

... para cordar una ampolle...
... cente y a pa... de eso un...
... ampolle accesible para que Diego...
... se incompleta... a Salim...

N había estado en la Es-
tada y a un insomnio que es-
tados fábula de una reunión
en el lago y el lago. Será mu-
eriores de la niñita de la
pia y el Die queda encandado
que discurrir enamorado

«Una mi casa de fútbol. Es un fe-
nómeno».

[illegible]

Por alguna razón indeseable
die veinte años que esa oleada de

Cuando el acuerdo con Anderson se había firmado, las barras le pidieron 50 mil dólares e insistieron a Clay y a sus hijos. El acuerdo con el arregio con Newell's

club? Un sacudón bien grueso. Yo conozco una sola persona capaz de

2006/07/07

• **Married couples.**

La Tota lo miró como si hubie-
ra descubierto la fórmula de la vi-
da eterna.

-Ya, yo mismo hay que decirse a
Cattaneo. ¡Yai!

•Pará, loco. pará que termine y ba-
tamos el vestuario.

E Gringo lo encoró a boca de jarro, pero sin suprimir una sonrisa leve y angiosa.

-Certénas, uno quiere que lo traiga

El presidente pensó que era un chiste y le devolvió la pared en tono de broma, como asociándose a una broma que no alcanzaba a entender en toda su dimensión.

• Pero si, Ginnott, ¿cómo no voy



Les images de la guerre, la loi, et le crime commencent à se dresser pour jouer sa partie précautionnée avec le monde. Il n'y a pas de doute que la loi est la partie de la guerre.

[illegible]

El miércoles 8 de septiembre
Francisco recibió un llamado de Julio
Rodríguez, el presidente de la AFA
y le dijo que el caso instaurado una
vez de más.

Ojo, Marcos, mira que queda un día y medio para pedir el peso internacional de Diego. Después no hay derecho al bataeo.

En la noche se oyeran a las
mismas horas y en toda América
de Madonna, los dos se reunieron
y se dio un gran llanto imaginario por



es momento de comenzar. Disque salud
 a un trabajo completo, a la actividad
 que se realizó sólo para verla
 celebrarse por primera vez en México.



se a las tres ofertas: Newell's, San Lorenzo y Argentinos. Tarde o temprano, deberían tomar una decisión.

No fue sencillo. Cada uno tenía sus pro y sus contra. Hasta que Marcos hizo la pregunta clave:

«Olvidate de todo por un minuto. Olvidate de la quita, de los afectos, de la historia, de las hinchadas. Si vos repasás los hombres que integran los tres equipos, ¿dónde te parece que encajarías mejor?»

Y en Newell's.

«Entonces?»

Entonces fue eso: Newell's.

El club de los tres

Más allá de ese análisis futbolístico, hubo otro episodio que inclinó la balanza sorpresiva, definitivamente.

El acuerdo con Argentinos no era verso. Ya estaba abrochado. Entonces un grupo de la barra brava del Bicho se apareció por la casa de Maradona, en Correa y Avenida de Libertador.

A los tipos no les importó que Diego escudara con sus hijas. Lo encararon igual. Primero hablaron sobre trivialidades sobre el volver a vivir sobre los años que habían pasado desde que partió del club. Pero después, a boca de jarro, le pidieron 50 mil dólares porque alguien, según ellos, les había informado que el Diez se los iba a dar. Pero Diego les sonrió como eché hervor.

«¿Cincuenta lucas? Ustedes están de la cabeza, hermano. Esa quita se la doy a mi viejo, nada más. ¿Entendieron? Y, si es necesario, los pego a todos ustedes juntos, por más per-



Maradona entre en la Bombonera, su segundo casa, para enfrentar a Boca. La Boca lo aclama con el color de siempre y él devuelve el cariño con un saludo particular.

sados que sean. Si quieren quedarse todo el día acá, parados en la vereda, que yo no les voy a dar un peso partido por la mitad, más que promesa ni ocho cuartos.

Mientras Diego sube a dormir a siesta, los desados prometen hacerle la vida imposible. Es más, el grupo comienza a reírse. Maradona cagón en la pared de enfrente. Y no contentos con eso, insultaron a Claudia y a sus hijas cuando salieron para hacer compras. Eso fue la gota que rebasó el vaso.

Oviamente, el secreto de ese episodio no se pudo guardar. Por mucho tiempo. No bien se levantó de la siesta se comenzaron a pasar y estaba como soldado sacando lazo. Con los dedos.

«¿Pusieron a la Claudia? Ya van a ver estas desgraciadas. ¿Así que ellos son pesados, así que se creen muy piolas? Yo también puedo serlo. Ya van a ver. Mi loco juego para Argentinos. ¡Mi loco!»

Ahí nomás tomo el teléfono del

aviso y llamo a Franchi, que se estaba por la excitación de su tono de voz. Es que todavía tenía las pulsaciones al galope.

«Dale para adelante con Newell's, como habíamos quedado. ¿Sabes lo que hicieron los cabeceros de la barra? Pusieron a la Claudia. ¿Qué se creen, viejo, que me van a poner por delante? No, señor. No, señor. Con Maradona no se juega. ¿Y sabes lo máxima? Queman quita. Un vagón de quita! Yo les hubiera dado un mango para el vino, para el que se queja, pero cincuenta lucas... Si no les di a los que viajaron para el Mundial. Arreglé con Newell's. Marcos. Arreglé con Newell's y que se joden. Quedamos así».

El día del encuentro

«¿Con quién juega Newell's?»

Con nadie, loco.

«¿Cómo con nadie? ¿Y esa gente?»

Viene a ver a Maradona.

Desde el mediodía, las calles vibrezantes de Parque de la Inde-

pendencia vivían un rumor de domingo. Una procesión de gorros y banderas y camisetas y cometas y cantos y gritos y emoción.

Por eso el sobresalto. Ese corazón de enido, a las 17.37 del lunes 13 de septiembre, cuando a Petusa se asomó por la manga y vio que en las tribunas había 30 mil personas embanderadas sólo para verlo entrenarse, para seguirle el frente cansino con el buzo que en la espalda tenía bordadas las únicas tres letras de abecedario que importaban de verdad: N.O.B.

¿Se habrá acordado del San Paolo? Seguro. De aquella tarde en que se llenó un estadio sólo para verlo saludar y eneborrar un puñado de palabras bien aferrado al micrófono, como para que el aparato lo sobreviviera a él.

El «Maradoooo... Maradoooo» sonaba como un grito tribal. Como un himno esperanzado y desahogado. Y voló sin alas. Voló lanzado por los jugadores y Solar. Tan felices como el san de siempre, ados como el tan niño como se sentía él.

El jueves 7 de octubre, ya de noche, el mar de la sería más conmovedor todavía. Con una celebración queblerina antes del amistoso de presentación con el Emelec ecuatoriano.

Un estadio en penumbras, un haz de luz que lo sigue, sus hijas del brazo, un mar de banderas rojas y negras que surcan el césped de una punta a la otra, un corral de pavos de un feirao de fuego. «Diego, NOB es tu casa» y un gol con la de palo, con la derecha, para inaugurar una ilusión, otra más.

Esa noche fue un gran día. Pe-

Treinta mil personas se reunieron en el Parque Independencia solo para verlo entrenarse. No pudo evitar la emoción. Se acordó de la presentación en el Napoli.

CARTU

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

"Me fui de rosca cuando dije que Basile se había emborrachado con dos Copas América, pero el Coco tiene 'rioba' y me va a entender. Ya pasó. Ojalá volver a la Selección"

Lo más grande sería el domingo 10 de octubre de 1993. Porque ocho años, diez meses y ocho días después de su expulsión en Boca-Vélez del 2 de diciembre de 1981, Diego Armando Maradona volvía a jugar oficialmente para un club argentino y en la Argentina.

¿Dónde? En la cancha de Independiente, delante de esos escalonados escufoles en los que alguna vez supo pararse para admirar la magia intangible de Ricardo Enrique Bochini, su ídolo de pequeño.

Ahora había otro hueste en la tribuna, nada menos que Enrique Omar Sívori. El Cabezón, que era el amor eterno de esa Juventus donde había brillado como pocos. Un grande incrédulo ante la estampa de Maradona. Y lo escamaba sin pruritos.

-Yo estuve en el Sánchez Plazán hace un año, cuando debutó en el Sevilla. Aquella vez me llevó la imagen de un ex jugador. Ahora, un cambio, estoy viendo a un jugador intacto, pleno, con ganas de demostrar que todavía tiene mucho para darle al fútbol argentino.

Dos rebonas, una salvada en forma milagrosa por el arquero Luis Isias adentro del área chica, que merecía ser gol. Diez, quince pases con su copyright exclusivo, una docena de toques increíbles, miles de apiñados.

Dinámica, buen diálogo futbolero con sus compañeros, un saldo tremendamente optimista, pese al cachetazo del 1-3. Y una confesión de vestuario.

-Estoy viviendo en una nube. Ni yo puedo creer que me sienta tan pero tan bien. Mañana tengo que hablar con el Coco Basile. Sí, ya sé que me

fui de rosca cuando dije que se había emborrachado con dos Copas América. Pero eso ya pasó. El Coco es como yo, bien de "rioba" y no necesita que le analen durante la partida. El Coco tiene todo claro. Me va a entender. Seguro que me va a entender.

¿Y mañana qué le vas a decir? -Que quiero ganarme un puesto en la Selección. Pero que no tiene que regalarme nada, ¿eh? Yo me lo tengo que ganar solito, sin ayuda de nadie.

El salvador de la patria

Desgranó los días rosados sin demasiado vértigo. Instaló el cuarter general en el hotel Riviera, medianamente alejado del centro de la ciudad. Curso y se hizo querer. Y después, fiel al estilogén de los boys

scouts, le dijo "siempre listo" a la Selección en una hora crítica y fortísima.

Después de aquel 0-5 con Colombia en el estadio Monumental que empujó al equipo por la pendiente de un repechaje para acercarse del último pasaje para el Mundial 94. Dos partidos con Australia, a todo o nada.

Primero en Sydney después en el Monumental. Y la presión sí mangó, trillando los nervios en crespaditos de todo un país que no caía en su asombro.

-El único que nos puede salvar del desastre es Diego. ¿Quién si no?

El diagnóstico de la calle era lapidario. El hincha se había emocionado con esa Selección de Atilio Basile. Porque durante tres años el equipo del Coco había ganado dos

veces la Copa América y había jugado bien de verdad. Pero, inesperadamente, había trasfobillado en una instancia clave. Y en la arena movidiza de la crisis sólo había confianza para un hombre.

El Diez no estaba diez. Físicamente, parecía sentir el impacto de aquella dieta veloz, implacable. Los músculos cobraban su venganza por tanto esfuerzo en tiempo record. Pero era la Selección, su gran amor, así que todo sacrificio era válido.

Diego jugó. Acá y allá. Metió el centro para que Abel Balbo clavara el cabezazo goleador en Sydney, el que posibilitó el 1-1 igualmente tranquilizante.

Y el 17 de noviembre condujo al equipo que abrió la victoria mínima en el Monumental -aquel 1-0, con grito de Gabriel Batistuta- y logró la última plaza para el Mundial de Estados Unidos.

El salvador de la patria había cumplido. Estaba en paz aunque lo aguardaba otra guerra.

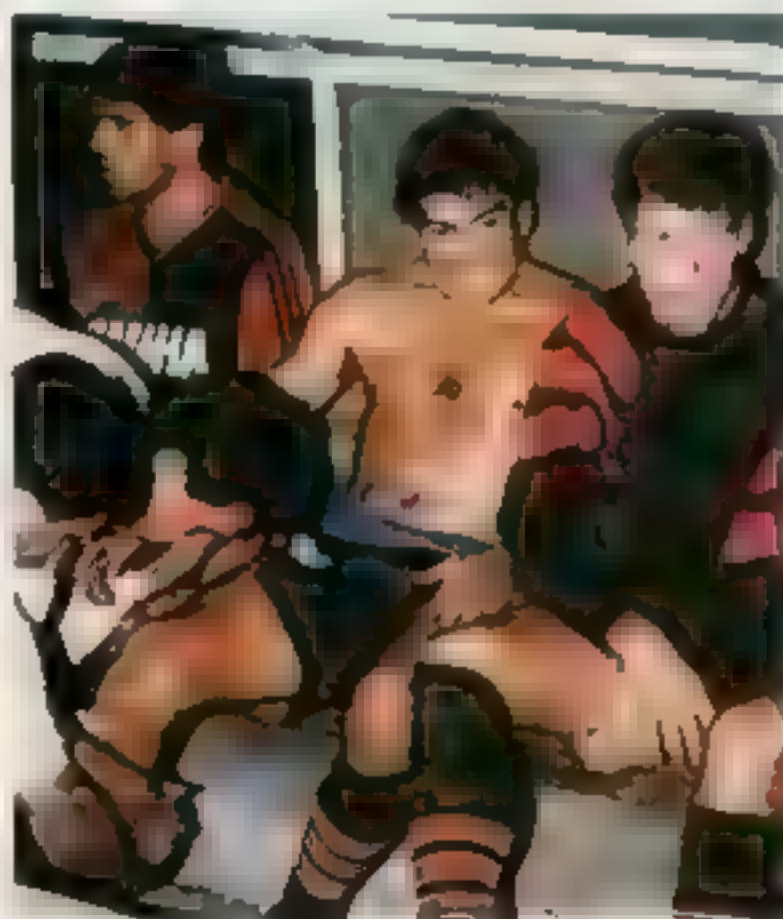
El martirio

-¡Uyyyyy!

Lo suyo enseguida, estaba roto. El músculo estaba roto. Iban 35 minutos de primer tiempo de partido que Newell's jugaba contra Huracán, el jueves 2 de diciembre en Parque Patricios. Iban 10 arriba -después empataría el Globo- y se lanzó en carrera para atrapar una pelota sin dueño. Una pelota como tantas.

El puntazo lo sorprendió en la máxima exigencia del tranco. Justo ahí, en el gemelo zurdo.

Venía bastante baqueado. Sólo es cuestión de rebasar su pe-



La pierna dolorida, los médicos trabajando sobre la lesión rotada, el inicio a punto de aborrazar en el gemelo. Se venía el final de su historia con Newell's.

na para comprobarlo. La noche después de haberse ido Ausa a la suea Córdoba para jugar ante a Beigrano, siete días después, con Boca y el jueves 2 de diciembre era conocida ese esfuerzo se grito que le partió el alma.

Mucha exigencia, mucha presión, mucha presión, negándole a jugar mucho que ya venía asique de infer. ¿Por? Por el promedio el descenso, por la incertidumbre del Social, por la llegada sin hacer de proceso, porque Casali, por las versiones de un mes en el que de para seguir a la una mil a Boca.

¿Justo ahora me tiene que pasar esto? ¿Justo ahora? Yo quiero jugar para demostrarle a toda la gente de Newell's que quiero pelear para ser el equipo de esta situación, pero no aguantó. Bocha, la pierna no aguantó.

Bochini ya nunca tenía dolor. Y en esa situación, menos dolor en la pierna y bajo comen a para conseguir a Diego. Se iba a jugar, pero ya estaba nada de dolor para el dolor. Estuvo quince minutos en la pierna y la familia y el de jugar a go en Boca. Conoció el diagnóstico.

Es un desgarro importante, complicado porque está sobre la cicatriz de un desgarro anterior. Diego tenía molestias en la otra pierna y estaba forzando la izquierda. Esa debe ser la razón. Sobrecargó una para proteger la otra.

¿Añora todo?

Hay que parar un mes. Mínimo un mes.

Triste, sortario y final

El paréntesis del verano devuelto a un Maradona animadamente evaluado. Sacado como otros antes, por el hecho que ya se estaba demasiado permeable a las





El último segundo de Maradona como jugador de Newell's. Solo el diez, entre Garay. Minuto 72 del encuentro con Vasco.

mostradas. Él mismo se digitaba los límites, con la Cope del Mundo e seis meses de distancia...

-Mi Mundial es Newell's. Me pienso más allá porque las lesiones no me dejan volar más allá. Si no puedo hacer cosas por Newell's, si no puedo poner el hombro por Newell's, menos las voy a hacer por la Selección, que requiere una entrega superior.

Vasco de Gama ya estaba en la ciudad. Había dos amistosos programados con el equipo carioca: uno en Rosario y otro en Mar del Plata. Y hacia ellos apuntaba la mira a mediano plazo de Diego. Serían una buena prueba.

Venía remontando con saltura la cuesta del desgarro, pero en el entrenamiento del miércoles 12 de enero lo sorprendió una leve contractura en la cara posterior del gemelo derecho.

-¿Será posible, tordo? ¿Cuándo se

va a curar el dolor?

Serenate, Diego. Es una contractura, nada más. No te pongas loco. Contra el Vasco vas a estar fenómeno. Ya ves a ver.

Estaba, nomás. Pero sucedió un imprevisto. Un episodio digno de película.

Rumbo a la cancha, trepando por la escalinata del túnel. Diego

a mi casa que para entrar peo tengo que salir igual. Mirá la gente que hay en la tribuna. No les puedo fallar.

Salió. Y se mordió la lengua durante 72 minutos de entrega conmovedora. En realidad hubo un punto en que no alcanzó a discetear qué le molestaba más: si el dolor en la pantorrilla o las patadas

Las limitaciones físicas le generaban impotencia. Quería jugar, pero no podía.

Irastabilió y se resistió de la contractura. El Gringo Scooni, que lo vio caer delante de sus narices, se desesperó y lo ayudó a levantarse con muchísima cuidado. No podía creer lo que había visto, semejante infortunio.

-¿Y ahora qué vas a hacer, Diego?

-Voy a jugar. Estoy más para irme

Los jugadores del Vasco le pegaban como si se tratara de un partido oficial, de una final de Copa Libertadores. Como si quisieran tomarse venganza por algún daño que el talento de Diego le había causado al fútbol brasileño en aquel Mundial.

no se van a agarrar con los del Flamengo, que siempre les pesan a trapo?

Hablaba al montón, como para que lo escuchara en todos los lados que lo embudo de frente al zaqueiro Ricardo Rocha, a quien conocía por la amistad en común con Antonio Cárera, su ex compañero de aventuras y hazañas en el Napoli de las hazañas.

¡Hermanito, cómo pagani Paracan karitecas...

A mí no me mites, Diego. Qué hoy es mi debut en el Vasco.

-Entonces quedate, porque te van a pegar a vos también.

Esa primera leyó, al fin. Alguien le esperaba. Diego Garay, para reemplazarlo.

Esa salida fue la última. Nunca volvió a volver. En una última con la camiseta de Newell's adherida a la piel. Pero nadie lo sintió. Ni siquiera él.

¿Que pasó? Una conjunción de factores. Ninguno tan poderoso como la impotencia que le generaban los límites al cuerpo físico. Pero todos muy fuertes. Empezando por la mala relación con el profesor Castelli, a quien le costaba mucho entender la enfermedad dispensa de un tratamiento especial, como es que reclamaba su fisiología y su condición. Y extendiendo los entrecantos desabridos a la distancia de su gente, a agobio de las presiones, a la necesidad de refugiarse en algún modo de esquivismo.

La revancha con el Vasco era en Mar del Plata. Marla al viaje con el testigo de planear, pero la noche anterior desapareció para siempre. Se escondió en el armario como una pompa de jabón.

LA TRAICIÓN



...en el momento en que se
...de la mano de un
...por el momento y pronto
...de la mano de (los señores)
...los señores. No importa
...en la vida.

luego, ¿qué vas a hacer cuando termine el Mundial?

-Me voy a tomar unas vacaciones con toda mi familia.

¿Y dónde vas a ir?

A un lugar donde nadie me conozca... Seguro que a Boston, la...

Diversido. Chispeante. Seguro de sí mismo. Luciendo el disfraz que la mayoría esquila y que a él tan bien le queda. Un traje de salvador que el destino siempre pareció confeccionarle a medida.

Ese Maradona que regaba optimismo en la concentración de Babson College parecía un pariente lejano de aquel Maradona de señalado que había arrancado el año a balineos amplos en su quinto de Moreno.

Ese Maradona que trotaba kilómetros interminables en las ru-

tas tediosas y aburridas de la cinta de correr parecía un atleta sin conexión alguna con aquel Diego Maradona aquejado por las lesiones musculares, rosco y huido preso de permanentes ataques de nervios que se enraizaban en la impotencia.

Ese Maradona o stencio a sus joviales 34 años, respiraba el aire plastificado de USA 94 con objetivos mensurables en términos históricos y humanistas: convertirse en el primer argentino que participaba en cuatro mundiales, transformarse en el jugador con mayor presencia mundialista unciar en el mutismo a sus detractores crónicos y demostrarse a sí mismo que era capaz de todo. De todo.

Se empezó a convencer en Salta, la noche del 20 de abril. No por

haber convertido un gol de penal a los 55 minutos. Tampoco por la victoria previsible sobre Marruecos, un 3-1 y sin trastornos futbolísticos dignos de mención, ante un rival de segundo orden. Pero sí por la respuesta del cuerpo. De ese envase floroso que en enero era un trazo de piso y ahora, apenas tres meses después, lucía como un relato de la mejor seda.

Pensaba jugar sesenta minutos sin embargo cuando el Coco Basile se paró al lado de la línea de cal para ordenar el campo. Lo encará en seco, pero con amabilidad, porque el Coco era un tipo al que le tenía un cariño muy especial.

-Déjame un cachito más... Me siento fenomenal.

Quince minutos después el talento singular el Burrillo Ortega, se paraba en la línea de cal para to-

mar la posta. Y Diego se la transmitía con un mensaje sencillo y conmovedor.

«Rompe!»

No hubo cristiano que pudiera trocarle el humor de ahí a la concentración definitiva del 9 de mayo. Ni siquiera lo apartó del camino la discriminato la determinación del gobierno japonés, que le negaba la visa por sus antecedentes vinculados con sustancias prohibidas.

La AFA tomó una determinación que pocos imaginaban suspenso. Se giró por tierras niponas y programó los tres partidos previos al Mundial con Ecuador (0-1), la inevitable cabala con Israel (3-0) y Croacia (0-0).

Ese awal lo gratificó. Sintió que los directivos de una vez por todas, se arrimaban al fogón de la

En la previa del Mundial los japoneses le negaron la entrada y la AFA tomó una medida que lo gratificó: suspendió el partido en Japón para respaldarlo. Después sería distinto.



Maradona bombero. Después del 0-5 con Colombia, Zileta volvió de Argentina a la Selección y jugó el repechaje con Australia.

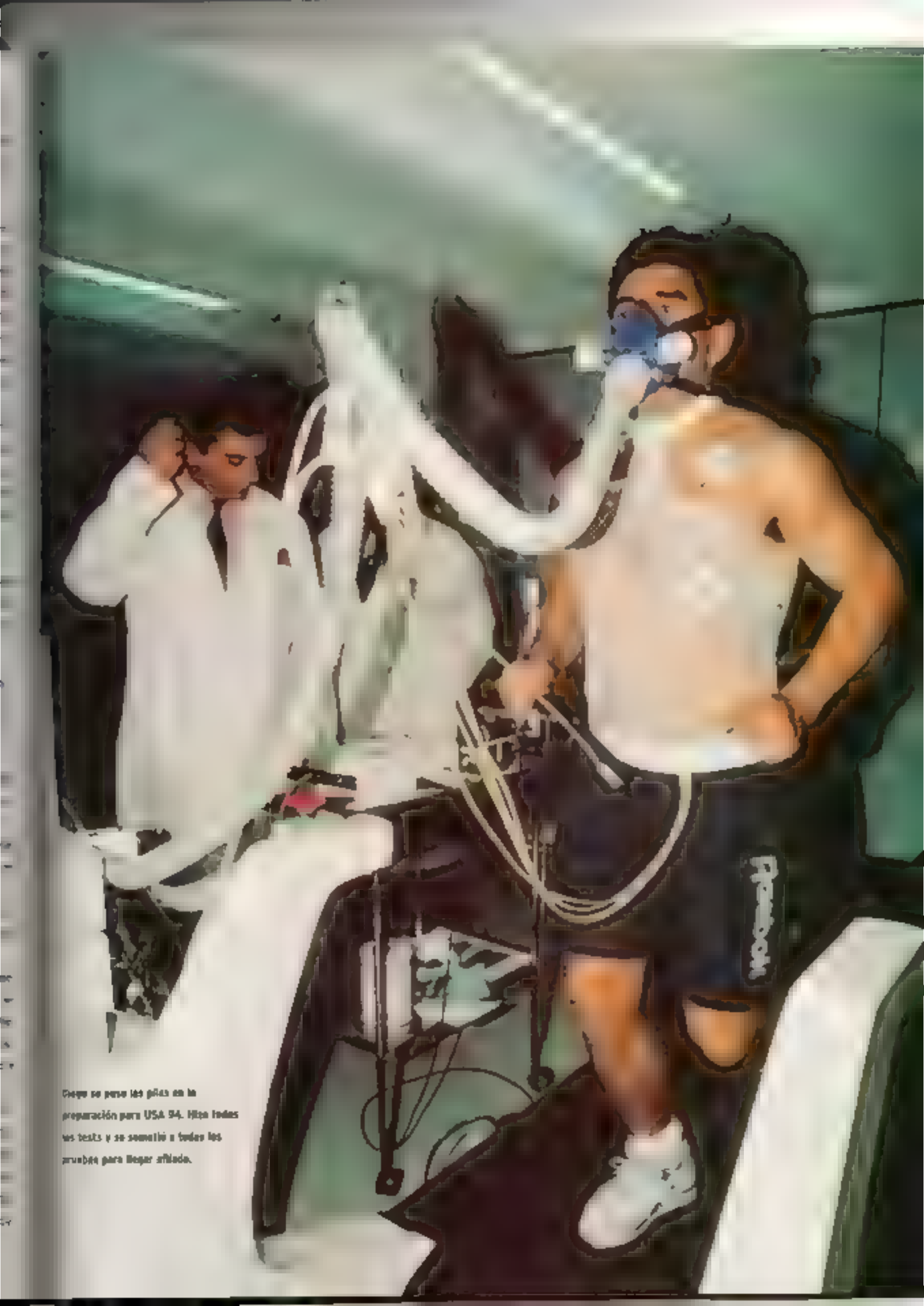
compreensión. Que lo valoraban en su justa medida. Se lo confesó sin rubores a Claudia.

-Ahora me siento más fuerte, más confiado, con más control sobre mi cuerpo.

Lógica. Signorini dice que con el peso que tenía antes, no podías jugar al fútbol.

-Puede ser, puede ser. Pero tampoco veía a los demás con tanta fe en mis posibilidades como los veo ahora. Miré los capos de la AFA... Se le fueron como nunca. La verdad, no lo puedo creer.

Pero la gira le devolvió una sensación funesta. Estaba fuerte, bastante sólido. Pero se no abalanzaba. Sin la explosión de pique corto, sin ese arranque de petardo que dejaba a los contrarios mal pa-



Después de pasar las pruebas en la preparación para USA 94. Hizo todos los tests y se sometió a todas las pruebas para llegar afilado.





"Si Diego fuera alemán, no jugaría este Mundial. Solo alguien con la mentalidad de un argentino es capaz de esto", dijo Schuster.

-Si Diego fuera alemán, no jugaría este Mundial. Sólo alguien con la mentalidad de un argentino y la genialidad de Maradona es capaz de intentar esta locura a su edad, después de tantas y tantas batallas...

El sábado 25 de junio, ante Nigeria, se jugarían nuevas muecas de incredulidad.

Esta vez jugó los noventa minutos y fue, literalmente, el dueño de partido. La manija temperamental y futbolística de un partido que ingresó en zona de turbulencia por el 2-1 apretado, pero terminó a cielo despejado por el concierto embriagante de su zurda.

La puso bajo la suela, la escondió de la enjundia de los morenos, generó un par de desbordes clínicamente maradonianos y se la

guardó junto al botín enquantado hasta el segundo final hasta que una enfermera de la organización le interrumpió el festejo para llevarlo de la mano.

Se fue de la cancha como al esa joven recordada fuera su novia y ya estuviera paseando por un jardín de rosas. A paso lento, saludando a la tribuna que bramaba su apellido, sorriendo con una franquidad que invitaba a soñar con otro título, con otro campeonato, porque esa Selección plagada de talentos había dejado la sensación termica de tener pasta de campeón, de campeón del mundo.

Lo decían todos, los futbolistas, devenidos comentaristas, históricos del fútbol, observadores imparciales, dirigentes de los cinco

continentes, miembros de la organización. Esa Argentina de Basile, esa Argentina de tantos jugadores al servicio de la creación, tenía todo para beberse la gloria.

Diego estaba feliz con ese planteo, con esa idea. Estaba feliz porque en la cancha se había plasmado lo que el Coco les había anticipado antes de empezar el campeonato.

-Yo me lo juego por ustedes, muchachos. Los pongo a todos juntos, por más que me digan que estoy loco. Si nos ordenamos, si tenemos el mínimo de sacrificio para que uno sea sombra del otro cuando perdemos la pelota, si somos un cachito solidarios, yo creo que podemos hacer la diferencia. Vamos a intentarlo, porque me parece que poder-



Las caras son efervescentes. Castella acaba de convertir el segundo gol a los nigerianos, luego de un pase angelizado de Maradona. El equipo supecho en acción durante y se enfrenta en la difícil carrera por el título. No parecía imposible...

La zurda genial fue clave para mantener las riendas del Tránsito en el partido con Nigeria. Diego se quedó hasta el pitazo final. No se lo permitirán quitar.

"Los médicos de la Selección Nacional desconocíamos que Maradona estaba tomando una medicación. Si lo hizo, fue por su cuenta", descargo el doctor Ernesto Ugalde.

mos hacer roncha. Yo les tengo una fe ciega.

Diego estaba bárbaro, pleno como cuando era Ceballita. No se la veía venir.

La pesadilla

-¡Me rompi el c...! ¿Lo entendés? ¡Me rompi el c... y me viene a pasar esto! ¿Por qué, Dios?

El pobre de Salvatore Carman- do jamás lo había visto así. Y ojo que el masajista del Napoli ya tenía una década al lado suyo, compartiendo las angustias íntimas, los pesares intensos, algún secreto inconfesable, siempre hundiendo sus dedos aceitados en fibras sedientes de respirar.

Pero con esas ingredientes inéditas en esos gestos inconsolables, en esas treses viscerales de Diego. Reacciones mínimas, computables sólo desde el téniz de la sensibilidad, que permitían presumir inocencia.

Porque la reacción de Maradona no acarrearba culpa. Sembraba el volcán espontáneo de quien había sido traicionado en su buena fe. De alguien engatusado por un destino absolutamente digitado.

Dos horas antes, nomás, se había paseado con Daimita repartiendo sonrisas a los cuatro vientos. Si hasta había bromeado con los periodistas...

-Después de Grecia te pusiste un seis con cincuenta. ¿Mejoraste contra los nigerianos?

-Claro, maestrillo. Jugué para un seis, cincuenta y cinco...

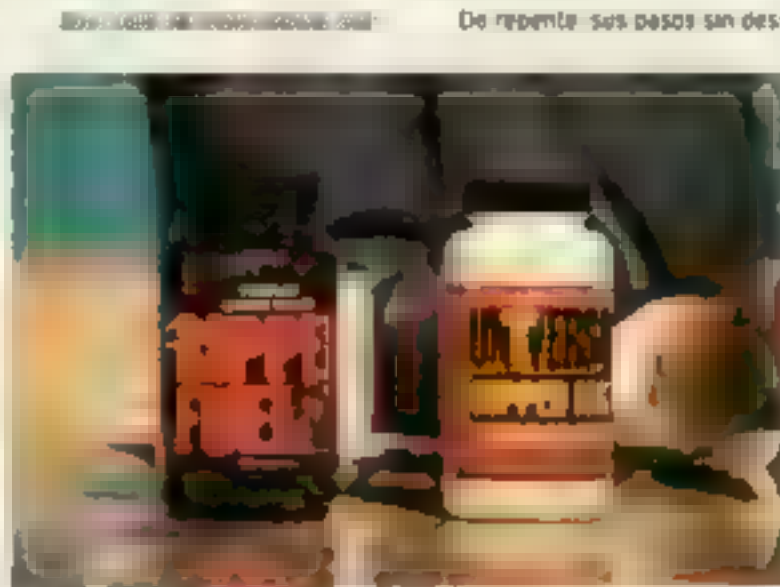
Dos horas antes, nomás, sólo le ensombrecía la existencia que Gracina anduviera con unas fiebres de fiebre, producto de un res-

frio inesperado. Y nada más.

Pero ahora, en las entrañas incandescentes de la habitación 127 del Babson, Diego parece perseguido por una tormenta de los mil demonios.

-¿Cómo me puede pasar esto a mí? -dijo antes de llorar toda la noche del martes 28. La noche entera.

Una decena de minutos antes, Marcos Franchi había recibido la comunicación definitiva de parte del presidente de la AFA, Julio Gracina.



Una decisión fue fatal para la suerte de Maradona. La FIFA se lleva la culpa de él.

frio la nochecita, pero el teléfono de su habitación había sonado a las 10.32 de la mañana.

Era el suizo Joseph Blatter, el secretario general de la FIFA.

-Le siento mucho, Julio, pero tengo que darle una noticia muy triste para todos: el análisis de Maradona dio positivo. Mañana se hace la contraprueba.

Mientras tanto, todo el plantel -incluyendo a Maradona- se trasladaba a Dallas para afrontar el partido con Bulgaria.

Por la tarde haría un recon-

cimiento de la nada en el estadio Cotton Bowl. El grupo, atomizado por el campo, caminó la cancha con la vista perdida, cuchicheando palabras maldicientes para quien estuviera más allá de dos metros de quien la pronunciara. Era muy fácil adivinar el tema de conversación. Muy fácil.

Diego estaba con ellos. Ensayó una sonrisa de cara a la platea principal, hizo algún beso, pero no era el mismo. Sin dudas. Tenía un volcán en el alma.

De repente, los pesos sin des-

bolista del partido Argentina-Nigeria había dado positivo.

No mencionaba ningún apellido, pero los cronistas recordaban perfectamente quiénes habían concurrido por Argentina: Sergio Vázquez y Diego Maradona.

Dejaron la cancha sin hablar. Pero la cintura política de Gracina no quiso gambetear la marea de periodistas que le contaban los pasos y dejó escapar la información imprescindible. El jugador y la sustancia. Maradona y efedrina. Un mazazo terrible.

Cuando Diego se zambulló en la privacidad candente de su habitación de Sheraton Central Park se barajaba un endoble antecedente de salvación, aquel del español Calderé, castigado con una fecha por consumir efedrina durante México 86.

Endoble porque aquella vez el médico español había proclamado su culpabilidad al no incluir un medicamento en la planilla. Esta vez, en cambio, el doctor Ernesto Ugalde se desembarazó públicamente de cualquier responsabilidad. Como dirían en la calle: se lavó bien las manos.

-Quiero que esto quede bien claro para todos: los médicos de la Selección Nacional desconocíamos por completa que el jugador Maradona estaba tomando medicación alguna. Si lo hizo, fue por su cuenta, no por prescripción de este cuerpo médico.

A la mañana siguiente, Daniel Cerrini, el hombre más buscado y acusado del planeta, llegó desde Boston.

-Yo voy a poner la cara, viejo. Me hago responsable de lo que sea. No quiero que Diego pague por algo que





El abrazo interminable con Claudio, su mujer. Desde que se conoció el caso, Maradona lloró horas enteras abrazado a ella

no le corresponde.

Ni falta que hacía, Daniel Carrh ni no pertenecía a la lista oficial que obraba en poder de FIFA. Para los registros oficiales, no existía como integrante de la delegación argentina.

Además, en el obby ya estaba el dirigente y veraz atense David Pintado leyendo, en nombre de la AFA, un comunicado que delineaba a línea de acción de la Asociación argentina.

Retiraban a Diego de la competición "para permitir el más cómodo trabajo de la FIFA en la resolución del caso". Esto es, para que la sanción al jugador no salpicara la marcha del equipo en el resto del campeonato.

Con Maradona excluido Argentina mantenía los puntos ganados frente a los superlancos, se garantizaba el pasaporte a la fase poste-

rior y se mantenía en el campeonato como si nada hubiera pasado.

Esa noticia cayó como una bomba neu-trónica en la habitación de Diego.

«Me cortaron las piernas y, encima, no me dejan defender. ¿Para qué habló el doctor Ugaldé? ¿Por qué no cerró la boca? ¿No se da cuenta de

quinto uno a uno por la picha de Diez. Abrazos, mates de lágrimas, pesames acordes con una sala de reperiopos.

La procesión fue interminable hasta que los muchachos debieron marcharse al estadio.

Diego se quedó. Con su gente pero solo. A la niña señalada se

"Me cortaron las piernas" avanzo a decir Maradona, asfixiado por el dolor

que la máquina se pudo haber equivocado? Pero no, no les importa, me dejan solo... Quiero tener el derecho a defenderme porque no me drogú, no sé qué pasó... Juro que no me drogú, pero veo que no les importa. Total, acá el unico que se funde es Maradona...

Sus compañeros fueron des-

pedidos en el piso ahorrado de la habitación 640, delante de un pievisor que mostraba el inicio de Argentina-Bulgaria.

Era a la vez en el momento de la transmisión de un partido de la Selección en una Copa de Mundo. Siempre había estado ahí sobre el cespejo que

ahora le parecía un paño est año y hostil. Miraba sin vez. Sin hablar. A los diez minutos, tal vez así, se le desbarrancaron las lágrimas. Aguantó 25 minutos y se levantó. Ni siquiera a canzo a ver que Claudio Caniggia, su amigo del alma, abandonara la cancha con un desgarro.

Paró hacia su habitación, a la 714, sonando que el Cani le traería buena suerte la bandera argentina que él le había regalado antes de partir, la bandera que sus hijos habían traído para afen a lo en su cuarto. Mundial.

Las horas posteriores despegaban nubes grises, pero no alegraban la furiosa tormenta interna. No tuvo consuelo. ¿Cómo enorio en un mundo así?

Comentó para Canal 3 a eliminación con Rumania.

«Los muchachos estaban destrozados, perdieron la alegría. Y eso me mortifica más porque sé que sufrieron por mí...

Después, ondió a casa del error. Habían comprado un suplemento y aminio equivó. Hubo una tienda americana en vez de Ripped Fast, adquirieron Ripped Fuel que contenía otros elementos como diureticos y efedrina. Un error mortal.

«Ahí está, no me drogú, fue un error. Pero ya no le importa a nadie. Ni siquiera a mí, porque me quitaron la ilusión...

Y dejó picando la pelota de su amargura, descornenole el velo una interlumbre contagiosa y temeraria.

«No sé... No sé que voy a hacer con mi vida.

¿Ve veras que no sabía.■

LA DESPEDIDA



El grito visceral, el gol que se escapa por cada poro, por esa marea instintiva e incontenible. Maradona otra vez en Boca, su casa.

N

o sé qué voy a hacer con mi vida...

Esa fue la frase postuma tras el sinsabor Mundial de USA 94 desde ese momento y para siempre un sinónimo indisoluble de tormento para la mente de Maradona.

Pocas veces más sinceras sus expresiones. Más ajustadas al ánimo de pitirra que lo recorrió el cuerpo de punta a punta bajuz gándolo cruelmente.

Sus hijas eran un remanso. E refugio cálido para el invierno de la desorientación.

Era un hombre sin brujula, una hoja sometida al viento tempestuoso de un destino con narices marcadas. Porque la espada asesina lo atravesó de lado a lado, sin piedad.

No bastó con la exclusión del Mundial. No se saciaron los instintos malignos con el comprobado error en la adquisición del medicamento que provocó la catástrofe. Habría más.

Nada contó, en definitiva, a la hora de la sanción de la FIFA. Quince meses. Quince meses alejado de la pelota, que fuera juguete, que fuera instrumento de trabajo, que fuera su vida.

Algo podía destrabarlo la pesadilla.

-¿Sabés que me gustaría, Claudia? Me gustaría acostarme a dormir y, mágicamente, despertarme dentro de quince meses para jugar en Boca. Para volver a la Bombonera y sentir el grito de esa hinchada. Mirá que pasé momentos lindos en el fútbol, ¿eh? Pero como la vibración de la cancha de Boca no hay. Ciau, no hay...

-Hay que tener fe, Diego.

-Sí, ya sé, pero no te crees que es fácil. Tengo un bombo retumbando en la cabeza: "Quince meses,

quince meses". No sé si voy a aguantarlo.

Estaba en pie de guerra. Con oronsona con la FIFA. Con Passarella con ese mundino futbolero que le daba la espalda sin ayudo atado a un resentimiento que causaba vergüenza ajena.

Boca era el horizonte lejano. El amanecer rojo que ya vendría. Mientras tanto...

-Diego, ¿vos podés venir mañana a los nueve?

-Ehhh... Dígame una cosa, con todo respeto ¿no le parece un poquito temprano?

-Es que a otra hora no puedo, tengo la agenda al tope...

Bueno, presidente, no se preocupe. Quedamos así.

Roberto Tinio Cruz es un treintidoso presidente de Mandriva de Corrientes, cortó la comunicación en el living de su lujosa casa de Ramos Mejía y le dio la mirada a su mujer.

Si llega a los nueve en punto, le doy el equipo.

A las nueve menos un minuto de primer lunes de octubre de 1994 Diego Armando Maradona tocaba el timbre de la residencia de La Cruz. En la lista de candidatos estaban el Pato Filippi, Mario Solar y Rodolfo Motia, pero el Peleusa ya les había salado un cuerpo de ventaja.

Hombre de re, entre y recibía con el Ceamse y ex diputado peronista. Cruz fue definido por un hábil periodista de la calidad como un perfil con temperamento de entrenador de fútbol.

Por encima de todo, era un individuo con limitadas ansias de protagonismo. Capaz de envarar la empresa más imposible con la de mantener su fama personal en el candorero.

Por supuesto, el acuerdo con Diego y su ayudante de campo Carlos Fian fue inmediato. Maradona quería reintegrarse al medio vital. Necesitaba asumir una responsabilidad de algún tipo. No podría continuar en esa nebulosa burocrática por la incertidumbre más en la espada. Y la se aron se



Sus hijos, Damian y Claudia lo sorprendieron en la emotiva fiesta de cumpleaños. Aparecieron en el campo de juego adentro de una caja sorpresa. Por conmemorar...





Enlace de tira libre a Argentinos Juniors, en la cancha de Vélez. Fue el 15 de octubre y sirvió para estrechar el triunfo por la mínima diferencia. Fue, también, el primer gol desde su vuelta al fútbol argentino, tras una década de años por Europa. Nadie dudas sobre cuál sería su rendimiento, pero también cortó sus ganas.

acordó de palabra, sustentado en un feeling que parecía sólido, aunque no lo fuera.

Tito Cruz no desaprovechó la oportunidad para poner la cara ante los cientos de camarógrafos, ante miles de flashes. Era, aunque no lo confesara, lo que estaba es parando...

«Contratar a Maradona es una idea mía. Una gran decisión en el momento justo. No hicimos ningún análisis porque no correspondía. ¿Cuál puede ser la contra de tener a Maradona? Él es un jugador increíblemente...

«No se crea. Una contra puede ser su inexperiencia como entrenador, por ejemplo.

«Jirre, tener a Maradona es como salir con Kim Basinger. ¿Me entiendes? Le tengo que disfrutar, no puedo ser tan ansioso de ponerme a pensar que en un momento se va a cortar la relación...

Diego era inexperto, pero veía el fútbol redondo como una pelota. Sabía que ese equipo modesto no estaba para las hazañas de las medidas. Que era, paradójicamente, lo que imaginaba el noble pueblo correntino: el pueblo de su propia sangre.

«Jugaremos a no perder y trataremos de hacernos fuertes en nuestra cancha.

Trabajó con humildad pueblerina en las canchitas del barrio Ve-

coá y aguardó el debut ante Rosario Central con la ansiedad de un juvenil debutante. Pero observó desde la pista la carrera de autorrealización para sentarse en el banco: le resultó más complejo que convertirse aquel gol milico a los ingleses.

Sentado al lado de su hermano Tato, quinto pateador insulso, se comió las uñas, se ahogó con su propia corbata y zapateó la bronca de la derrota 1-2.

Rescató el primer punto su partido siguiente visitando a Gimnasia en el bosque platense y luego sobrellevó con llamante estolicismo una seguidilla de derrotas y empates, apenas sazonadas

por el orgullo de un 2-2 emblemático ante River en el estadio Monumental.

Diego se sentía la paz de no mezclar el veneno de los resultados y la pesadez de una función que lo inmiscuía en los asuntos del fútbol, aunque sin la inyección del divertimento.

Peo no toleraba la relación con Cruz: descascarada había y día del adiós sin retorno. Luego de una campaña de doce partidos, producto de un triunfo, seis empates y cinco derrotas.

Ni bueno, ni malo. Digamos regular por ponerle un calificativo. Digamos lo que se podía esperar de acuerdo a la comprobada cae-

una futbolista a del plantel

un por allá la experiencia en la cancha y la promesa de volver a intentar.

Otro llamado telefónico rescatado: una propuesta coincidente: una propuesta decente. Diego: «podés venir mañana a las 10?»

El inicio de la conversación le gustó, gracia. Sinceramente no lo iba a creer. Hacía tan poco que el señor del mundo había tratado de hacerle la misma e insistido en la pregunta.

Maradona y Racing. Dos grandes de estos años. Diego no quería el nombre. El club por el nombre la cabeza. Los 28 años de un amigo.

El viernes 6 de enero de 1995, los 19.22 por el respaldo a la cancha. Lo acompañaba Carlos en su tel. escuchando el presidente Juan de Sábido y los amarras de América 2, el sponsor de la nueva ciudad.

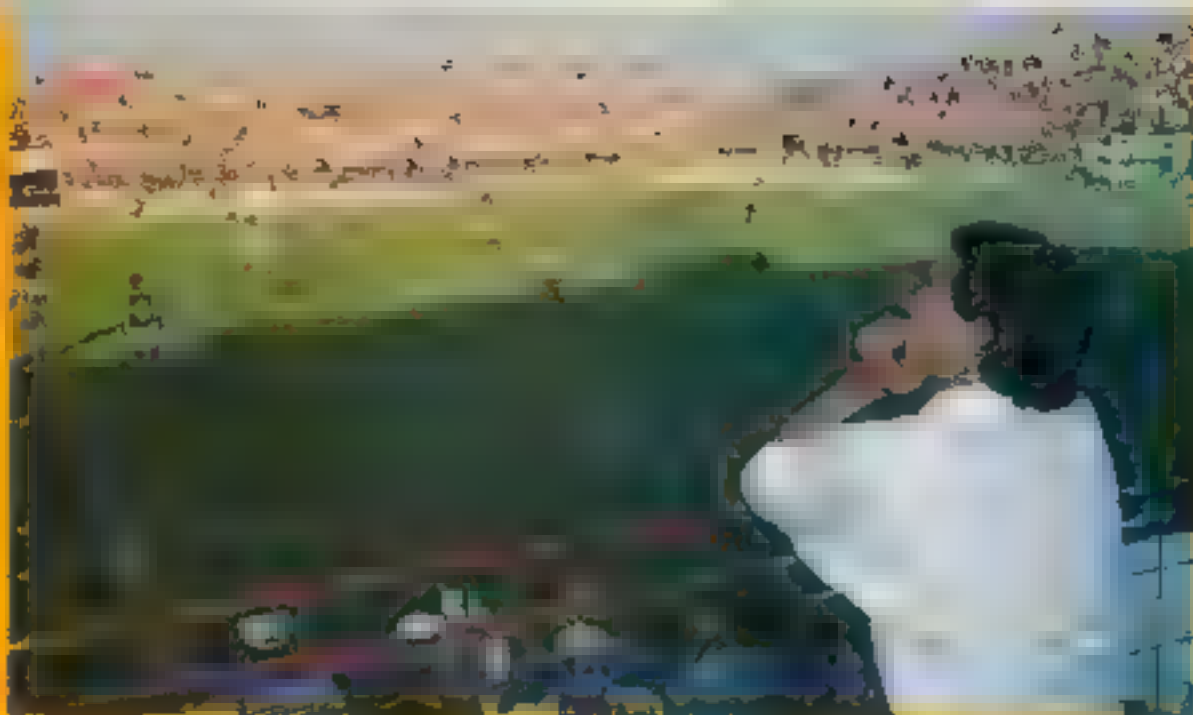
Subió al mundo y a la vida de la mañana estaba escuchando con Juan en el Hotel Golf Internacional de Santa Teresita para iniciar la pretemporada.

Fue un enero tranquilo con el fin de la voluntad arrematando a bajo. Pero febrero lo es cuando en la depresión de los dolores lumbares en la necesidad de un escape que parara ese martirio y la depresión de ser de bajo, de mirar de fuera.

«Está a et en el debut? Si, claro que si»

Cancha de Ferro. Domingo 26 de febrero. Marea académica en las abstracciones ondulantes, atmósfera festiva, esperanza, excitación y algo más.

«Soltame, carajo! La intención



El Gran DT parte 1. Maradona se reúne con el club desde la plaza, dirigiéndose a Mandiyú and Central. Fue la primera vez...



Desde ahora sufrirá más que amor. Se podía leer: «Gracias, protestaba, hacia los que para comentarlos a los tribunas»



Y con mal se portaba que a los árbitros no les quedaba otra alternativa que expulsarlo. Eso sí, lo sacaban con custodia.



El Gran DT parte 2. Maradona en Racing, durante la pretemporada en Santa Teresita. Se fue Juan De Sábido y se fue él.



Sanchez! Lo que vale es la intención... ¡Saltameee!

Es un sketch. Un cuadrilo en blanco y negro rescalado de Abbott Costello. Ángel Sanchez entiende que una opinable mano de Michelini era penal, Diego saltó del banco como un resorte y a Carlos no se le ocurrió nada mejor que detenerlo manoteándolo. Ide la corbata:

Racing perdió 1-0, sin merecerlo. Y Maradona sufrió como un paciente al que le quitan la mueca del diente sin anestesia. Por la inoperancia del equipo, por un supuesto último conspirador de los árbitros, por el nudo de la corbata, por ese gesto mayor mostrado irreverentemente a los plateístas de Ferro, por el hastio general del pez que no está en el agua...

Era el principio. Pero también el principio del fin.

Muchachos, discúpenme, pero ayer jugué al paddle en Mar del Plata y hoy no me puedo mover, la cintura me está matando. Ya me quiero ir a la cama, pero con ustedes voy. Denle para adelante que hoy ganamos el primer partido de visitante, ya van a ver...

Había pasado un empate: triunfo con Independiente, se venía Maracan en el Parque Patricios, pero se quería tirar la toalla. No aguantaba. Esa era la única verdad. El profesor Fernando Signorini ya le sabía, se lo adelantó mientras tomaban un café...

El martes renunció. La mafia es muy grande. Los árbitros nos perjuraron por mi culpa, tenemos al Tribunal en contra...

En realidad, el Tribunal lo multó en 3.660 pesos por aquel famo-

so dedito a la platea. El resto era más que disculable. De Stefano le puso un freno.

-Pibe, vos de Racing no te vas porque ya al equipo le vas bien y a vos mejor todavía.

Habló para disimular. Juancito. Pero con las urnas no hubo labia ni disimulo que valiera. Los socios académicos le dieron la espalda, perdió la chance de ser reelecto y Diego se tropezó con la coartada perfecta, después de once partidos, dos victorias, seis empates y tres derrotas. Digamos que una campaña regularcita como aquella de Manduyú.

-Si Juan se va, me voy yo. A partir de este momento, soy un desocupado.

A partir de ese preciso momento, la mira estaba en el 15 de

septiembre. No era un día más. Era el día que vencía su suspensión como jugador.

LA VUELTA, CAMPANERO

El Hotel se veía la siueta caótica de Seul envuelta en una bruma tenue. Se sentía el ruido de Caniqua -el pelo prolijo, la franja dorada reluciente- y comenzó a ejercer el magnetismo mágico del liderazgo. Encaraba un nuevo desafío y quería que

-Acá somos todos grandes, muchachos. No hay pibitos que puedan decir "no, yo no tengo la culpa". Al contrario. Somos grandes y quien más, quien menos, ha pasado por situaciones límite. Está el Cani, está el Mono, está el Beto... todos grandes. Entonces no le podemos

echar la culpa al técnico. Que tendrá su cuenta, pero que no nos avala a nosotros para escondernos detrás de él. A Boca lo pusimos nosotros en esta situación. Y nosotros tenemos que salir...

Un Diego Ma adona genuino. Auténtico. Arregando a su tropa, aunque ese sábado 30 de septiembre sólo hubiera por delante un amistoso con Corea del Sur. El amistoso de su vuelta a Boca para ensayar la hazaña del campeonato esquivo.

Muy temprano, a eso de las siete, lo despertó su séquito con una bandera y una torta que compartía la leyenda: "Merde".

Se dejó aleitar por Tony Cuzzo y después asistió al agasajo oficial que le había preparado el presidente de la Nación. Carlos Saul



Una típica situación maradoniana. Se despertó por la Bombonera concurriendo un camión... Despertado, en el estacionamiento se armó un revuelto espectacular, en versión como sólo es capaz de armar Diego Armando Maradona.

Menem, en el hotel Hyatt. Al principio chararon sobre anécdotas en común, sobre los encuentros que solían tener cuando él estaba en Argentina y Menem recorría las calles de Buenos Aires como el excéntrico gobernador de la provincia de La Rioja. Después fueron al punto.

-Estoy re feliz, Presidente.

Ya también los argentinos también, Diego.

-¿Sabe qué pasó? Ya estaba cansado de que mi vida fuera el supermercado o la panadería y le gritaban "¡Elédriñal!". Fue un año y medio muy duro, muy jodido de soportar. Por mí y por toda mi gente. Ya digo que los argentinos somos buenos cuando queremos ser buenos, Presidente, pero muy pero muy hijos de p... cuando queremos ser hijos de p...

Estarás muy feliz de jugar con Caniggia.

-¡Qué le parece! Ya le dije que cuando haga un gol, le voy a partir la boca con el puño.

Ya a salir corriendo.

-¡Qué corriendo! Le corre hasta los tribunales si es necesario. Se lo doy, le juro que se lo doy.

Jugó, se figura, celebró el 2-1 como un campeonato, le dedicó la vuelta a Fito y a Charly, a doña Totita y a Claudia a don Diego y a las hermanas, a Gaspar y a Percevalito, a Fidel Castro y al doctor Gentini, al Loco Montenegro y a Ernesto Sabato.

Y volvió a cruzarse con un Menem dicharachero, subido de una preocupación política.

Jugaste tan bien, que tengo miedo por River...

El sábado 7 de octubre Mar-

adona ya volvió oficialmente. En el templo hirviente de la Bombonera, asumiendo sin complejos esa deidad proclamada por una bandera que flamea en la tribuna. «Con la diez? Dios».

Salto a la cancha envuelto en bengalas azules y amarillas, barnizado por un mar de papeitos, impulsado por una tribuna rugiente y se sorprendió cuando vio avanzar una caja blanca sobre el césped. Una caja que se abrió delante de sus ojos. Adentro estaban sus pequeñas hijas, con un cartel en el que le agradecían por haberles visitado ese momento. Se le aflojaron las piernas. Se le ablandó el corazón. Ya estaba para irse a casa. Con esa muestra de amor era suficiente. Pero todavía se faltaba ju-

gar el partido. Nada más y nada menos que el partido.

Enfrente. Colón. La resistencia tenaz y heroica de Colón, hasta que en el último instante en el último centro del Nily González se eleva Darío Scotto y cierra el 1-0 que eleva la fiesta al cielo de la locura total.

Boca empezaba su campeonato en la novena fecha del Clausura. Las ocho anteriores no importaban, valía el sprint final, ese para el que Diego se había preparado en las playas de Punta del Este con la ferocidad de una atleta de alta competencia.

«Volviste a vivir?» se preguntó un periodista radial cuando salió del antidoping, pitado con la camiseta sabatera que había cambiado

con el uruguayo Marcelo Saralegui. «No, si yo nunca estuve muerto, maestro...».

El Marashow deslumbró fecha a fecha. Vino el golazo de tiro libre para ganarle a Argentinos, después de 13 años y 11 meses sin marcar en la Argentina. Pasó el empate trascendente con el San Lorenzo puntero. Siguió a victoria determinante en Jujuy, ante Gimnasia. Y quedó una conclusión obvia: Diego era el alma del equipo, el motor insustituible, el emblema que todos esperaban.

Las secuencias posteriores parecían imaginadas por su propia mente. Fiesta en las calles y en las tribunas, el físico okay, más victorias, la punta tan soñada, la fortificación de la mística, el viaje para dar una charla a Oxford, crecientes presagios de vuelta olímpica, de fantasma con la sábana a medio sacar, seis puntos de ventaja sobre el segundo...

-Me parece que se nos da bien, ¿no nos da?

Pero el maquillaje de las victorias disimulaba las grietas insalvables. Faltó Diego contra Rosario Central y el equipo se desintegró muy fácilmente. Se cayó como un castillo de naipes. No pudo avanzar sin su lazarillo.

Y algo sucedió después de empatar en cero con River que sacó a Vélez a dos puntos. Cierta mecánica depresiva se combuló con fantasmas que parecían extinguidos.

Durante la semana previa al crucial clásico con Racing, se lo tragó la tierra. Apareció para su-



Diego lo había amenazado durante la semana y cumplió: el 14 de julio de 1996, cuando lo ganaron a River con tres goles de Emil, lo partió la Boca de un beso.



Nunca fui
graduado por ser
graduado de
graduado y de graduado
pero me gradué
de graduado.



La magia de Maradona daba para todo. Incluso para hacer jugadas con el apoyo mineral. Se había lesionado con un golpe al tobillo, pero recibió un cachetazo.

ger y jugó como los dioses, aunque no alcanzó para esquivar una cachetada histórica. 4-6 en la Bombonera, vélez un punto arriba, el sueño hecho pesadilla, la barranca oscura aguardándolo im gradientemente, sin revelar el abismo de su profundidad.

Fue el tiro de gracia para la ambición mundana. Vélez fue campeón dirigido por Carlos Bianchi, Boca se desangró internamen-

te imaginó un futuro mejor con Mauricio Macri, también con Carlos Bianchi, y el crash fue inevitable necesario.

Jugó el match 2-2 con el Deportivo Español, elevó la vista hacia la popular extrañamente desértica y leyó las banderas. Una negra, con letras irónicas. "Gracias por el campeonato

Otra amarilla, con letras azules, enormes. "¡Hasta cuando! Bas-

ta de jugar con la hinchada. Basta de camarilla. Basta de llenarse los bolsillos sin ganar campeonatos"

Se sentía una basura, el peor tipo de la Tierra. Los había defraudado.

Frio. Durante. De otro palo. Así lo veía Diego a Macri. Sobre todo, después de una frase-símbolo del presidente hiamante.

"Boca ya no es Rico Mac Pato."

A la distancia, desde Punta del Este, padeció los instantes embrionarios del ciclo de Bordo una revolución de nombres y estructuras.

A Maradona lo atormentaban incisiones contradictorias.

¿Qué Bordo encontraría? ¿El genio que lo deslumbró durante México 86 o el entrenador puntiano que lo desequilibró como pocas veces en el Sevilla?

¿Qué Boca encontraría? ¿El del trato campechano y paternal de Antonio Alegre o el de la frialdad computerizada de dirección Mauricio Macri?

Pero volvió claro. Porque el azul y amarillo le tira más que una punta de bueyes. Contra todos los pronósticos, aun bancándose los maestros físicos y algunos albos dos impenables cuando jugó amistoso con Armenia.

Enero fue sinónimo de un calvario de pulseadas dialécticas con Macri y Bianchi. Un rosario de dolores, equidizados por dos derrotas inesperadas en los clásicos veraniegos.

Pero en febrero, cuando se sumó al grupo que trabajaba en San

Carlos de Bariloche, ya era el Maradona de las pibas a tope.

El Diego que pasaba facturas. "Argentina es el país de la duda eterna. Se duda de todo. Yo sé que tuve un desgarro y no tengo que comprobarlo a nadie. Lo tuve y se acabó."

El Diego que se lesionaba. "La Bruja Verón es un jugador espectacular, va a dar que hablar en poco tiempo más."

El Diego con una broma en la punta de la lengua.

"Che, ¿saben cómo le dicen al camarero Tchari acá, en Bariloche?"

"No. ¿Cómo le dicen?"

"Nahuelito, porque es negro, pero no saben bien qué es."

El Diego que radiografiaba la realidad y hasta sonreía comprensiblemente con las labiales interminables de Bordo con los fotógrafos de E. Gráfico.

"Sacame así, de costado, igualito que en México 86."

En aque la época, a Diego le encantaba compartir la habitación de la concentración con Caniggia. Hablaban de sus cosas, de sueños perdidos, de sus familias, de cuando eran pibes.

Diego siempre tenía una anécdota querible para donarle una sonrisa al muchacho de Henderston, el Hijo del Viento, el tipo con el que había vivido emociones intransferibles con la camiseta de la Selección.

"Yo era muy vivo, Cani. Muy vivo. Cuando estábamos en Fiorito tenía caídas todas las goteras de la casa. Y cuando nos íbamos a dormir,



El domingo 28 de octubre de 1967 quedó en la historia como el día en que Maradona dejó de jugar oficialmente. En el Monumental, Boca le ganó 2-1 a River y Diego jugó los primeros 45 minutos, en los que mostró un don futbolístico con Leonardo Astrada. Abajo, los once de Boca en aquella tarde: Paradisi, Salas, Bermúdez, Córdoba, Fabi, Arruabarrena y Diego, pidiendo que no se olvide de Cabezas, Agostada, Palermo, Torales, Espina y Vivés. Se reemplazará por otro genio: Juan Ramón Riquelme.





29
PUNTOS

7
GOL

0
TÍTULOS



Quizás sueñes con dos cosas que omití: lo pelota y la comedia de finca. Dos cosas que te hicieron tremendamente feliz.

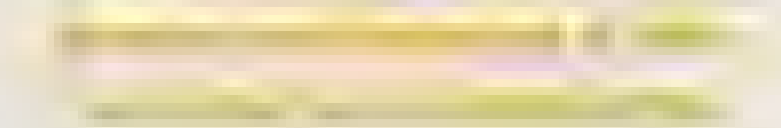
yo me acostaba esquivándoles. Mis hermanos, que no tenían ni idea, se mojaban. Yo no. ¿Querés otra? -Sí, dale... -El día que debuté en la Primera de Argentinos no tenía picha, ¿viste? Me citaron para concentrar y hacía un calor bárbaro. Era primavera, pero parecía pleno verano. Y no tuve alternativa... Me puse el único pantalón que tenía, uno de cordón celestial. Me morí de calor, pero la cara no me daba para mangarte un pantalón a alguien...

Hubo un amanecer luminoso. Goleadas, Caniggia en nivel de Selección Nacional, otra vez la punta de la jabla. Pero en la sexta fecha se hartó el gemelo izquierdo de Diego. Hizo crack. Otro desgarró

trapero. Otro parate. Otra depresión profunda.

-¿Me quiere matar? ¿Siempre me tiene que tocar a mí? ¿Qué hice yo para sufrir tanto?

No había intersticios para el consuelo. Tampoco la tendaria en



las semanas siguientes. Boca, su Boca, sufriría su máxima derrota en la Bombonera: 0-6 con Gimnasia, bailando al ritmo de los mellizos Barros Schelotto. Y la ruta del campeonato volvería a dividirse para siempre, por más que él volviera y se cargara todas las mochilas al hombro.

¿Sería convertir gozados como contra Belgrano, pero jamás enyesar las fisuras sin la respuesta global del conjunto. Pronto comprendería que estaban edificando un castillo en el aire.

Fue una catarata de decepción.



na. relación tensa con Macri, endeblez física, menos feeling con Biliardo: cinco penales desperdiciados en forma consecutiva; un amague de retiro, el oasis de las victorias con River.

Cuando el destino le gritó a "No va mássss..." a Biliardo, un viejo conocido le reactivó los re-

sortes de la motivación: el Bambino Verra. Le pulsó ese botoncito oculto que le aceleraba el orgullo, las ansias de trascender su tiempo, como si hiciera falta.

¿Hace falta reseñar los capítulos finales? No. De ninguna manera. Es historia demasiado reciente, pintura fresca.

Bastará con repasar su felicidad renovada, las rabietas crónicas, el filato preferencial y entendido, el desentreno de polémico beso a Caniggia y la despedida sin aviso previo en el clásico con River, un 25 de octubre de 1997 que, por ahora, permanece anclado en el último renglón de la historia.

Una despedida sin aviso por que Diego jamás imaginó que ese día sería el último. Que en ese cambio le estaba entregando a Juan Román Riquelme -otro con pasta de genio- una posta histórica. Por ahora, es el final.

Por ahora... Porque nunca se sabe con este mito viviente del fútbol argentino. Con este Cebollita de las puestas mágicas. Con este Pelusa de la emoción latente. Con este Diego prestidigitador de fantasmas. Con este Maradona genio y figura, sueño de barrilete y barrilete cósmico, mano de Dios y pie de terciopelo. Quijote in eternum de los molinos de viento.

Nunca se sabe con el monarca de la gambeta. Con el espíritu inquieto del pibe pobre de las glorias ricas. Con el muchacho rebelde de los embrujos dulces.

Entonces no se justifica el punto final. El the end definitivo.

Mejor que el corazón escriba un gracias total, maestro. Y que fijen los puntos suspensivos...

En el hombro de Maradona
vive tatuado el Che
Guevara, uno de sus
referentes ideológicos.



LAS CIENTO REFLEXIONES

(RESERVA DE DERECHOS A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS)

1 "Si de algo soy consciente es que a la gente no debo defraudarla nunca, porque se divierte con mi juego y olvida alguna de sus penas."

2 La pobreza es mala. Difícil. Yo la conozco bien. Uno quiere un montón de cosas y se tiene que conformar con soñarlas. Por eso sería lindo que hubiera más justicia o más compensación. Que los que tienen mucho tengan un poquito menos y los que tienen poco, tengan un poquito más.

3 "Recuerdo los ratos que me daba mi vieja cuando me compraba zapatillas y al día siguiente ya se me escapaban los dedos porque las rompía jugando a la pelota. En esa época soñaba con ser conocido como Rojitas o el Chivo Pavoni."

4 "Nunca le voy a perdonar a Menotti que me haya dejado afuera del Mundial '78. Mi casa era un vesorio, choraban mi mamá, mis hermanas, los primos... Fue un drama, algo imborrable. Ojo, que no tengo ningún problema ni nada parecido con Menotti. Al contrario, él hizo muchas cosas por mí. Lo respeto y lo quiero muchísimo. Pero de aquello no me podré olvidar nunca."

5 "Yo represento, para la mayoría de las personas que van a ver fútbol, al pibe que nos hubiera gustado ser."

6 "Soy un privilegiado, pero únicamente porque lo quiere Dios. Porque Dios me hace jugar bien. Me hizo nacer la habilidad. Por eso me persigue siempre que entro a una cancha. Me parece que estaría traicionándolo si no lo hiciera."

7 "Jamás pienso en sacar conejos de la galera, como dicen los periodistas. Los conejos no se

tienen que buscar, vienen solos. Prefiero hacer un gol a un costado de arquero que tirarle un caño. Cambio un gol por diez tuitos. Creo en mi habilidad a muerte, pero quiero ganar siempre."

8 "A los cien millones de dólares dejaré de ser argentino. Ser argentino es un sentimiento, y los sentimientos no tienen precio."

9 "Mi viejo siempre hablaba por mí, porque no necesitaba hablarlo. Yo lo miraba y sabía lo que tenía que hacer. No le hacía falta hablar para explicarme las cosas. Con mi madre fue distinto. Charlamos más y nos contamos las cosas."

10 "Político no voy a ser nunca. Lo que siento, lo digo y basta."

11 "Nunca me agrandé. Los que me conocen saben que soy siempre el mismo. En mi vida sólo cambiaron las responsabilidades. Me llegaron otros problemas y tuve

que asumílos. Cuando no era nadie y tenía una actitud incorrecta, no pasaba nada. Pero ahora es diferente. Un gesto mío que no le gusta a la gente y ya salen a decir que estoy agrandado, que la fama me cambia. Pero me río de eso, soy el mismo de siempre."

12 "Las críticas que más tengo en cuenta son las de mis hermanos. Es difícil que ellos se equivoquen."

13 "Lloro, pero de felicidad. A mí se me caen las lágrimas por todo lo lindo. Por ejemplo, cuando mi hermano viene a darme un beso a la plaza creyendo que estoy dormido y yo lo siento. O cuando veo reír a mis viejos de felicidad. Ah, ahora y le doy gracias a Dios por tanta alegría. Cuando me atacan no me da bronca, el corazón me late de alegría, pero no ahora."

14 "La noche más quita a todos. Más a los jugadores de fútbol, porque tenemos facilidad de

movimiento con el cuerpo y somos, justamente por eso, muy buenos bailarines. Esa es la razón por la cual a la mayoría de los que jugamos fútbol nos agrada salir. Con equilibrio, una salida no le hace mal a nadie. Pero eso sí, personalmente no cambio la noche por un partido."

15 "Tengo enemigos, pero no dan la cara. No los conozco porque nunca se tiraron de frente conmigo."

16 "De todos los apodos que me han puesto, el que más me gusta es Pelusa, porque me vuelve a la infancia. Me acuerdo de Florito, de los arcos de café, de los Cebollitas, de cuando jugaba por el sandwich y la Coca. Aquello era más puro."

17 "Lo más importante es mi familia. Con ellos me río del Maradona estrella. En casa, los reyes son mis viejos y mis hermanas. Puedo quedar mal con cualquiera, pero no con ellos."

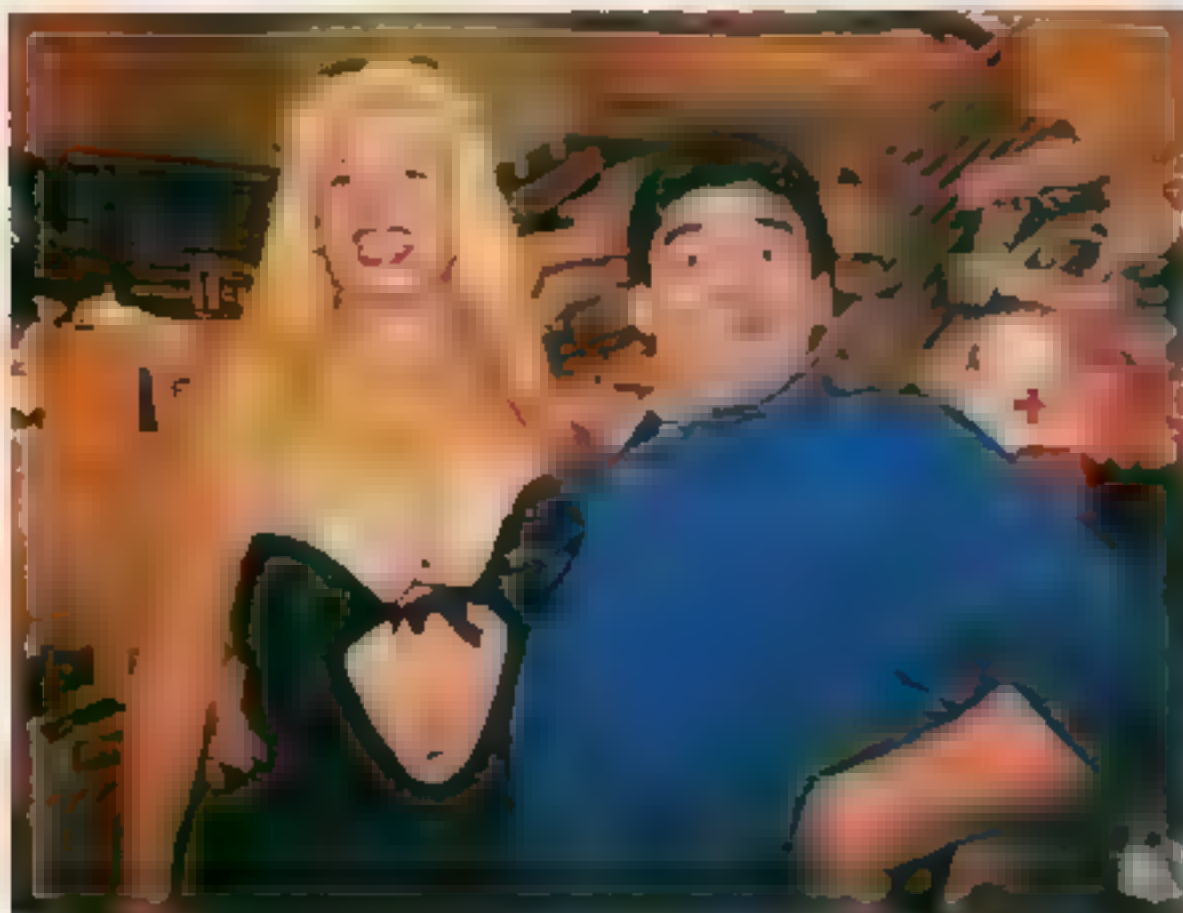
18 "Si Boca no puede terminar de pagar mi pase, me muero. Se me derrumbaría todo porque me hizo muchas ilusiones con Boca. Ahora sé lo que vale esta camiseta. En esa posibilidad no quiero ni pensar, sobre todo porque Corigliano me aseguró mil veces que me voy a quedar en Boca hasta que me jubile como jugador."

19 "En el Mundial '82 se cometieron muchos errores. También hubo errores en el '78, pero como se ganó el campeonato nadie dijo nada. Yo no soy vigilante, pero el triunfo hace olvidar."



El encuentro entre Maradona y Pelé, en Río de Janeiro, protagonizado por El Gráfico. Ocurrió el 9 de abril de 1979, antes de que Diego fuera campeón mundial juvenil.





A Diego nunca se le escape nada... Nunca, que nunca, la oportunidad de sacarse una foto con la cantante Lita Ford.

20 Yo noto más agresividad en mí contra mí desde que estoy en Boca. Agresividad física y verbal. Algunos me dicen: «¿vos valés diez millones de dólares?». Otros me menosprecian porque salí de la villa. Se creen que diciéndome villero me van a ofender. Padres de ellos...

21 Muchas veces me aconsejaron que pegara. Pegué una patada -contra Brasil- en el Mundial 82- y me expulsaron. Todavía hoy me arrepiento. Y aprendí a valorar más lo que pienso: hay que jugar al fútbol. Jugar y jugar. Algunos me dicen que soy un fenómeno porque no reacciono cuando me pegan. Para ellos soy un miedoso. Pero no les hago caso. Yo juego.

23 El fútbol no me fastidia sino su entorno. Me fastidia que haya dirigentes que trabajen más para la foto que para el club. Que en mi país no haya instituciones que puedan bendecir a Maradona, a Filoli, a Passarella. A veces me hablan del fútbol de antes y yo digo que sí, que puede ser que hayan existido grandes jugadores, pero éstos le dieron a la Argentina dos títulos del mundo y a mí me gustaría que nunca se fueran del país.

24 Lo malo que tenemos los argentinos es la facilidad para desprestigiar lo nuestro. Parece que el deporte nacional es hablar mal de los de adentro, aunque ahora se está haciendo muy común hablar mal de los otros. En eso se tendría que cambiar. Si tien-

go algo contra alguien, voy, se lo digo en la cara y listo.

25 Muñer es vivo, pero no tiene sentimientos. Yo a los papeles y mando abajo del carro a cualquiera, quiere fidejar como sea. Además, es un flash y se tira de cadáver. Cuando se hizo lo del Napoli, le dije: Yo me voy, quedese con el club, con Barcelona, con Cataluña, con todo.

26 No me banco a los comunistas con Mercedes Benz.

27 Muestras muchos catalanes no entendían lo que era para mí la amistad y me definían como el jefe de un clan que no era tal. Serrat, que es más catalán que

naide, dijo públicamente que se avergonzaba de que se refirieran a mi familia y a mis amigos como 'surdacos'. Cuando me lo encontré, le di un beso en la frente.

28 Napoli me tomó como una bandera y quiero ser la bandera de ellos, porque sé todos los problemas que tienen. Esa gente hace sacrificios para comprar la entrada, para sacar los abonos. Pero están, siempre están. Eso me hizo identificar con ellos desde el primer día. Creyeron en mí. Me dieron todo sin conocerme y eso no se puede olvidar. Sería ingrato de mi parte.

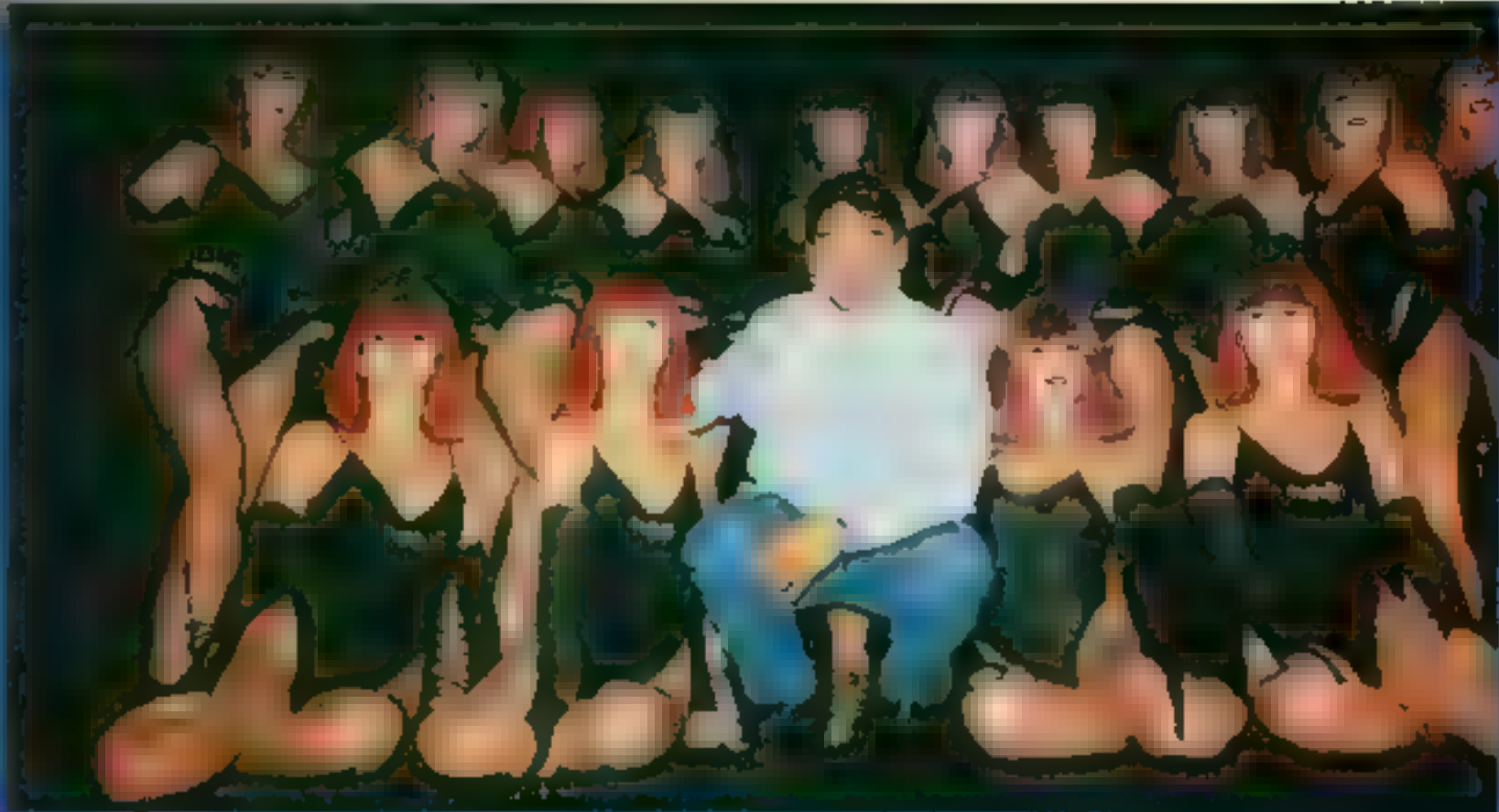
29 Cuando me dicen que soy Dios, respondo que sí lo soy un jugador del Napoli. Pero no puedo negarlo: me siento hijo de Nápoles.

30 Es mentira que para jugar bien al fútbol haya que tener hambre. El que siente pasión por jugarlo no necesita tener hambre. En mi colegio había pibes que preferían dejar de ir al Ital-Parc para prenderse en un picado. Y jugaban tan bien como yo, que ni siquiera conocía el Ital-Parc.

31 Si Bernardo Neustadt, como periodista, tiene derecho a elegir a sus entrevistados, yo tengo derecho a decir que no quiero ser entrevistado por un tipo como él.

32 No puedo entender cómo hay jugadores a los que lo felicitaban porque hicieron un buen trabajo sin pelota.

22 "De no ser futbolista me hubiera gustado seguir la carrera de contador. Pero nació el fútbol, y gracias a Dios, lo juego bastante bien..."



33 "Lo que más me dolió de la suspensión en Estados Unidos fue que me quitaron la última ilusión deportiva de mi vida. Quería ser otra vez campeón con Argentina."

34 "Tenemos que luchar por un gremio fuerte, porque la gente no va a la cancha por los dirigentes. Grondona no puede patear una pelota ni con los dos pies juntos."

35 "No perdí la sonrisa. Prefiero guardarmela para mi casa. Allí hay toda gente de confianza y sé que no van a malinterpretar mi estado de ánimo."

36 "Se acuerdan de lo que dijo Obdulio Varela, el capitán de Uruguay en el Mundial de 1950? Cumplidos, solamente si somos campeones. Esa frase me rondó durante toda la permanencia en México. Intimamente quería eso. Siempre me quidó eso. Nosotros demostramos que éramos honestos y capaces de no defraudar. Por eso me dio bronca cada vez que nos quisieron matar. Pero también dije que, por ser campeones, no tenemos derecho a tirarle el título por la cabeza a nadie."

37 "Dios me ayudó muchísimo en México, los únicos que creíamos éramos nosotros y el técnico. Siempre hablé de lo importante que iba a ser ese mes junto a Biondini también. Y los hechos nos dieron la razón. Antes era imposible. Un día me presentaban a Borghi, otro a Almirón... Fue sorpresa, pero más que nada porque vivimos dándonos manija a los demás, a Francia, a los rusos, a Dinamarca. ¿Nunca vamos a valorar lo que tenemos en casa?"

38 "Antes del partido con Inglaterra, todos decían que el fútbol no tenía na-

da que ver con la guerra de Malvinas. ¡Mentira! En nuestra piel estaba el dolor de todos los países que habían muerto allí. Yo jugué ese partido pensando en Malvinas. Sentimentalmente, hace culpable a todos los jugadores ingleses de lo que había sucedido. Y mis goles tuvieron un sabor diferente. El primero fue como meterle la mano en el bolsillo a un inglés y sacarle una plata que no era para ellos. Y el segundo tapó todo..."

39 "Para que las cosas anden bien en un partido hay que decirse todo en la cara. Y si es necesario, agarrarse a las piñas."

40 "¿El primer gol a Inglaterra? Fue la mano de Dios."

41 "El título del mundo se lo dedico a todos los que nos mataron sin piedad y a todos los niños del mundo."

42 "El día que mis hijos se preocupan por algún ejemplo de un hombre grande, pero grande de verdad, no voy a dudar un segundo en decirles Biondini."

43 "El Mundial lo tomé como una obligación. Quería hacer goles, distribuir juego, fijarme a los pies, ordenar, marcar. Me lo prometí como un deber. No lo hice para que dijeran que Maradona era una estrella. Lo hice porque soy parte de un equipo y para que Argentina fuera campeón."

44 "Quise llegar a ser el número uno del mundo para servirle al equipo. Aquí adozco que me consideraran el mejor jugador del Mundial, pero yo triunfé con Argentina, no gané solo."

45 "Después que jugaré a fútbol se acabaron los negocios para mí. Me dedicaré a la"

familia, a disfrutar de los hijos. Viviré en algún lugar tranquilo, lejos de la ciudad. Quisiera ser un ciudadano más y no andar de acá para allá, de negocio en negocio. Sería lindo volver a jugar por el sandwich y la Coca."

46 "Soy completamente izquierdista: de pie, de fe y de cerebro."

47 "Esta papa no tiene solución. En la Argentina hasta la Mandrake se muere de hambre."

48 "No estoy en contra de los homosexuales. Me parece bien que existan, porque de esta manera dejan más mujeres libres para los que somos machos de verdad."

49 "Nunca me imaginé que un día iba a salir al balcón de la Casa de Gobierno a saludar a la gente que estaba en la plaza, como me ocurrió al volver del mundial de México. En ese momento me sentí el presidente del país."

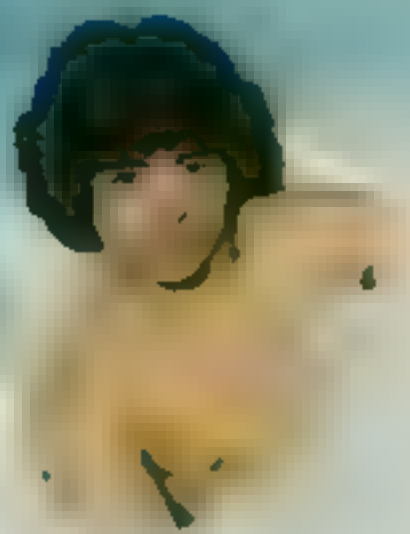
50 "Y así soy capicita negra. Y a mucha honra. Nunca renequé de mis orígenes."

51 "Me cortaron las piernas, me las cortaron..."

52 "Una persona que entra en la droga debe tener conciencia de que la va a llevar allá hay que pelearla día a día. No podés levantarte y decir 'fuí' no podés. Tenés que despertarte y decir 'Hoy vuelvo a luchar contra el infierno de la droga. Sólo así podés luchar e intentar salir'."



Cuando sus hijos eran muy pequeños visitó a Fidel Castro en Cuba y quedó fascinado con su personalidad. Hoy se considera uno de sus amigos selectos.





¿Buscaban a Diego? Está ahí, en medio de la platea de Boca, cuando toma loco con un gol de su equipo del alma. Cuenta de él nada más Diego, el que le inspiró el amor por los colores. Y a su izquierda, sonriente, el actor Carlos Caño.

53 "No entiendo nada. Me prepa é como nunca y ahora escucho que todos hablan de efedrina. No sé, quiero salir a correr, quiero volar. Siento que me cortaron las piernas, que me dan un golpe en la cabeza justo cuando estaba levantándome."

54 "A Carriz, no lo puedo matar por haberse equivocado, por haber comprado otro frasquito. ¿Quié quieren que haga? ¿Que lo ahorque?"

55 "A veces me reprocho no haberle dado más felicidad a mis viejos y no haberle dado un poco más de bola a mi vida. Pero también fui feliz. ¿eh? Y lo hice siendo con Claudia y mis hijas."

57 "Yo no me siento herido de nada. Los que me hicieron embajador lo decidieron solos. Cuando vino la mala, me pegaron por todos los costados."

58 "El premio de France Football al mejor jugador me emocionó y me entristeció al mismo tiempo. Me gustó que me lo dieran, pero me encantaría un reconocimiento en mi país. No quiero que me traten como al general San Martín, pero sé que algo hice dentro del fútbol."

59 "A la droga no la manejas nunca, te maneja a vos. El que dice 'yo la manejo' miente. O se cree el Richard Gere de la película, se cree el Tom Cruise. O se autoen-

gaña. Porque engañarse es la única forma de permitirse seguir en eso. Y también sé que la manija para decirles a los amigos, 'yo la manejo' no ves que dormí, ahora me levanto y está todo bien. No pasa nada. Todo mentira. Está desesperado por ir a buscar la droga."

60 "Algunos se creen que las cosas sólo les pasan a los demás. Es que no estuvo allí. Yo, allá en el Everest, no pude hablar como lo hacen algunos periodistas que ni siquiera transmitieron un partido. Yo acá no creo más en nadie. ¿Para qué hablar de Menem o De la Rúa si no cambia nada? En Santiago de Chile lo te matan de hambre a Tucumán fue Panto y no pudo ni cantar."

61 "Por qué siempre me gusta luchar contra los poderosos? Muy simple porque me repatea el hígado a injusticia. Y en este mundo, incluido el mundo del fútbol, hay excesos de injusticias."

62 "La imaginación es lo más barato en la Argentina, lo más desamoliado."

63 "Sueño con ser el técnico de la Selección."

64 "En mi libro no estoy vigilando a nadie. Si alguien cree que lo estoy vigilando, que me venga a buscar a casa. Y ahí agarrar el bate de béisbol."

65 "Es muy cansado de que Rugger se oponga a lo que yo hago o digo. Él les hace controles antidopaje a los chicos de las inferiores, pero qué conmigo no se mete. No aportó más que me dé consejos. Que se preocupe por él, que perdió dos pelos en una inversión con el hermano. A Rugger, le voy a mandar una nota sobre la concentración de Trippia, el el Mundial 90, y sobre una señora, la Mamá Dora, le va a doler."

66 "A la página Web de João Havelange la llamaré 'la-drón.com'."

67 "Si me dan la posibilidad de jugar un partido oficial con la diez de la Selección, sería el tipo más contento del mundo. Pero no soy tan soberbio como para pedir que retiren la camiseta número diez."

56 "Yo tengo dos hijas legítimas, Dalma y Gianinna. Los demás son hijos de la plata o hijos de la equivocación, y me importa un carajo lo que diga la Iglesia."



68 "La camiseta de Boca es azul y oro. No azul, blanca y oro. Esa camiseta, la que nos quieren dar, es la del Michigan State."

69 "Los argentinos somos muy ingratos. Cuando nosotros dejamos de jugar en los Cebsillitas, a Francisco Cornejo lo echaron de Argentinos como si nada. Nunca le dieron un peso de los pases de los jugadores que descubrió. Se la quedaron todos los dirigentes. Hoy Argentinos está casi quebrado y Cornejo sigue sin trabajar."

70 "Bless no puede hacer un homenaje y dejar afuera a un jugador en actividad. Porque los que están jugando ahora, los que se sacrifican, los que no ven a la mujer porque están concentrados, podrían tomarlo como una falta de respeto."

71 "Yo jugaría a los 80 años para la Selección, pero no podría hacer lo que hice a los 20."

72 "A Fidel Castro se le puede echar un montón de cosas, pero no la bandera en el pecho y en la frente, no como doliendo a su país. A nosotros nos mataron 30 mil y los indultamos. Es muy distinta la historia."

73 "Me gustaría hablar de mi problema en las escuelas y no en las radios, donde los estudiantes que no tienen ni idea se ponen a hablar sin saber porque en la Argentina no hay cultura de drogas."

74 "Quiero acostarme y despertarme jugando en la Selección."

75 "Nadie cumple todos sus sueños. Yo todavía tengo, siempre quiero algo más. ¿Saben con qué sueño? Con seguir siendo

jugador profesional, con estar adentro de una cancha. Pero ya no puedo. Quiero jugar y no puedo."

76 "En la Argentina no hay cultura de la droga, hacen campañas con muñecos y los muñecos no toman droga. Si quieren robarse la pista, robenla. Pero no piden a mis hijas, que ya bastante les todo yo. Si van a la tele a hablar contra la droga y tienen el sobrecoche en el bolsillo."

77 "Cuando yo estaba muerto, o mejor cuando me dieron por muerto, me trataron como a un perro. Que se acuerde la gente que dijeron las puertas de la Selección están abiertas. Y cuando volví de Cuba no me sanno nada de los que allá llamaba todo el tiempo. Ni Grondona, ni Deluca, ni nadie. El partido de despedida es mi sueño pero no me voy a entregar con eso."

Porque a mí no me gusta que me traten como a los perros."

78 "Dicen que Pelé tiene cuatro campeonatos del mundo. Basta con eso, viejo. Por qué no dicen que en Cuba no jugó que en Inglaterra lo cagaron a patadas y jugó un partido y medio. Queda mal que lo diga yo, pero ya me tienen podrido con eso de que jugó cuatro mundiales. Que digan que se rompió, que tenía más elasticidad que yo por el hecho de ser moreno, que saltaba a cabecear y parecía que se suspendía en el aire... Escuchame, él no se hizo el gol a Inglaterra, él no jugó 12 años en Europa. Oyo ya no lo voy a discutir al negro. Pero ya hubiese tenido la misma posibilidad que el si Menotti me poma en el 78. A mí el Flaco me dio pibe, usted tiene mucho tiempo. Y yo le contesté: 'Yo quiero jugar ahora' y me fui buscando desde José C. Paz hasta mi casa."

79 "En mi casa tengo un premio que no me lo va a sacar ni la FIFA ni la AFA, el Olimpia al mejor deportista de mi país. Eso no me lo puede quitar ni Havelange, ni Blatter, ni Pelé, ni Beckenbauer."

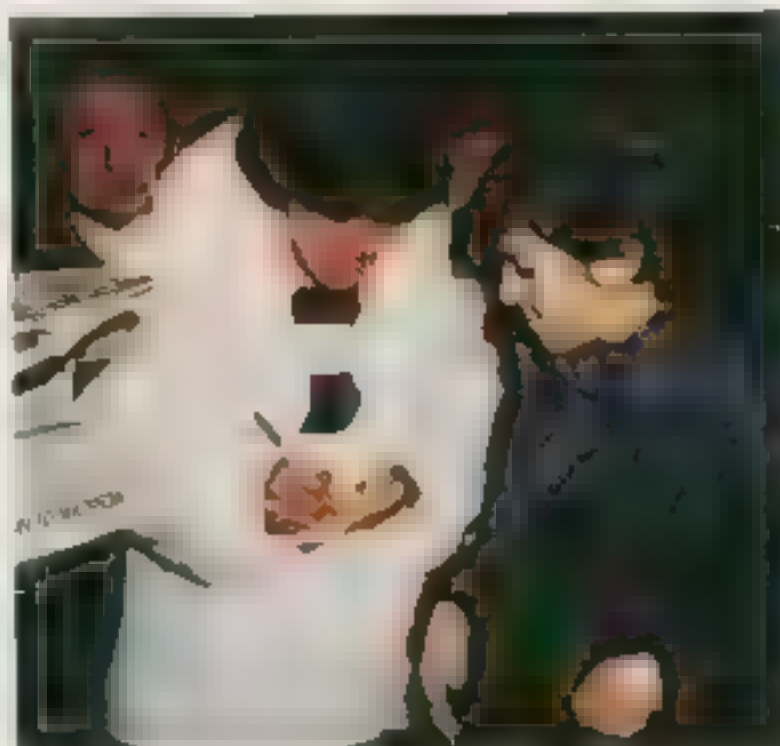
80 "Cuando Havelange venía a la Argentina nos robaba en los mundiales e igual lo trataban como un señorito. É tipo podía decir lo que quisiera de nuestro país, mientras nosotros no podíamos decir nada. Ahora resulta que los mismos diputados brasileños lo investigan por tráfico de drogas y de armas. Hasta por tráfico de pelotas de waterpolo."

81 "Hay los clubes poderosos que prefieren pagar 10 millones de dólares por un jugador y no apostar a las inferiores. Todos hablan de las inferiores de Boca, pero ni Martín Galia hicieron a Riquelme. Ni si quiera a Colezzini hicieron."

82 "La mejor Selección fue la de Brasil. Era campeón del mundo. La del '86 se hizo partido tras partido. En el '94, en cambio, sabíamos de antemano que podíamos ser campeones."

83 "La primera vez que me drogó fue en Europa, en el '82. Tenía 22 años y fue para creérmelo vivo."

84 "Muchas veces me he dado un seque, he querido agarrar la pelota y no he podido. Le quería pegar de una manera y no podía. Mi cerebro daba órdenes y mi cuerpo no las cumplía. No podía alcanzarme un vaso de agua a mis hijas."



Una vez sorprendió volviendo de Europa celebrando en un tapacho blanco. Carró una verdadera conexión, tanto en los medios como en la opinión pública.

Otra lectura marplatense, está
en un hotel de Amsterdam.
ya enviada en el tiempo de su
segunda etapa en Boca.



85 "Mi pequeña revolución es defender a la gente, no como héroe, no como un Dios inalcanzable, sino como un simple jugador de fútbol."

86 "Los argentinos somos muy desmemoriados. Antes que el homenaje a Francescoli o a Maradona hay que hacerle uno a Kempes. ¿Cómo puede ser que tenga que ir a laburar a Bolivia, a Afganistán, a Marruecos, mientras acá hay técnicos cobrando de tres clubes distintos? Por eso me caliento cuando sale alguno y dice 'yo estoy en la vereda de enfrente' (por Passarella). ¿De qué vereda de enfrente me habrás? Si yo a vos te vi en el vestuario y tenías los ojos salterines. Y no me hagas controles antidoping a los pibes de la Quinta, que no tienen para comer. ¿Qué me vanís a contar? Yo no inventé lo que ellos quieren que la gente crea. Ya estaba inventado cuando yo llegué en el fútbol argentino, en la Selección y en todos los lugares donde jugué. Entonces, que no se hagan los soldaditos contra la droga. Acá no existen los gentlemen."

87 "Un día Macri va a querer que el fútbol se juegue con un dedo. ¿Y yo lo voy a tener que aceptar?"

88 "Si me equivoco de nuevo y por hecho o por bato tomo cualquier sustancia que no sea buena, automáticamente paso a integrar una terna con Juan Manuel Fangio y Carlos Gardel."

89 "Que mi país se cure de los malos funcionarios antes que yo del corazón."

90 "Basta de mentira en el fútbol argentino, viejo. Dicen 'yo amo a mi bandera' y después

van y dirigen a otro país, como Passarella. El gran capitán de la Selección argentina dirigiendo a Uruguay. Me parece que eso es escupir la Bandera, fisa y llanamente. ¿Es el gran capitán o el gran desentor? Por favor... El gran capitán fui yo."

91 "Viví 40 años que valen por 100 años de solito. De una patada fui de Villa Fiorito a la cima del mundo, al Everest, y ahí me tuve que arregar solito, porque nadie me explicó cómo era, cómo se actuaba en esos casos..."

92 "Estuve y siempre estaré contento con el gol que les hice a los ingleses con la mano. Les ofrecí mil disculpas a los ingleses, de verdad, pero volvería a hacerlo una y mil veces. Les robé la billetera sin que se dieran cuenta, sin que pestañearan. Los argentinos están orgullosos porque nadie me vio. Se identifican con eso."

93 "A Cuba le faltan cosas por el bloqueo, que no sólo no les permite comer, sino que también deja a los chicos ciegos. Había chicos

que necesitaban unas vacunas para no quedarse ciegos, pero como no se las dieron, perdieron la vista. Pero eso sí, que quede bien clarito: los norteamericanos no fueron, porque ellos nunca son..."

94 "No tengo nada contra el pobre de Mirko Saric, pero el que se suicida es un cagón."

95 "Cuba me aplacó, me sedó. Digan lo que digan de Fidel, él defiende a su país. El verso de los derechos humanos es una cosa increíble, porque a tipos como De la Rúa, el mismo Chacho Álvarez y a los políticos se les escapó la tortuga ranga con este tema."

96 "Yo viví una década en Europa, tenía un contrato de la puta madre. Me moría porque sabía que me iban a llamar de la Selección y cuando estaba en la lista de los convocados parecía que se me inflaba el pecho de orgullo. Si esto no les pasa hoy a los jugadores argentinos, y si les quebraron la muñeca por dinero, es muy triste para mí y para todos los que alguna vez jugamos con el labillo roto o con desgarros. Si yo creyera que les quebraban la muñeca con plata los mandaría ya saben dónde. Pero no creo que sean los jugadores."

97 "Dios es algo que está dentro de mí. No creo en el Papa, pero sí creo en Dios porque él no va a hacer negocios con el Banco Amprosiario; no va a vender drogas; no va a vender armas; no duerme debajo de un techo de oro; no me va a pedir un pedestal de tres millones de dólares para que la gente crea en mí."



Pasó el tiempo y Maradona comprendió con aire lapidario, esta vez negro. Fue para el momento del Checho Simón, no cumplió con la Selección y es el Tercero.

que
en
con
los
que
a el
esto
de
de
no
cor
De
ya
que
en
do
que
Se
sta
se
si
no
o la
ple
una
o o
les
los
no
per
Par
l no
Am
no
pa
pe
i de
nu





98 "La gente cree que los argentinos tenemos un solo drogadicto en el país y que es Maradona. Eso no es verdad. Hay demasiados drogadictos y hay demasiadas cosas que están mal. Por ejemplo los doctores, que se llenan los bolsillos de plata teniendo a un adicto por muchos años para seguir cobrándole la recuperación. Creo que la droga no me privó de nada en lo deportivo, porque fue como la ventaja que le di a mis rivales. Pero sí me privó de ver despertar a mis hijas un montón de veces y de haberle dado a mi mujer más días de sol y no tanta oscuridad."

99 "Defiendo a muerte mi premio como Deportista del Siglo. Lo defiendo con todo lo que hice en veinte y pico de años. A los que hablan de Fangio les digo que no vieron una sola carrera de él. Además, todos tenemos miserias o debilidades. Y Fangio las tenía; también le tomó la leche al gato. Yo corrí durante millones de minutos en todas las canchas del mundo. Y si Fangio hizo cosas por la Argentina, yo hice más. Me acompañó la televisión y cualquier chico puede hablar con conocimiento de causa de Maradona porque lo vio. A los que quieren armar polémica, que pasen por casa que les muestro los trofeos."

100 "Alguien dijo que yo era la vergüenza de la Argentina. Y yo digo que no lo soy. Así como no le cobré los goles a nadie -simplemente les arranqué una sonrisa a través de mis goles y de mis gambetas-, yo no soy la vergüenza porque no le meto a nadie la mano en el bolsillo y porque cada vez que hablo digo las cosas con el corazón. Con el poco corazón que me queda..." ■

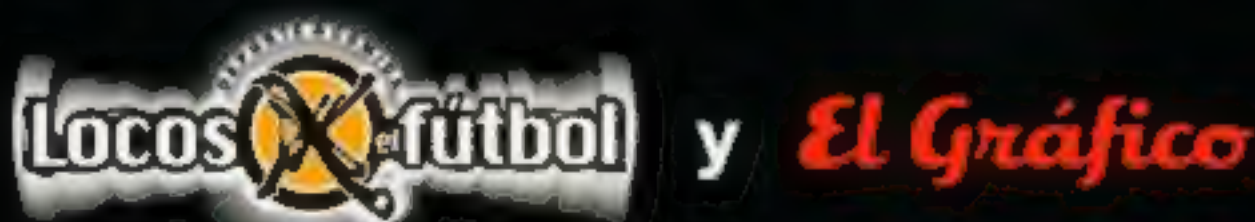
La pasión...

La emoción...

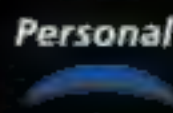
El sueño...



de ver al **10**
jugando para vos



sortean 10 camisetas de la Selección Argentina
autografiadas por Diego y 80 entradas para que
puedas ir a verlo el 10 de noviembre en el partido homenaje.
Vení. Participá. Cada \$10 de consumo tenés una chance.
LxF • Vicente López y Uriburu • Recoleta



Sin obligación de compra. Promoción válida desde el 10/10/01 hasta el 7/11/01 inclusive, en la República Argentina excepto en la Provincia de Córdoba. Ver bases y condiciones en el local de Locos x el Fútbol.